

Gallo Nero

Encontrar a una chica en América

Andre Dubus

Traducción de David Paradela López





Encontrar a una chica en América

Andre Dubus

Traducción de David Paradela López



NARRATIVAS GALLO NERO

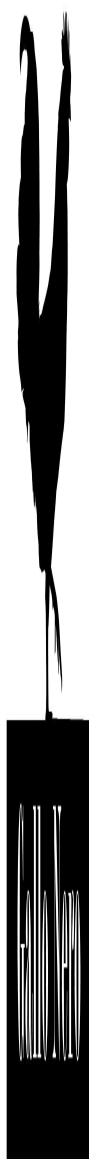
87

Encontrar a una chica en América

Andre Dubus

Traducción de

David Paradela López


Gallo Nero

Título original:
Finding a Girl in America

Primera edición: enero 2024

Published by arrangement with David R. Godine Publisher, Boston, USA
and Sandra Bruna Agencia Literaria, S. L.

Diseño de cubierta: Gabriel Regueiro
Corrección: Chris Christoffersen
Maquetación: David Anglès
Conversión a formato digital: Ingrid J. Rodríguez

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por Ace Traductores

ISBN: 978-84-19168-55-9







Proyecto financiado por la Dirección General del Libro y Fomento de la Lectura, Ministerio de Cultura y Deporte Financiado por la Unión Europea-Next Generation EU

Nota a la edición

La presente edición de *Encontrar a una chica en América* reproduce la versión original publicada en Estados Unidos en 1980 a excepción de los siguientes relatos: *Asesinatos, Lugareños, Reparto* y *El padre de invierno* ya que aparecieron en *Adulterio* , la primera antología de Andre Dubus que publicamos en 2019.

Encontrar a una chica en América

Su ropa oscura de civil lo confundía. Venían de la Oficina de Inteligencia Naval, se sentaron en las sillas de cuero de su camarote, se sirvieron con su cafetera de plata y aunque se dirigían a él diciendo «capitán» y «señor», refutaban o eludían sus galones negándose a lucir los suyos. Ignoraba si eran oficiales o no, incluso podrían haber sido civiles, pero habían subido a su barco, entrado en su camarote y le habían recitado una serie de nombres que ya había olvidado y, con voz queda y sin inflexiones, como quien comunica una noticia trivial, le dijeron que tres meses atrás, durante una confesión en San Francisco, alguien había mencionado el nombre de Joe Saldi; y le explicaron lo que habían hecho durante aquellos tres meses y lo que habían descubierto. Después de eso continuaron hablando unos instantes, pero él ya no escuchaba y en su cabeza no se formaban imágenes, todavía no; tampoco veía sus rostros, a pesar de que seguía mirándolos. Lo que veía, si es que algo veía, era cómo el corazón se le helaba, daba un vuelco y se aceleraba. Volvió a concentrarse en su voz, buscó los ojos de aquellos hombres que escrutaban el lado oscuro de otros hombres y entonces miró el reloj y dijo:

—No recuerdo sus nombres.

Se los repitieron. Les ofreció más café, que aceptaron, y mientras se servían observó sus manos y su cara: tendrían algo menos de cuarenta años y la tez descolorida. Eran hombres que trabajaban a reparo del sol. Todd se pellizcaba el lóbulo; Foster respiraba por la boca. A veces resultaba audible. Foster tenía ahora un portafolio sobre las rodillas; la tapa abierta le ocultaba las manos; sacó un sobre de manila y se lo tendió al capitán Devereaux. El capitán lo dejó sobre la mesa y, despacio, con el dedo índice, lo apartó hacia la fotografía de su esposa.

—Me pregunto cuántas cosas no han averiguado —dijo.

—Sabemos lo suficiente —dijo Foster.

—No es eso lo que quería decir. Me imagino que no tiene demasiadas opciones.

—Me temo que no —dijo Foster—. Pero nosotros no decidimos

nada. Solo investigamos.

—Todos acaban renunciando —dijo Todd.

El capitán Devereaux se quedó mirándolo. A continuación, recogió el sobre y lo lanzó hacia el otro lado de la mesa, en dirección a Foster.

—No quiero leerlo.

Foster y Todd intercambiaron miradas; Todd se pellizcó el lóbulo.

—Muy bien —dijo Foster—. Entonces supongo que ya podemos hablar con él.

—Supongo.

El capitán marcó el número del camarote de Joe, esperó siete tonos, colgó y les dijo que el avión del comandante Saldi estaba en tierra y que quizá hubiera salido a volar. Se acercó a la puerta, abrió y el ordenanza saludó. El capitán le dijo que localizara al comandante Saldi por teléfono; le dijo que preguntase en la sala de pilotos, en la cámara de comandantes y en la barbería de oficiales.

—Sí, señor, preguntaré también al oficial de cubierta.

—Déjelo de último.

Luego volvió a la mesa y se quedó mirándolos. Por pura costumbre, se puso a buscar tema de conversación, pero enseguida cambió de idea. Desvió la vista y procuró no oír la respiración de Foster.

—Habría que sacarlo de aquí en avión mañana —dijo Foster—. Es lo mejor para todos.

—Antes de que se corra la voz —dijo Todd—. Siempre se acaba corriendo.

—No deberían quejarse.

—¿Cómo ha dicho, capitán?

—Así es como ustedes se ganan la vida, ¿no? Gracias a que se corra la voz. —Volvió a mirarlos—. ¿Y adónde creen que lo enviarán? Es decir, ¿qué destino creen que elegirá?

—Eso no lo sabemos, capitán —dijo Foster—. Nuestro trabajo se limita a asegurarnos de que se marche.

—Se contradice usted. Antes ha dicho que su trabajo se limita a investigar.

—Capitán…

—Diga, señor Foster.

—No tiene importancia, capitán.

—Tome un poco de café, señor Foster. No se moleste si no se lo pongo fácil. ¿Por qué debería?

—Entendemos que son ustedes amigos —dijo Todd. Intentaba parecer amable—. Lo entendemos.

—¿De verdad, señor Todd? —El ordenanza llamó a la puerta—. Se hace extraño hablar con ustedes, caballeros; no llevan distintivos. No tengo manera de saber por dónde han pasado ustedes.

—Eso no tiene importancia —dijo Foster.

—A lo mejor esa es la cuestión.

Se levantó y fue hacia la puerta. El ordenanza saludó.

—Señor, el oficial de cubierta dice que el comandante Saldi ha ido a tierra. Regresará a las dieciocho horas.

—¿A qué hora ha salido la lancha? —dijo Foster.

El capitán Devereaux lo miró. Estaba retorcido hacia atrás sobre la silla.

—¿A qué lancha se refiere, señor Foster?

—A la que ha tomado el comandante Saldi.

El capitán Devereaux miró al ordenanza.

—Hace quince minutos, señor.

Foster recogió el sobre de la mesa, lo guardó en el portafolio y él y Todd se pusieron de pie. El capitán sujetó la puerta. Al pasar por delante de él se detuvieron.

—No sé qué cree que ha ganado con esto —dijo Foster.

—Pasen un buen día en Iwakuni —dijo el capitán.

—Volveremos esta noche.

Desde la puerta, vio cómo atravesaban el corredor y bajaban la escalera. Luego se giró hacia el ordenanza.

—Quiero mi lancha a punto para dentro de treinta minutos. Espere: ¿conoce al comandante Saldi? ¿Sabe qué aspecto tiene?

—Sí, señor.

—Entonces, que la preparen para dentro de una hora. Y váyase a almorzar. Quiero que venga conmigo.

El portaaviones era grande, estaba fondeado aguas adentro y el trayecto en chalupa duraba unos veinte minutos. Era un día cálido y azul de verano y, para ir a tierra, se cambió el uniforme caqui por el blanco. Se sentó en la popa de la chalupa, con la espalda apoyada en la regala, sujetándose la gorra para que no se le volase; el cabo Swanson iba sentado frente a él, con un cinto blanco y un 45 enfundado en una pistolera reluciente, la gorra sujeta con barboquejo, medio adormilado bajo el sol; el mentón se le fue hundiendo despacio hasta que tocó el nudo de la corbata, entonces levantó la cabeza de golpe y miró al capitán, que fingió no haber visto nada, y al cabo de unos instantes el sol volvió a hacer su efecto y Swanson —que parecía estar de resaca— se resistió un rato, hasta que nuevamente se dejó vencer y el mentón volvió a tocar el nudo de la corbata, y allí se quedó; poco después, empezó a abrírsele la boca. El capitán miró hacia el portaaviones, que aunque había disminuido de tamaño se seguía viendo inmenso frente al mar y el cielo; volvió luego la vista al cielo azul y el litoral verde y rocoso; el casco de un carguero británico se interpuso en un momento dado, pero enseguida volvió a distinguir la costa, mientras en su cabeza veía a Joe con su traje naranja de piloto y el casco bajo el brazo, cruzando la cubierta de vuelo con la cara al viento; de vez en cuando, Joe miraba en dirección al puente y sonreía y saludaba con la mano: el cabello negro cada vez más ralo, la tez bronceada que jamás manifestaba el menor signo de fatiga, y el capitán, al mirar a través del vidrio y levantar el brazo en señal de saludo, cobró conciencia de su cansancio y deseó sentir el viento de afuera, lejos de aquel puente que podía llevarlo al almirantazgo y de aquel camarote donde dormía poco y mal y fumaba demasiado y bebía demasiado café y tomaba Maalox después de las comidas; y Joe se montaba en su aparato al lado de la catapulta y, detrás, el Pacífico relumbraba bajo el sol y el interminable cielo azul aguardaba para auparlo; sin embargo, ahora otras imágenes colisionaban en la cabeza del capitán, imágenes de noche y de vergüenza, y sacudió la cabeza para espantarlas y espantar también el recuerdo, pensando que lo mejor era proceder paso a paso y que, hiciera lo que hiciera, el día no deparaba ninguna esperanza, y que tanto los recuerdos como la

imaginación no harían más que empeorarlo; volvió la vista al frente, hacia los blancos edificios de la base aérea de los Marines, y contempló la estela de la chalupa, y evitó pensar en lo que había ocurrido en su corazón esa mañana cuando, tan pronto como Foster hubo pronunciado el nombre de Joe, supo lo que seguiría y que, pese a ser amigo suyo desde hacía trece años, por primera vez sabía que lo sabía.

Cuando la lancha inició la aproximación al muelle, el cabo Swanson se frotó el cuello y pestañeó. Mientras el motor aminoraba, el capitán se inclinó hacia él y le explicó lo que tenía que hacer.

—Después de eso —dijo—, puede echarse una siesta hasta que yo vuelva.

Era un martes a primera hora de la tarde, por lo que el club de oficiales no estaba demasiado concurrido. Un comandante y su atractiva esposa estaban acabando de almorzar. Tres pilotos de los Marines tomaban algo en la barra. Departían con voz alegre y sonora, y al capitán le gustó que estuvieran cerca. Eligió una mesita bien pulida con dos sillas de piel y se sentó mirando hacia la puerta. Una japonesa joven le tomó nota. Era bonita y vestía un kimono violeta de brocado de seda, y mientras regresaba a la barra, el capitán sintió un breve acceso de deseo, pero enseguida desapareció y pensó, entre divertido y nostálgico, que ya fuera por la edad, por la responsabilidad o por ambas cosas, ese año había transcurrido para él sin mácula. Estaba terminando su segunda copa cuando Joe entró por la puerta vestido con uniforme blanco de manga corta, con cuatro hileras de condecoraciones bajo las alas de oro del pecho y la gorra blanca bajo el brazo como si fuera una pelota; se quedó contemplando el salón mientras sus ojos se ajustaban a la luz, y el capitán Devereaux levantó la mano y Joe lo vio y le devolvió el saludo y se dirigió hacia él. El capitán se puso en pie y le estrechó la mano y señaló con la cabeza a los pilotos que se reían en la barra.

—Reina la paz, pero a los pilotos les gusta fingir que hacen la guerra. Voy por el tercer gimlet, ¿te llevo mucha ventaja?

—Bastante.

Se sentaron y el capitán le hizo un gesto a la joven japonesa que

estaba al fondo de la barra, señaló su copa y luego a Joe y a sí mismo. Joe dio un golpe de talón bajo la mesa y, levantando enérgicamente la mano, se la llevó a la frente en señal de saludo.

—Comandante Saldi, señor, el capitán Devereaux desea que el comandante se reúna con él en el club, señor. En el bar, señor. Dice que si, por el contrario, el comandante desea regresar al barco, señor, debe enviarme a buscar al capitán y el capitán conducirá al comandante en su lancha hasta el barco, señor. —Bajó la mano—. Coño, Ray, si quieres que me tome una copa contigo, no hace falta que me envíes a un chiquillo con un 45.

La muchacha sirvió las copas y Joe buscó la billetera, pero el capitán fue más rápido y pagó.

—¿Por qué no comemos? —dijo Joe—. ¿Has comido?

La muchacha se quedó esperando.

—Yo invito —dijo el capitán.

Cuando la muchacha regresó a la barra, el capitán miró a Joe, y Joe levantó su copa y el capitán la suya y brindaron por encima de la mesa.

—El viejo capitán Devereaux.

—Viejo, ya lo has dicho bien. Últimamente no duermo mucho. Y tengo el estómago hecho cisco.

—Pues seguro que esos gimlets te sientan de maravilla.

—Lo malo es la lima, no la ginebra.

—Claro.

—¿Y tú qué sabes? ¿También estás cascado?

—Ya no. Lo estuve.

—Espero que no fuera una úlcera.

—Gracias a Dios, no. No me digas que tú tienes una úlcera.

—Solo acidez. Debería limitarme al alcohol y dejar el tabaco y el café.

La muchacha les entregó las cartas y se fue.

—Deberías pedir la lasaña, Joe.

—¿Dónde está?

—Donde pone *sukiyaki* .

—De todos modos no me gusta la lasaña.

—No me digas.

—Es muy pesada.

—Yo pediré el *sukiyaki* .

—Yo también.

—¿Pedimos sake?

—¿Qué tal tu estómago?

—Bien. Es por no seguir con el jugo de lima este.

—Pues venga, un sake caliente.

Cuando dejaron de mirar la carta la muchacha se acercó y les tomó nota, y el capitán le dijo que le pusiera otra copa a su amigo, pero no a él.

—El estómago —le dijo—. Hay que tratarlo con cariño.

—¡Oh! Puedo traerle un poco de leche.

—No, leche no, gracias.

—¿Y una Asahi?

—Está bien. Tráeme una Asahi grande.

La muchacha volvió con el gimlet de Joe y la cerveza, y después de apurar el vaso el capitán eructó en silencio y se sintió mejor, aunque no lo suficiente, así que le dijo a Joe que lo excusara un momento y se fue al aseo y se sacó del bolsillo un pastillero con seis Maalox, de los cuales tomó dos. Volvió a la mesa acercándose a Joe por la espalda y, al verle los hombros y la nuca, sintió un poder que no deseaba pero que de todos modos tenía, y el hecho de tenerlo lo hacía sentirse un traidor.

—Deberías volar más —dijo Joe.

—Ya lo sé.

—Vamos, pues.

—¿Cuándo?

—Después de comer. Podemos ir caminando a la pista y subir una horita.

—Después de la ginebra, la cerveza y el sake.

—El oxígeno lo arregla todo.

—De todos modos no puedo. Tengo cosas que hacer en el barco.

—Eso puede esperar.

—Me temo que no.

—Mañana, pues.

—¿Mañana? —El capitán frunció el ceño, fingiendo hacer memoria de sus compromisos de la jornada, y a continuación dijo—: Está bien. Mañana.

Y el hecho de pronunciar esa palabra le hizo abrigar la lastimera esperanza de que quizá, de algún modo imposible, aquellas copas y la espera del almuerzo desembocarían al día siguiente en una clara tarde en la que él y Joe despegarían juntos desde Iwakuni, volando ala con ala por encima del mar azul. Y la esperanza cedió paso al anhelo: quería que Foster y Todd se esfumasen, quería salir a alta mar a la semana siguiente y lanzar a Joe a los vientos, quería no saber lo que sabía y, con ese anhelo, el miedo se alojó temblando en su pecho e hizo algo que no recordaba haber hecho desde que de niño intentaba hablar con su padre, antes de renunciar definitivamente a ello y abrazar el silencio: se prometió que, en cuanto ocurriera una determinada cosa, se lo diría; cuando apurase el cigarrillo; cuando se acabase la cerveza; cuando la muchacha trajera el *sukiyaki* ; cuando Joe terminase de contar lo que estaba contando; y conforme estas cosas iban sucediendo, era como si él mismo, con una tercera mano, se agarrase por el cuello y apretase.

La muchacha les preparó el *sukiyaki* sonriendo y, en cuanto se lo hubo servido, se marchó, lo que dejó al capitán un poco frío porque había estado flirteando con ella, elogiando la carne y su kimono y su cara y sus manos menudas y delicadas, con la cabeza ladeada y alzando la mirada hacia la chica, no demasiado porque él era alto, incluso sentado, mientras que ella debía de medir poco más de metro y medio, o ni siquiera; el caso es que se había ido. Lanzó una mirada a Joe, vertió un poco de sake en el vasito de porcelana y cogió con cuidado un poco de arroz con los palillos, lo mojó en el huevo crudo e, inclinándose sobre la mesa, se lo llevó rápidamente a la boca y, por encima de la voz de Joe, oyó la conversación que mantenían los marines que seguían de copas en la barra, y masticó el arroz y odió su miedo y su silencio, y cuando tomó otro trago de sake la acidez se le subió a la garganta y por un instante contuvo la respiración, hasta que volvió a bajar, y entonces tomó otro trago que le sentó mejor. Joe se

estaba riendo.

—... y dijo: «Comandante, yo no puedo tirarme. Me dan miedo los tiburones». Y lo decía en serio, pero el artillero y el otro tripulante no se lo creían. Pensaban que en su cabeza tenía opciones de lograrlo y que decía eso en broma, para animarlos. Lo cierto es que el tipo estaba convencido de que terminaría yéndose al agua, pero no estaba dispuesto a caer sin el avión. E insistía: «Chicos, más vale que saltéis». Y ellos: «¿Y tú qué?». Y él: «Yo no, yo ahí abajo con los tiburones, ni loco». Total, que se quedaron y él se lanzó hacia el barco, diciendo que si le hacían abortar no conseguiría ganar altura suficiente para que nadie saltase, y empezó a cagarse en los otros dos por hacerlo responsable si acababan también ellos en el agua. Pero el caso es que lo logró, y luego en mi camarote lo invité a un whisky y me dijo: «Es la verdad, ni siquiera meto los pies en el agua. No en agua salada. Hace catorce años que no toco agua salada». Resulta que una vez lo habían abatido en el Pacífico y, mientras trataba de subirse a la balsa, un tiburón agarró a su copiloto. Decía que el agua se tiñó de rojo y que durante diez años había estado oyendo aquel grito todas las noches, que por eso no se había acercado al agua desde entonces y que, si algún tiburón había de comerse a Chuck Thomson, tendría que ser el tiburón mejor disfrazado del mundo, porque iba a tener que cruzar cincuenta metros de arena caminando sobre la cola, vestido con traje a rayas y unas de esas gafas de sol reflectantes...

Y entonces Joe prorrumpió de nuevo en carcajadas, y el capitán también, su cuerpo se sacudía y hacía ruidos al reír, y se puso a contar él también una anécdota, y se fijó en cómo esta iba cobrando forma, del mismo modo que antes había observado cómo cobraba forma su propia risa: otra anécdota de un grupo de hombres que por poco acaban en el agua, y luego se rieron, y después Joe contó otra, y luego él otra, y así durante un rato. Todas eran historias de coraje y con humor, pues a veces parece que lo primero, a diferencia de lo segundo, se da por descontado, cuando en realidad el hombre que más vale es el que posee ambas cualidades. En ningún momento hablaron de los muertos. De vez en cuando mencionaban algún nombre, pero nada más. Dieron las tres y la muchacha les sirvió más té y el capitán

Devereaux se levantó otra vez al baño y se tomó otro par de comprimidos; pese a estar solo frente al espejo, a su lado estaba el fantasma de Joe, y cuando regresó a la mesa y lo miró se le pasó el efecto del alcohol, se le aceleró el corazón y, apretando el vasito de té con la mano, dijo:

—Joe, han venido dos tipos. Al barco. Hace un rato. Esta tarde volverán. —A Joe empezaron a brillarle los ojos aun antes de que el capitán añadiera—: Son de la Oficina de Inteligencia Naval, Joe, y querían hablar de ti.

Joe se giró sobre la silla y desvió la vista hacia la barra y cerró los ojos y se frotó la frente y masculló algo que el capitán no pudo ni quiso oír, y el clima de franca camaradería se evaporó de golpe, sintió cómo se le escurría como una lágrima seca entre las costillas y, por un instante, al observar el perfil de Joe, que ya jamás podría volver a mirarlo de frente, se enfureció contra aquel otro rostro que nunca había visto, apasionado y vulnerable en la noche, y entonces la furia cesó también y se quedó mirando a Joe mientras este se frotaba la frente, perfilado en aquel espacio de dolor y humillación en el que había caído y al que él no podría acceder jamás. Aun así, el capitán continuó hablando, lanzando palabras al aire para que rebotasen contra el hombro y la silenciosa mandíbula de su compañero.

—Escúchame bien, no quiero que te veas con esos hijos de puta. Te dirán que o dimites o te forman consejo de guerra, pero les diré que se larguen de mi barco y que yo me ocuparé. Nadie sabrá nada. Al menos no durante un tiempo. No hasta que hayas escrito tu renuncia y te hayas ido. Nadie sabrá el motivo. A mí me trae sin cuidado lo que me han dicho, quiero que lo sepas. Me han entregado un sobre sellado, y sellado sigue y así se quedará. Me importa tres leches. *Nunca* me ha importado. Joe, ¿me estás oyendo?

Hizo una pausa. Joe asintió mirando hacia la barra.

—Oído, capitán.

Permanecieron así sentados durante al menos un minuto. Luego el capitán Devereaux se levantó, tocó el hombro de Joe y se marchó.

El cabo Swanson estaba dormitando al sol con la gorra sobre los ojos y

no se despertó ni cuando el capitán, el timonel y la tripulación se subieron a la chalupa, que se mecía suavemente; no hasta que el capitán Devereaux susurró su nombre. El joven se puso en pie de un brinco y levantó la mano en señal de saludo, y el capitán sonrió y le preguntó si había echado una buena siesta. Durante el trayecto de vuelta al barco, estuvo hablando con Swanson; o más bien estuvo haciéndole preguntas y observándolo fijamente e intentando escuchar. Swanson no tenía intención de quedarse en los Marines; su idea era seguir un año más y matricularse luego en la universidad, en Dakota del Sur. Todavía no estaba seguro de qué quería ser. En Dakota del Sur tenía una novia, y su intención era casarse. El capitán, sentado, sonreía y asentía y preguntaba, y de vez en cuando se inclinaba hacia delante para escucharlo por encima del ruido del motor, y no fue hasta que la chalupa se encontró a un centenar de metros del barco cuando supo que Joe no iba a volver, y de repente supo que ya lo sabía, que desde que estaban en el club sabía que el aislamiento de Joe era rotundo e irrevocable, y entonces se dio la vuelta y miró por encima del hombro, hacia el cielo de la base aérea, y seguidamente contempló de nuevo la inmensidad del barco, aquel casco gris que se erguía sobre su cabeza y proyectaba una sombra que se alargaba sobre la lancha.

A las seis y media, Foster y Todd dieron con él en la cubierta de vuelo. Llevaba allí una hora, recorriendo los trescientos metros de pista de proa a popa y escrutando alternativamente el mar y el cielo. Cuando salieron de la isla y se dirigieron hacia él, caminando a la par e inclinados contra el viento, el capitán estaba de pie al fondo de la cubierta. Los vio acercarse y desvió los ojos. El sol estaba bajando. A lo lejos, hacia el mar abierto, una veta dorada rayaba el agua. Cuando se detuvieron a su espalda no se dio la vuelta. Estaba pensando que, desde la distancia, el avión que vuela en el crepúsculo parece una estrella en movimiento. Luego cerró los ojos y vio el plateado avión frente al ocaso, con él a bordo, el corazón al galope y el aparato en picado, el motor rugiendo en su sangre, y desde la cabina vio el sol encarnado, y, a la espera, el mar duro y maleable.

—El comandante Saldi no está —dijo.

—¿No está? —Era Foster—. ¿Y dónde está?

—Allí arriba.

Foster se le puso delante, seguido por Todd, y los dos se quedaron de pie uno junto al otro, observándolo, pero el capitán no apartó la vista del sol sobre el agua.

—¿Allí arriba? —dijo Foster—. ¿Ha dejado que se vaya? ¿En un aparato que cuesta un millón de...?

El capitán Devereaux lo miró y Foster dejó de hablar.

—En Iwakuni perdieron el contacto con él hace una hora —dijo el capitán.

—Se lo ha dicho —dijo Foster—. Se lo ha dicho y ha dejado que se vaya...

Esta vez el capitán ni se molestó en mirarlo; atravesó el espacio que los separaba y se quedó de pie junto al borde de proa. Permaneció ahí, inmóvil y en silencio, y enseguida oyó que Foster y Todd se marchaban, solo unos breves pasos sobre la pista antes de que su sonido se perdiera bajo el viento, y él siguió contemplando el declinar del sol y cómo, bajo la pálida luz evanescente del cielo, el mar se oscurecía hasta que al fin se volvió negro.

Cuando Scotty detuvo el coche patrulla, Moissant abrió la puerta y sacó primero el bastón. Tenía ya ambas piernas fuera cuando Scott dijo:

—Me parece curioso que nunca le preguntases nada, Leo. Adónde iban por las noches.

El hombre no giró la cabeza; hacía algo más de un año que se había quedo ciego, y había tardado casi todo ese tiempo en quitarse la costumbre de mirar a la gente cuando le hablaban.

—Daba igual —dijo.

Salió y cerró el coche, aunque sin apartar la mano de la puerta. La brisa soplaba desde el mar, y, por el olor de la marisma que había carretera abajo, supo que la marea estaba en reflujo. Agachó la cabeza hacia la ventanilla para que Scotty no tuviera que hablarle a su hebilla y dijo:

—¿De verdad disfrutaba matando a esa gente?

—Y contándolo. No he querido decir que *tuvieras* que haberle preguntado.

—Era guapa, ¿verdad?

—Es guapa. Eso demuestra que no hay que perder la esperanza.

—Llamándose así, tenía que serlo.

El hombre se alejó palpando el césped y la tierra con el bastón. Se detuvo y escuchó cómo el coche se dirigía al este, y cuando dejó de oírlo rodeó la caravana hasta el terreno de la parte trasera, donde estaba la hamaca que Linda había colgado entre dos pinos, y se acostó en ella y se quitó las gafas de sol. Notó la sombra en los tobillos y los pies, pero nada más, y luego se desabotonó la camisa y se la abrió al sol. Linda lo sacaba a la hamaca algunas tardes; dejaban el bastón dentro y ella le daba la mano. Le decía que desde la carretera no se veían ni la hamaca ni la furgoneta, que quedaban escondidas por la caravana y el bosque, y resultaba agradable estar ahí en silencio sin que nadie lo supiera. Ella se sentaba en el suelo a su lado. Generalmente él se dormía en la hamaca y cuando se despertaba ella estaba en la furgoneta, con la otra chica y el muchacho. Oía la música

de su radio. Poco después de que se despertase, ella siempre volvía.

Rara vez hablaba con los otros dos, y ellos nunca se acercaban por la caravana. Era Linda la que había ido a hablar con él aquel primer día, para preguntarle si podían estacionar la furgoneta en su terreno unos días. Eran de Nuevo México y querían pasar una temporada en el Atlántico. Moissant se había puesto las gafas de sol y había abandonado el frescor matutino de su caravana para hablar con ella, y le había gustado el timbre de su voz bajo el sol. Había estado a punto de decir que no porque sabía que era la misma furgoneta que había pasado por ahí tres veces en los últimos dos días, una de ellas mientras estaba cortando el césped, descalzo para reconocer las partes ya segadas; había dejado de cortar para volver la cabeza hacia la furgoneta, como si pudiera verla. Sin embargo, dijo que sí. Había sobrevivido a todos sus seres queridos, y ahora incluso a sus ojos. Ya no podían quitarle nada.

La primera noche Linda llamó a la puerta, y Moissant se arrepintió al instante de haber dicho que sí, porque ahora iban a querer más; empezarían pidiéndole sal y acabarían colonizando hasta el último rincón de esa vida que había aprendido a vivir. Sin embargo, no le pidió nada. Quería prepararle la cena. Él le respondió que podía valerse solo; y mientras ella cocinaba y él esperaba a que los otros dos llegasen y se pusieran a mover las sillas para sentarse a cenar con ellos, le explicó que cocinaba por el olor y contando y tocando y pinchando con un tenedor. La chica le preguntó cómo hacía para comprar comida, y él dijo que se la llevaba el hijo del dueño del colmado. La otra chica y el muchacho no se presentaron, y cuando ella sirvió los platos sobre la mesa, Moissant pensó que debería haber sabido, por el ruido, que solo había traído y preparado dos filetes y no cuatro. Durante un rato comieron en silencio, y luego ella le preguntó si se había puesto las gafas al oír que llamaban a la puerta. Sí: cuando estaba solo no se las ponía. Con cuidado, la muchacha se las quitó: fue la primera vez que lo tocó. Deben de ser horribles, dijo él. No: no, parecían claras de huevo, como la clara de un huevo poco frito, y los iris eran como canicas sumergidas en leche.

Mientras ella lavaba los platos, él se sentó cerca de la mosquitera y

notó cómo se ponía el sol; el aire estaba refrescando y se imaginó la alargada sombra de los pinos sobre la caravana y el césped y la carretera. La chica le llevó una cerveza y se sentó junto a la mesita y le preguntó si podía fumar. Sí, claro, él lo había dejado a los sesenta y dos y de eso hacía ocho años, y si no hubiera sufrido como un perro para no recaer, se habría fumado uno con ella. La chica respondió con una sonrisa en la voz: no se refería a tabaco. Ah: marihuana; no, ningún problema. Le agradó el olor y le llamó la atención su forma de inhalar. ¿Hace falta aspirar tanto? Hmhmmm, dijo ella conteniendo el aliento. A continuación espiró. ¿Es como el alcohol? Mejor, sube antes; ¿quieres probar? Él sonrió. Quería. Pero quizá otro día. Necesitaba un tiempo para decidirse a probar cosas nuevas. Antes le daba a la botella. Y con ganas. Sin embargo, hacía tiempo que había dicho adiós al whisky, antes de que le ocasionara más disgustos, tanto con hombres como con mujeres. Ahora, solo una cervecita por las noches.

Advirtió que la muchacha lo observaba y, con una incredulidad que cedía lentamente a la esperanza, advirtió también la forma en que lo observaba y agachó la cabeza para esconder los ojos y deleitarse en su mirada. De pronto la silla de ella se movió y la chica rodeó la mesa sin hacer apenas ruido y se quedó detrás de él. Sus manos se deslizaron por el interior de su camisa y, lenta y suavemente, empezó a frotarle el pecho. Le lamió la oreja y le susurró al oído, y aunque el cuerpo de Moissant se estremeció, su carne se quedó paralizada ante la pregunta que en ningún momento llegó a formular: ¿por qué él? Después, levantándose, recibió su brazo en la cadera y se fueron juntos a la cama. Poco a poco, ella le quitó la ropa mientras él la tocaba.

Por la mañana escuchó cómo dormía. Sentía el contacto de su espalda desnuda en su costado. Cuando en la caravana empezó a hacer calor, la chica se dio la vuelta con las manos y la lengua, y él le dijo que pensaba que jamás volvería a disfrutar de una mujer; habían pasado seis años; seis años el pasado mes de mayo. Una viuda de Portsmouth. Llamada Florence. No tan vieja como él, aunque lo parecía. Se había criado en Alabama y todavía se le notaba el acento.

El tiempo era templado y las muchachas volvían a enseñar las piernas. Un día Florence lo pilló mirándolas y dijo que la juventud sale en primavera, como las serpientes.

La tercera noche se dio cuenta de que la chica abandonaba la cama y oyó que se vestía y salía de la caravana a hurtadillas; al cabo de un rato, la furgoneta tomó lentamente la carretera y se dirigió hacia el mar. Él se quedó despierto, diciéndose que no tenía importancia, que sería fácil volver a empezar sin ella al día siguiente. Al final, se sintió incluso en paz y se durmió. Al rato, la furgoneta regresó y la chica entró sigilosamente en la caravana y se desvistió y se metió en la cama con cuidado. A partir de entonces, empezó a hacerle gracia oír cómo se levantaba y se iba; pensaba en las discotecas y en la playa a la luz de la luna; él se quedaba durmiendo hasta que la furgoneta regresaba, y cuando ya estaba desnuda en la cama volvía a dormirse. La noche anterior se había despertado porque la furgoneta no volvía; esperó hasta que supo que era de día, y entonces se vistió y preparó café, y todavía estaba en la cocina cuando el coche subió por la carretera y paró frente a la puerta; se puso las gafas y volvió la cara hacia la mosquitera; Scotty, desde fuera, le dijo que habían detenido a tres jóvenes por el asesinato de una pareja de veraneantes en una casita de la playa, y que la chica que hablaba en nombre de todos decía que el último mes habían estado alojándose con él, y que, si eso era cierto, si no le importaría acercarse a comisaría para prestar declaración.

Le preparaba todas las comidas y comía con él. Compraba pescado y verdura y fruta en el pueblo; nunca le hizo ningún pedido al chico de los Peters, ni tampoco estaba en la caravana cuando este le llevaba la compra. Una noche, Moissant le dijo que fumaría con ella. Dejó que la chica se lo armase, pero se lo encendió él solo, acercándose el calor de la llama a la boca despacio. Se rio y le entraron ganas de ducharse y se quedaron bajo el agua hasta que empezó a salir fría; luego se fueron a la cama sin secarse y él hundió la cara en su larga melena mojada. A partir de entonces, todas las noches después de cenar fumaban juntos.

Anoche, cuando Scotty había hablado con ella, tenía sangre en la ropa. Ni siquiera llevaba la cuenta de las casas que habían asaltado a

lo largo y ancho de la costa. No le apetecía hablar de eso. Prefería hablar del apuñalamiento de la pareja. Decía que disfrutaba. Ya había robado y matado a un hombre en un motel de Colorado. Un imbécil. Creía que eran yonquis y que si les daba dinero se marcharían. Se quedó de una pieza cuando vio cómo le hundía el cuchillo en su abultado estómago. Le habría gustado apuñalar al jefe de policía y a sus dos agentes. Habría dejado al jefe de último. Nada personal. Sencillamente le habría gustado. La otra chica esperaba en la furgoneta mientras ella y el muchacho buscaban dinero en el dormitorio. Habían sido muy sigilosos; más sigilosos que el mar. Desde el cuarto se oían las olas. Pero entonces el hombre se despertó. Cuando oyó que se movía, ella estaba cerca de la cama. Lo apuñaló antes de que pudiera poner los pies en el suelo. Le clavó un segundo cuchillazo mientras el muchacho sujetaba a la mujer y le tapaba la boca con la mano. Le dijo a Linda que buscase algo para inmovilizarla. Linda asintió y, alargando la mano por encima del hombre, la apuñaló por la espalda. El muchacho abandonó la casa corriendo, pero ella continuó apuñalándola hasta que la mujer dejó de gemir y de moverse.

Moissant, tendido sobre la hamaca, pensó que le encantaban sus manos: las manos que esa primera noche había deslizado bajo su camisa y con las que le había acariciado el vello del pecho mientras con la lengua le susurraba y le mojaba la oreja; las manos con las que lo había desvestido; la mano suave con la que bombeaba lenta y pacientemente hasta que ya no podía cerrarla. Aquellas largas noches en que se arrodillaba con sus piernas a horcajadas y sus manos acariciaban su cuerpo, como un niño que moldea una figura de arena en la playa. El sol estaba alto y le entró el sopor, se fue apagando, empezó a soñar, un sueño con pinos y brisas marinas y marismas pestilentes; el olor de ella; su aliento; y él excitado, y luego erecto, y el sueño se desvaneció como la niebla quemada por el sol sobre su cara. Después se durmió.

En el verano de 1944, Roy Hodges ya había regresado del Pacífico. Era cabo mayor y suboficial instructor en el cuartel de reclutamiento de San Diego. Tenía veintiséis años y adiestraba a muchachos de dieciocho. También estaba prometido con Sheila Russell, que tenía veintiséis años y llevaba ocho esperando en Marshall, Texas, para casarse con él. A los dieciocho, y virgen todavía, su beso de despedida había sido triste, cariñoso y lleno de ilusión. Le dijo que durante su ausencia no saldría con otros chicos. Terminado el periodo de campamento, Roy regresó al pueblo de permiso y la primera noche le quitó la virginidad. Ella creía que él también estaba perdiendo la suya; lo cierto es que la había perdido pagando a los quince, con una puta de mediana edad. Desvirgarla resultó mucho más fácil de lo que había esperado. Durante tres semanas, le hizo el amor todas las noches y a veces también por las tardes; ella despertaba en él una excitación que nunca había sentido con ninguna otra mujer y que jamás volvería a sentir. Al atardecer, Sheila salía con él a tomar una cerveza y aprendía a fumar cigarrillos; eso a Roy también le gustaba. Después se iban al campo o al bosque con el Ford de su padre. Corría principios de primavera y no había mosquitos. De vez en cuando, mientras estaban tumbados delicadamente sobre la manta, se acordaba con una sonrisa en el corazón de los mosquitos que lo atacaban cuando frecuentaba ese lugar con Betty Jean Simpson, en los tiempos del instituto; a menudo, estando con ella, se imaginaba a Sheila sola en casa, y el hecho de pensar en esa faceta tan pura de su vida acrecentaba su pasión por Betty Jean. Ahora, el recuerdo de Betty Jean y de los mosquitos picándole la rabadilla exacerbaba su pasión con Sheila. Hasta que al fin sintió que había adquirido control sobre ella: Sheila era su dulce muchacha de ojos castaños y melena caoba y, a la vez, su lujuriosa mujer. Cuando volvieron a separarse, su beso de despedida fue erótico, temeroso y exigente.

Roy le había dicho, la noche antes de marcharse, que se casarían tan pronto como se licenciase. Podía ir avisando a sus amigos y familiares; él se lo comunicaría a sus padres por carta. Y lo hizo, desde

el buque donde prestaba servicio. No obstante, la mayor parte de la carta hablaba del mar. Nunca en la vida había estado en un sitio donde no se divisara tierra firme: un marinero le había dicho que el horizonte distaba siempre a doce millas de distancia; en la carta se lo explicaba a sus padres y les decía que, girando sobre sí mismo en un punto cualquiera, podía dominar cuarenta y ocho millas del Pacífico. Les contó también que había ganado el campeonato de boxeo de pesos pesados de la tripulación; que en el último combate se había impuesto conectando un *jab* y un gancho a la cara de un marinero de Pittsburgh, fajador, de los que pegan al cuerpo; que su oficial, un capitán, había sido cabo en las guerras bananeras y que era un tipo rudo y severo capaz de mandarte al calabozo a pan y agua por una mala mirada. Y les hablaba de las inspecciones, de la artillería, de Honolulú, de lo extrañas que eran la ciudad y la gente y la comida.

Las cartas que le enviaba a Sheila eran iguales. Pensaba que debía escribirle cartas de amor, hablarle de cuando hacían el amor sobre la manta, pero cada vez que una frase cobraba forma en su cabeza se le antojaba falsa; aquella palabrería abstracta tenía muy poco que ver con lo que había ocurrido en aquella manta, y menos aún con sus sentimientos al respecto. Al final, pues, se limitaba a escribir que la quería y la extrañaba. Ambas cosas eran ciertas; lo que no sabía era hasta qué punto.

Encontraba aún más difícil escribir sobre su futura vida juntos. También a este respecto, las palabras que le venían a la mente eran abstractas, ya que no era capaz de imaginarse consumando los rituales concretos del matrimonio. Desconocía a qué se dedicaría como civil; ni siquiera quería saberlo; cuando se sentaba sobre su baúl y notaba el vaivén del mar, no acertaba a imaginarse de civil en Marshall, Texas. Como tampoco acertaba a imaginarse las noches o los fines de semana con Sheila. Ahora sus días estaban llenos: según la pauta normal del servicio, algunos días había muy poco que hacer, pero como lo hacía de uniforme parecía valer la pena; otros días, cuando hacían maniobras de artillería y se imaginaba en combate real, el trabajo era intenso. En ambos casos, durante las horas de trabajo no sentía ninguna necesidad de Sheila ni de ninguna otra mujer. Era por las

noches cuando la echaba de menos, en aquel compartimento oloroso a sudor masculino y betún y cuero; era entonces cuando le escribía. Cuando desembarcaba y salía de permiso, no la extrañaba lo más mínimo; pensaba en ella, sí, generalmente después de beber e irse de putas, con una ternura paternal; también le enviaba regalos, consciente de que no eran más que fruslerías, de que en el fondo era un inepto a la hora de elegir regalos para una mujer, pues no lograba comprender su afición a las cosas que no sirven para nada.

Ella le escribía cartas de amor. No estaban perfumadas, pero era como si lo estuvieran; sus páginas evocaban la quietud de las tardes de verano en el porche de casa, el crujir de la cadena del columpio donde se sentaban y en el que quizá había escrito esa carta; y en ellas olía su piel y su pelo recién lavados, y el arbusto de las lilas junto al porche. Cada vez que leía sus cartas, cada vez que las tocaba o, en ocasiones, ya leídas, con solo mirar cada página como si fuera una imagen, la amaba hasta lo más hondo. Habría podido llorar. Deseaba abrazarla. Pero a la vez presentía, no sin temor, una gran división entre ambos.

Tenía miedo porque no había en Sheila nada que reprochar. Nada que pudiera recriminarle, que pudiera señalar y decir: «Eso es, por eso me siento así». Era pura de un modo que excitaba su amor: como buena metodista, creía que hacer el amor con él era pecado. Y, sin embargo, había pecado, y Roy se sentía dichoso por ello. Betty Jean Simpson era la chica fácil del pueblo: cualquiera con una actitud medianamente varonil tenía posibilidades con ella. La única dificultad residía en encontrar un sitio donde nunca hubiera estado, un lugar incólume sobre la faz de la tierra, libre del recuerdo de otros chicos presentes y pasados; al mismo tiempo, la existencia de aquellos otros chicos era garantía de absolución en el caso de que se quedara encinta. El pecado de Sheila era tan secreto como sus partes; cada palmo de tierra, cada árbol que les daba cobijo, cada matorral que les brindaba su amparo, representaba una novedad, como sus pechos y su carne: acariciados y entregados a la acción por primera vez a sus dieciocho años. Roy no lo olvidaría nunca. (Tampoco volvería a hacer nunca el amor con una virgen, ni con nadie que lo amase, y cuando se acabó lo de Sheila, cuando le hubo roto el corazón, se preguntó —

ocurrió un día en San Diego, en el campo de maniobras, mientras marcaba el ritmo de marcha a un pelotón— si alguna vez había tenido un orgasmo con él; con tristeza, se dio cuenta de que no, y supo que alguien se lo haría sentir, alguien fuerte y gentil que pudiera ser para ella lo que él no había podido ser, y eso fue casi suficiente para que quisiera escribirle otra vez, para buscar su perdón y volver a ella y remachar de una vez por todas, con el matrimonio, lo que había empezado esa primera noche que tan fácilmente la había desvestido y transformado en su dulce y pecaminosa amante.) Sheila era una muchacha alegre. Había salido con ella tres años antes de alistarse en los Marines, y sabía que no lo había engañado nunca. Era sencilla, aquiescente (cualidad, cosa extraña, que no compartía con Betty Jean, como si esta compensara su ligereza de cascos con exigencias tan triviales como inflexibles); no había en ella nada que reprochar.

De ello se seguía, a su entender, que quien tenía cosas que reprocharse era él: preferir una vida al lado de otros hombres, interrumpida cada tanto por sus poco memorables transacciones puteriles. Empezó a creer que su vida se estaba acercando a un punto de inflexión: o Sheila, que en ocasiones parecía vivir en un cuento de hadas más que en el mundo que él conocía; o las putas, la amenaza de un mal venéreo y las promesas de nada. Luego vio que no se trataba de eso en absoluto. En Marshall no echaría en falta a las putas; a quienes añoraría sería a los hombres. Comprendía por fin adónde lo habían llevado el orgullo del deber cumplido y la inmediata camaradería de los Marines (pero también otra camaradería más profunda, la sensación de pertenecer a un grupo reconocible de hombres, pasados y presentes, vivos y muertos): había encontrado un hogar, como se decía entre la tropa. Estaba ahí para quedarse.

Le escribió a Sheila para preguntarle qué le parecería irse de Marshall y vivir con él en bases militares hasta que se retirase. Ella contestó a vuelta de correo. Una vez más, sostener aquel papel entre los dedos le devolvía su olor, su manera de agachar la cabeza cuando hablaba o paseaba a su lado. Con una voz cuya dulce conformidad alcanzaba casi a oír, Sheila le decía que echaría de menos Marshall, por supuesto, que jamás se había planteado vivir en otra parte, pero

que lo amaba y se casaría con él y lo seguiría allá donde tuviera que ir; y que no veía la hora de conocer aquellos lugares nuevos.

El siguiente permiso fue en verano e hicieron el amor con sudor y mosquitos, y le dijo que ahora debía emplearse a fondo para que lo ascendieran y se pudieran casar. No concretó ningún rango. Roy advertía ahora cierta cualidad reflexiva en la manera en que Sheila hacía el amor, como si se resignara a un vis a vis anual por la gracia del Cuerpo de Marines, que algún día tendría a bien concederles la promoción y el dinero que les permitirían vivir como es debido; notó también que intentaba poseerlo. Por primera vez le preguntó qué hacía cuando salía de permiso; le preguntó si también hacía eso con otras chicas. Roy mintió. Con anterioridad le había mentido también acerca de Betty Jean Simpson, aunque de forma distinta: sencillamente no le decía adónde iba tal o cual noche. El hecho de decirle una mentira flagrante lo hizo sentirse humillado como hombre, y la culpó por ello. En la estación de ferrocarril, su beso de despedida fue vulnerable pero también severamente posesivo.

Y así siguieron las cosas: todos los años, con una mezcla de reticencia, miedo y apasionada expectación —todo lo cual emborronaba sus más profundos y verdaderos sentimientos de amor hacia Sheila, su conciencia de que, por su propio bien, debía casarse con ella—, regresaba a Marshall. Cuando Sheila cumplió veintidós, él estaba ya en el primer año de su segundo periodo de servicio, era cabo y le había prometido que su meta era cabo primero. Habló con el padre de Sheila al respecto; incluso le resultó relativamente sencillo, pues el padre era un hombre que tenía una pequeña granja y creía en el trabajo duro, la mala suerte y poco más, y al que le gustaba que Roy tuviera un trabajo varonil basado en la destreza pero que, al mismo tiempo, no dependía ni de la lluvia ni de la estación seca ni de los precios. Roy no detectó, en los ojos de su padre, ni suspicacia ni recelo, y sintió que su decisión de aguardar hasta que lo promovieran a cabo primero era la propia de un hombre responsable y con mundo. Por otra parte, sospechaba que el señor Russell estaba enterado de lo que Sheila y él hacían cuando se iban, como decían ellos, «a tener una charla en coche»; y, sobre todo, que no le daba importancia mientras

no se viera obligado a dársela.

Las cosas eran distintas con la señora Russell: delgada y casi tan nervuda como su marido, hacía tiempo que la belleza había desertado de su potente rostro, que conservaba sin embargo el humor y la alegría en los ojos y las arrugas de los párpados, así como una sonrisa vivaz sobre aquel cuerpo que desde hacía tanto madrugaba tanto para trabajar tan duro. Ella tampoco miraba a Roy con suspicacia, era peor; a veces, cuando sus miradas se cruzaban, había en sus ojos un destello de dolor: «¿Por qué nos has hecho esto?». Por lo menos esa era la pregunta y el dolor que él atisbaba antes de que ella desviase la vista o, como sucedía más a menudo, se pusiera a hablar y sus ojos volvieran a iluminarse, como si aquella pregunta se hubiera manifestado en contra de su voluntad, como un recuerdo triste e irrelevante durante una conversación con una amiga. «¿Por qué nos has hecho esto?» No «¿por qué le arrebataste la virginidad a mi hija para luego dejarla sola?». Ni siquiera «¿por qué interpusiste un pecado secreto entre mi hija y yo?». No, más que eso, una acusación más general, como si en esos momentos —por fortuna escasos— ella representase a todas las mujeres que vivían a ese lado de la línea que él había trazado entre ellas y las demás: las sensaciones y los nombres olvidados, los rostros y los precios recordados. Y cuando lo miraba de aquel modo, sentía que Dios y el tiempo, la vida y la muerte, estaban de su parte, y que él era un pelele indefenso que había incurrido en un pecado de proporciones veterotestamentarias, la clase de pecado del que, vaya adonde vaya y por más tiempo que pase, uno no puede escapar jamás. Tanto es así que a veces, mientras tomaba algo y charlaba con el señor Russell en términos que, según él, lo hacían parecer un joven razonable, ambicioso y absolutamente de fiar, sentía de repente la presencia sentenciosa de la madre y de la hija, como si de común acuerdo clavaran en él su lúcida mirada y, de repente, toda aquella plática sobre el dinero, los ascensos y la carrera se convirtiera en la cháchara de un adolescente que hace cábalas sobre qué quiere ser de mayor.

Lo ascendieron a cabo primero el 2 de diciembre de 1941. El día 7 aún no había escrito para anunciárselo. Esa mañana se despertó en un

apartamento barato de una habitación en Los Ángeles, todavía con el regusto a cerveza de la noche anterior y un olor a perfume y coito. Había bajado a la ciudad con tres amigos, a los que había dejado en un bar para irse con la chica. No estaba en la cama con él. Recordó que se llamaba Lisa. Le entraron ganas de hacer el amor para ver si se le despejaba la resaca. Oyó la radio en la cocina, no música, sino una voz masculina, y se imaginó a la chica preparando café para los dos, y pensó en eso y en el desayuno y en el trayecto en autoestop para volver a la base por la tarde. Cogió la billetera de la mesita de noche y estaba mirando si tenía otro condón (lo tenía) cuando la chica se asomó a la puerta con un viejo salto de cama azul, el cabello oscuro sin cepillar y, en la boca, restos del pintalabios de la noche anterior. Permaneció inmóvil en el umbral, mirándolo, sabedora de que estaba a punto de darle la noticia más importante de su vida, y entonces dijo:

—Creo que deberías venir a la cocina. Tienes que oír lo que están diciendo por la radio.

Roy no quería ir, lo irritaba tanto dramatismo; lo que quería era que ella volviera a la cama. Pero al verle la cara comprendió enseguida, con miedo pero también con entusiasmo, que de algún modo las noticias del país o incluso del mundo lo afectaban; y dado que su única participación en el mundo era en calidad de marine, cuando entró en la cocina sabía ya que, mientras estaba en la cama con una extraña, Estados Unidos había entrado en la guerra. Se quedó escuchando la radio unos treinta minutos; después, se afeitó con la cuchilla roma con la que la chica se depilaba las piernas y se puso el uniforme; por un instante sintió deseos de llevarse a Lisa de nuevo a la cama, pero pensó que era un capricho estúpido y se lo quitó de la cabeza.

El hombre que lo recogió era un ministro luterano que regresaba a casa después del servicio; a pesar de que vivía unos kilómetros al sur de la ciudad, condujo a Roy —al que se dirigía por su rango— hasta Camp Pendleton, sin dejar de preguntarse en voz alta por los daños sufridos en la flota y por si los japoneses acabarían llegando a California; habló de la defensa costera, de enrolarse en la Marina en calidad de capellán (tenía treinta y seis años), y, ya en la puerta de la

base, le estrechó la mano con firmeza y dijo:

—Buena suerte y que Dios lo bendiga, cabo primero.

Roy estuvo a punto de sonreír. Se imaginó al ministro vestido de uniforme, con la cruz en la solapa. Apenas había oído nada de lo que había dicho: durante el trayecto había estado pensando en sus bártulos, limpios y a punto, y tratando de imaginarse la situación en el cuartel; sabía que llegaba tarde a algo, ¿pero a qué? ¿Qué estaría haciendo el pelotón? ¿Y la compañía? Se imaginó a sus compañeros cavando trincheras en las colinas que dominaban la playa; los vio marchando hacia los camiones que los trasladarían a los barcos. ¿Qué ocurría cuando empezaba una guerra? ¿Cómo llegaba uno al sitio donde se libraba la batalla? No lograba imaginárselo. Todo aquello lo superaba.

Esa misma semana le escribió a Sheila su última mentira: le dijo que su ascenso había llegado al día siguiente de declararse la guerra. Nunca volvió a verla. Exactamente ocho meses después de Pearl Harbor, Roy siguió al teniente DiMeo entre las olas hasta la playa de Guadalcanal. Los japoneses no estaban; los encontraron dos semanas más tarde, tierra adentro.

En el verano de 1944, seguro ya, en la medida en que tal cosa era posible, de que se pasaría el resto de la guerra como instructor, solicitó permiso para casarse, soportó (y disfrutó) las obscenas invectivas del brigada y telefoneó a Sheila para decirle que pusiera en marcha los planes para la boda. No sentía ninguna obligación con el deber. Lo que quería era abrazarla y hablarle de la guerra. Le había escrito al respecto, aunque no mucho: a excepción de unas pocas palabras, sus cartas podrían haber sido escritas por cualquier hombre que trabajara lejos de casa. Había silenciado los detalles que ahora deseaba compartir con ella porque no quería que los conociera hasta que estuviesen juntos.

En ningún momento se le había ocurrido la verdad: que gracias a los noticieros y los periódicos y las revistas, nada de cuanto pudiera contarle sería tan terrorífico como lo que ella ya se había imaginado. Sheila nunca hablaba de eso en sus cartas. Además, en Marshall también había habido muertos y heridos (de los que ella tampoco

hablaba); uno de estos —aquejado de neurosis de guerra— se paseaba todos los días por la calle con la cabeza permanentemente en otra parte; la gente lo trataba con deferencia y le hablaba como si estuviera cuerdo; le gustaba imitar el silbato del tren, cosa que hacía a menudo y se le daba bien. De modo, pues, que Roy no la había protegido de nada.

De nada en absoluto. Por eso, al ver que no se apeaba del tren la mañana antes de la boda, a Sheila se le partió el corazón pero, a pesar de la ignominia (pensando ya en las llamadas que iba a tener que hacer), el hecho no la pilló totalmente por sorpresa. No llamó al cuartel de reclutamiento. Esa noche, su padre se emborrachó en silencio hasta que por fin dijo:

—Tenía que habérmelo llevado a la iglesia con la escopeta apuntándole a los huevos hace ocho años.

Sheila se sentó a su lado en el sofá y lo tomó de la mano para que no hablase más; le dijo que daba igual, que mejor saberlo entonces que averiguarlo más adelante, cuando se hubiesen casado y quizá tuvieran hijos. Temía que se pusiera a murmurar que la había seducido y que ahora era una mujer marcada, pero al mismo tiempo se sentía querida porque su padre lo sabía, y deseó que las cosas fueran de otra manera entre ellos y poder salir con él al porche, lejos de su madre, para preguntarle cómo era posible que todos esos años, desde el principio, lo hubiera sabido. Se prometió a sí misma que algún día, cuando fuera mayor (y en ese momento supo que pronto se iría de Marshall y, sí, se casaría), se lo llevaría aparte, al jardín de su casa en Houston o Dallas (sí, después de eso tendría que irse a vivir a una ciudad) y le preguntaría cómo lo había averiguado. Pero nunca lo hizo.

Con todo, de esa promesa surgió la visión de su futuro. Un mes después se instaló en Houston y consiguió trabajo como recepcionista de un dentista. El dentista era soltero y enseguida empezaron a salir. Tenía cuarenta y dos años; ella lo encontraba interesante, pero poco más. Durante una fiesta conoció a un geólogo que acababa de reincorporarse a su puesto de trabajo en una petrolera tras haber servido como piloto de Corsairs en un portaaviones; le faltaba el brazo

izquierdo. Al principio, cuando hacían el amor y el muñón se movía hacia su pecho y su hombro derecho, se acordaba del brazo de Roy: de sus dos brazos en el suelo del bosque. Y en ocasiones sentía como si el espíritu del brazo emanara del muñón y la abrazase. Cuando se lo explicó, él dijo que tenía la misma sensación. Por las noches se acostaba a su lado y escuchaba sus historias de la guerra; un año después se casaron en Marshall.

La noche antes del día que debía recoger sus documentos de permiso y tomar el tren, Roy no podía prever nada de todo eso. Media docena de cabos primeros se lo habían llevado de juerga por San Diego. Cuando ya estaban borrachos, uno de ellos dijo en broma que había que llevar a Roy a echar un polvo. Roy pestañeó y, de repente, ebrio como estaba, sintió un gran abatimiento. Había olvidado por qué estaban bebiendo. Recordaba la información básica: que al día siguiente salía de permiso, que tenía que ir a Marshall, que se iba a casar con Sheila. Pero había olvidado su presencia. Le parecía tan lejana como cuando era joven, antes de la guerra. El amigo que había sugerido ir de putas se quedó mirándolo.

—Anima esa cara —dijo.

Los demás miraron a Roy y dejaron de hablar.

—Los reclutas —dijo Roy—. Tenéis que entrenar a los putos reclutas.

Alguien asintió, hizo un gesto en dirección a la camarera y pidió un chupito para Roy. Roy no lo quería, pero no dijo nada; luego sí lo quiso, esperó impaciente a que se lo sirvieran, tenía la sensación de que la borrachera lo estaba llevando a alguna parte, a algún lugar donde ya había estado y al que volvía a dirigirse.

—Tenéis que meterlos en cintura. En Canal no estábamos listos. Los japos hijos de puta sí lo estaban.

—Peleliu —musitó alguien, y entonces llegó el chupito.

—Aprendimos de ellos. No estábamos listos.

Levantó el vasito y se quedó mirándolo; mientras lo apuraba de un trago, vio con toda claridad el instante de la muerte del teniente DiMeo: iban caminando por la jungla de Guadalcanal, cuando todavía no sabían casi nada de los japoneses ni de camuflaje; en un momento

dado, DiMeo se quedó a tres metros de un cañón antitanque, mirando de frente al follaje que lo tapaba; dispararon y le arrancaron la cabeza. Roy se vio a sí mismo cuerpo a tierra, disparando hacia la maleza desde detrás del cuerpo de DiMeo, que perdía sangre a chorros y se agitaba como si quisiera decir algo; a partir de ese instante tuvo la certeza de que no saldría de Guadalcanal. Cuando cuatro meses después abandonaron la isla, fue él quien condujo al pelotón hasta la red de abordaje del barco. Cuando llegó arriba del todo, miró hacia abajo: la mayoría de los hombres todavía no habían llegado ni a la mitad; varios se detenían a descansar en cada estribo. Subió a cubierta y observó sus cascos y el equipo que cargaban a la espalda y la fatiga de sus brazos y piernas. Hasta entonces no había reparado en lo agotados que estaban; de repente cayó en que ellos tampoco.

—Estábamos preparados aquí —dijo señalándose el corazón—, pero no aquí —añadió señalándose la cabeza—. Tuvimos que aprender. Cuando le escribo a… —Hizo una pausa, esperó: se había quedado un momento en blanco, un momento que se le antojó muy largo, terroríficamente largo, hasta que el nombre emergió desde alguna región donde habitan las necesidades relacionadas con las mujeres, necesidades satisfechas e insatisfechas—. Sheila —dijo—. Cuando le escribo, solo sé hablarle de los reclutas. No conozco otra cosa. —Miró las caras de sus seis compañeros—. Ni puta falta que me hace. Ella me contesta las cartas. «Me alegro de que tus hombres estén aprendiendo», dice. Pero es que no le hablo de nada más: solo de los reclutas de los cojones. No sé si me explico —dijo mirando al amigo que quería ir de putas.

—No —dijo este.

—Lo que quiero decir es que yo adoro a los putos reclutas. Hay que adiestrarlos. Hay que llenarles esto —dijo tocándose otra vez el pecho— hasta que se les derrame por el culo. Y yo solo le escribo sobre estas cosas. Sobre los putos marines. Lo único que quiero en esta vida es adiestrar soldados, joderlos vivos y salir a beber con mis amigos. No quiero una casa llena de cosas, coño. No quiero volver a mi casa y encontrarme con esa mierda. Si uno pudiera —añadió levantando otra vez el vasito vacío y contemplándolo; alguien pidió

otro—, si uno pudiera vivir en la base, con su litera y sus cosas bien ordenadas e irse a casa para ver a su mujer…

Se detuvo de nuevo: la palabra *mujer* apartó de su mente el nombre de Sheila y reemplazó su imagen en una cocina de San Diego no por otra imagen, sino por una simple emoción nebulosa; y entonces atisbó los detalles concretos de su vida como hombre y militar, los uniformes y el equipo y los reclutas, y su necesidad de una mujer no tenía en absoluto los contornos perfilados, sino que se limitaba a algo abstracto. No se veía en una casa con una, no se veía compartiendo todas sus comidas menos el almuerzo con una, y no se imaginaba qué hacer con una un sábado cualquiera o en la monotonía de los domingos: se veía en su compañía, los dos fumando cigarrillos y escuchando la radio, pero la mujer a la que veía no era Sheila; de hecho, no era una mujer, sino un rostro y un cuerpo indefinidos, como los de la gente que aparece de fondo en las fotografías del periódico.

—A la mierda —dijo.

La imprecación era irrevocable. Se aisló del dolor de Sheila convirtiéndola en un ente genérico, emplazándola junto al resto de las mujeres que no desempeñaban ningún papel destacado en su vida, de tal modo que el suyo no fuera un rechazo de Sheila, sino de la convivencia, y durante esa breve y catártica visión logró sentirse tan seguro y libre de culpa como un monje que elige la oración y la celda. Pero ni aun así se sintió feliz. Sus limitaciones lo exasperaban, y alzó el vaso para brindar en silencio por aquel grave pronóstico de soledad y reiteró su imprecación.

La cual lo persiguió a lo largo de los años, unos años que empezaron a la mañana siguiente, en cuanto se presentó vestido de uniforme ante el corpulento brigada que se disponía a darle los documentos del permiso y, de propina, una disertación sobre las mujeres y el matrimonio. Roy le dijo que no se iba, que no se casaba, y que quería un pelotón de reclutas tan pronto como llegase la próxima remesa. El brigada se quedó mirándolo; era reticente a admitir su asombro, pero como sabía que lo llevaba estampado en el rostro, optó por exagerar como si la noticia no lo pillara por sorpresa en absoluto.

—¿Qué cojones te bebiste anoche, Hodges?

—Casi todo lo que había en San Diego.

—¿Y quién ha cancelado el paso por la vicaría?

—Yo.

El brigada se reclinó en la silla.

—Cabo mayor Hodges, hay dos agujeros en los que un hombre no debe meterse. El primero es inevitable, a menos que te entierren en el mar, te cremen o caigas en manos de una tribu de caníbales. El otro es el que hay entre las piernas de una mujer que lleva en el dedo la alianza de la jodienda. A menos que se la haya puesto algún capullo lo bastante imbécil como para pensar que para zumbarse a la damisela necesitaba tener un empleo y comprarle una casa. Yo he tenido numerosas aventuras en casa ajena. Eres un hombre afortunado: estoy seguro de que viajando por estos mundos has oído muchas historias de marineros incapaces de perdonar a los intrusos que tomaron su cama por asalto mientras ellos estaban embarcados. Supongo, pues, que ya sabes que, dentro del Cuerpo de Marines, el mejor destino es Infantería, y el segundo mejor es el cuartel de una base naval, para así poder consolar a las amas de casa solitarias cuando el barco suelta amarras. No tengo la menor duda de que en las guarderías de la Marina hay más de un mocoso que guarda un aire de familia con este brigada que te habla, pero que va llamando «papi» a un marinero. Jamás he conocido a una mujer a la que le importara una leche si estaba casada o no cuando llegaba a la conclusión de que lo que quería era pegar un polvo. Podría ser, claro, que aunque soy hombre de mundo mi experiencia fuera limitada. Por ejemplo, nunca he fornicado en el estado de Nebraska, en parte porque dicen que ahí es delito. O podría ser que solo hubiera conocido a golfas y pendones, porque, como el buen sabueso, sigo el rastro del faisán y no el de la paloma. Algún día te darás cuenta de que, de todas las mujeres de militares, las de los marineros son las peores. Uno de los motivos es que el marinero medio parece idiota cuando está en tierra firme. Pasan demasiado tiempo embarcados. Se acaban convirtiendo en paletos de pueblo, da igual de dónde vengan. En cuanto llegan a puerto, o bien se creen todo lo que ven, o bien no lo entienden; y lo

que es peor, se creen todo lo que oyen. Lo que me lleva al segundo motivo: los marineros rara vez se alejan más de seis calles del puerto. Por eso solo conocen a mujeres que frecuentan bares de marineros. Con eso está todo dicho. Todas son semiprofesionales del puterío. En estos momentos, cabo mayor Hodges (aunque no en este mismísimo instante, puesto que puedes verme sentado ante mi mesa a punto de romper tu permiso y tenderte una mano amiga para salvar tu culo del agujero número dos), en estos momentos, digo, me estoy cepillando a la mujer de un ayudante de artillero destinado a bordo de un destructor. Espero que el tipo regrese sano y salvo. Ella no habla de él, ni siquiera me ha dicho cómo se llama. Hay una fotografía a color suya vestido de uniforme; está en la cómoda del dormitorio, lo que le permite verme el agujero del culo mientras me paso a su parienta por la piedra. Me parece que cuando ando en esas lides pienso más en él que su esposa. No te molestes, cabo mayor Hodges, pero voy a dar por hecho que ya te has trajinado a tu princesita de Marshall, Texas. Incluso es posible que hayas sido el primero en ponerla mirando al techo... —Roy asintió y, al instante, se avergonzó y sintió una gran tristeza al pensar en ella acostada sobre la manta en el bosque, ocho años atrás. Las palabras resonaron en su cabeza exhausta de la resaca: «acostada sobre la manta en el bosque»—. Ajá, conque una virgen. He notado que las mujeres son como los francotiradores. Las vírgenes (y yo solo me he tirado a dos, y hace mucho, y no pienso repetir a menos que sea una monja bien cachonda), las vírgenes, digo, ajustan el tiro a la dirección del viento. Mueven el arma para aquí o para allá, en función de cómo sople. Y el viento eres tú. Y el viento debe seguir su curso. Pero no hacia Nebraska, donde no es bienvenido. No me cabe duda de que nuestra damisela de Marshall está de buen ver, de lo contrario no habrías gastado tanto tiempo y dinero en idas y venidas desde Texas. Por tanto, puedes estar seguro de que pronto alguien ocupará tu puesto, y esta vez le irá mejor y habrá dos personas que te estarán agradecidas. Estás haciendo una buena acción...

—Mi brigada.

—Habla.

—¿Puedo tomarme el día libre para quitarme esta puta resaca?

—Te recomiendo un trago de whisky, un buen polvo y una siesta. Toma... —Anotó algo en el cuadernillo que tenía encima de la mesa, arrancó la hoja y se la tendió a Roy—. Se llama Meg. Dile que eres amigo mío, que acabas de volver del frente. Y no dejes que te saque de la casa si no quieres que se te pula hasta el último centavo.

A Roy no le agradaba, ni entendía, la mirada de complicidad que había en los ojos del brigada, ni el ablandamiento de su boca y su mandíbula. Aun así, se guardó el papel en el bolsillo, le pidió prestado el coche a un amigo y se fue al apartamento de la mujer, donde, después de tomar un café y mantener una charla insustancial, se pasó el día en la cama, mirando de vez en cuando al ayudante de artillero que observaba desde la cómoda. Poco después de que se pusiera el sol, mientras estaba tendido boca arriba y ella le lamía el pecho y el vientre, rumbo hacia abajo, la mujer se detuvo y dijo:

—Me preguntará por ti.

—¿Quién?

—Johnny.

Tardó unos instante en caer en que Johnny era el brigada.

—¿Qué quieres decir?

—Le gusta que se lo cuente. Cuando estamos echando un polvo le gusta que le hable de otros.

—¿Y tú se lo cuentas?

—Sí.

—¿Y te gusta contárselo?

—Sí.

—Por Dios...

En realidad, su turbación no era tal. Pensó en Sheila con desdén. Luego Meg siguió bajando y Roy le acarició el pelo mientras ponía la mente en blanco. Su imprecación de la noche anterior se había hecho carne y se corrió en su boca.

Dos noches después le escribió a Sheila. Le dijo que amaba su profesión y que en ella no había lugar para una mujer. Le bastó con una página, y al ver su vida comprimida en tan poco espacio se apenó. Tiró el papel al suelo. En una hoja limpia, le explicó que lo sentía

mucho y que se odiaba por lo ocurrido. Pensó en ella de pie en la estación, esperando a que se fuera el último pasajero. Seguramente se había arreglado. Roy recogió la primera carta, rasgó ambas por la mitad y las arrugó con el puño. Habría sido mejor rajarse una muñeca y enviarle una página empapada con su sangre. El teléfono tampoco era la solución. Lo que necesitaba era verla, plantarse allí sin transición, tocarla sin intenciones eróticas ni consolatorias, sino con un gesto nuevo y definitivo: estrechar su mano con firmeza y cariño, mirarla a los ojos y, acto seguido, desaparecer, como un fantasma nacido del amor que acude a despedirse.

En Santa Cruz

Tanto Peter Jackman como Jo Morrison estaban divorciados y desde el invierno eran amantes. Ella sabía muchas cosas sobre el matrimonio de Peter, y a veces tenía la impresión de que su amor no era más que el fruto de un dolor compartido. Su exmujer, Norma, se había casado el verano anterior y se había mudado a Colorado, y él llevaba desde entonces sin ver a David y a Kathi. Tenían once y nueve años, y en junio volverían a Massachusetts para pasar el verano con él. En mayo, Peter y Jo viajaron a Santa Cruz, para reponerse del invierno, como decían ellos. No se referían solamente al frío, sino a todas aquellas noches enredados en los sinsabores del divorcio, con algún que otro paréntesis de euforia, con Peter saliendo a hurtadillas de la casa de Jo mientras sus dos niñas dormían, con el sufrimiento por sus hijos y con los dos bebiendo demasiado, hablando demasiado, necesitados de demasiado.

El hotel de Santa Cruz formaba una media luna de casitas exentas con vistas al mar. La playa era corta y estrecha, delimitada por unas rocas que ocultaban el resto de la costa. Las olas rompían contra un arrecife unos treinta metros mar adentro, y el agua lamía la arena suavemente y sin dejar espuma. Peter podría haber caminado hasta el arrecife sin mojarse los hombros, pero se quedaba cerca de la orilla, nadando en aguas tan poco profundas que a veces hasta tocaba las rocas, los guijarros y la arena con las manos. Eso despertaba en Jo esa curiosidad afectuosa y posesiva que se manifiesta cuando las personas se hacen amantes antes de ser amigas, de modo que el primer día le preguntó qué le pasaba con el agua. Estaban en unas tumbonas en la playa, cerca de una palmera, y ella lo miraba a la cara. Peter desvió la vista hacia el mar y el cielo azul, pasado el arrecife.

—No lo sé. Siempre me ha dado miedo.

—Pero en casa decías que ibas a la playa y que te gustaba.

—Y me gusta. Pero no dejo que me cubra por encima del pecho.

—A lo mejor solo ibas por los niños.

—No. Me encanta. Y la de aquí también —dijo señalando hacia el agua—. Y salir a cazar olas. Lo malo es cuando me doy la vuelta. No

me gusta darle la espalda al mar.

—Entonces dejemos la isla Buck para los peces.

Lo dijo sonriendo, sin el menor atisbo de decepción en la cara ni en la voz.

—Pero a ti te gustaría —dijo él.

—No es tan importante.

Todas las mañanas, después del desayuno, Peter se iba solo a la recepción del hotel y, de entre las postales con imágenes del mar, las playas, un pescador negro de cuclillas en el muelle junto a un tiburón muerto, los árboles con flores escarlata, los cocoteros, las verdes y empinadas colinas y los altos árboles de la selva tropical, elegía una para David y Kathi. No les había dicho que se iba a Santa Cruz con una mujer, aunque tampoco les había dicho que fuera solo, y en las postales escribía prolijas descripciones de la isla. En una había empezado a contarles que había mangostas, pero no serpientes, y que por lo tanto tenían que alimentarse de lagartijas y de ranas, y que a veces los jóvenes de la isla las mataban y empapaban sus colas en ron durante dos semanas y luego, cuando se quedaban rígidas, se las ponían en el sombrero a modo de pluma. Cayó entonces en que David iba a querer una cola, así que rompió la postal y la tiró; desde entonces, desde la ventanilla del taxi, miraba si veía mangostas muertas al pie de la carretera. También les decía que ojalá estuvieran ahí con él, y que el año siguiente esperaría hasta junio, a que terminase el colegio, para poder ir todos juntos. No les mandó ninguna foto del hotel. La herida que él mismo se había abierto al separarse de ellos no había sanado aún, y quizá nunca sanaría; haber ido a Santa Cruz era como volver a abandonarlos. Como Jo estaba encantada de no ver a sus hijas durante una semana, Peter no hablaba de sus hijos con ella.

En la isla soplaban permanentemente los alisios, y Peter solo notaba el calor cuando caminaba a sotavento de algún edificio. La brisa también refrescaba la ciudad de Christiansted, adonde iban en taxi a última hora de la tarde para pasear por las callejuelas de los restaurantes y las tiendas de recuerdos, y para mirar los barcos en el puerto. El tercer día, salieron a navegar al atardecer en un barco

propiedad de Don Jensen, un joven de cabellos rubios, muy bronceado, que les cobró doce dólares y que, mientras les rellenaba los vasitos de papel con un ponche de ron que llevaba en la hielera de la cabina, les explicó que él y su mujer se habían ido a vivir allí desde California hacía seis años, que ella enseñaba pintura en una academia privada de la isla y, cuando el sol ya estaba bajo, que con un poco de suerte, cuando se hundiera en el horizonte, quizá se vería el rayo verde, si bien es cierto que él lo había visto en muy pocas ocasiones. Lo que sí había visto era polvo en el cielo, procedente de África, que al ponerse el sol formaba una calima rojiza. Les preguntó si tenían previsto ir a la isla Buck. Peter y Jo estaban sentados uno a cada lado del barco. Peter observó el relumbrar del agua cerca del sol y dijo:

—Me da miedo.

—¿Sabe nadar?

—Sí.

—Pues es digna de ver.

—Ya lo sé.

—Nadie se ha ahogado nunca. Con el tubo y las aletas es imposible. Yo he llevado incluso a gente que no sabe nadar: niños que se agarran a un salvavidas y nadan con los pies.

—A mí me gustaría ir. No me apetece volver a casa pensando que ojalá la hubiera visto.

—¿Estás seguro? —dijo Jo.

—Creo que, cuando haya pasado, me gustará haberlo hecho.

Contemplaron cómo bajaba el sol, aunque no vieron el rayo verde, y regresaron a Christiansted con la luz del crepúsculo. Esa noche, Peter y Jo compraron bebidas en el bar del hotel y se las llevaron a la playa y se sentaron en unas tumbonas. Peter observó la espuma blanca de las olas que rompían suavemente en el arrecife y miró hacia la oscuridad del mar, escuchándolo, oliéndolo. Al día siguiente, mientras desayunaban, le dijo a la camarera adónde iban, y esta dijo:

—Yo nunca me meto en el agua. Aquí tenemos un dicho: «En el mar no hay salida de emergencia».

A las ocho y media ya estaban a bordo, con Don de pie al timón junto a la escotilla de la cabina, y la embarcación se escoraba de tal

modo que, cuando se inclinaba hacia su lado, a estribor, Peter alcanzaba casi a tocar el agua con la mano, la espuma le salpicaba la cara y los hombros desnudos y el pecho, y cuando levantaba la vista hacia Jo, sentada en el banco de babor, lo único que veía detrás de ella era el cielo; cuando el barco se escoraba hacia el lado de Jo, Peter se aferraba a su banco, el cielo desaparecía y, cuando miraba hacia ella veía el mar. Jo agachó la cabeza y se hizo pantalla con las manos para prender un cigarrillo. Cuando se enderezó, Peter le lanzó un beso con los labios. Ella se lo devolvió. Intentó fijarse en si Jo se mareaba, se quemaba o se sentía incómoda por las salpicaduras, pero le resultó imposible: la tarea parecía exigirle un esfuerzo casi físico, como si tratara de extraer una parte de sí mismo para entregársela a ella. Con un golpe de vela, Don logró estabilizar el barco, y a partir de ese momento, cuando se escoraba, Peter podía ver tanto el cielo como el agua detrás de Jo. El agua dejó de salpicar. Se dio media vuelta y contempló la orilla de Santa Cruz y las colinas que se alzaban desde la costa, con sus carreteritas de tierra que se perdían entre la marea verde de los árboles. Un charrán planeaba junto al barco. Algo más allá, hacia mar abierto, había dos pescadores negros sentados en un bote pesquero de color rosa. Peter cruzó la cubierta separando bien los pies y haciendo contrapeso con el cuerpo y le robó un cigarrillo a Jo, el primero desde que habían salido de casa. Ella sonrió y le apretó la mano. Peter regresó a su banco y, oteando el horizonte, pensó que por la tarde les compraría un regalo a David y a Kathi y luego se tomaría algo en la veranda del Paris Café, donde la brisa traía un aroma de comida y flores dulces.

Miró hacia proa, en dirección a la isla Buck y a los veleros fondeados alrededor de la superficie sin barcos que cubría el arrecife. La isla media un kilómetro y medio de largo, era estrecha y escarpada, y se interponía entre ellos y el mar abierto. A ese lado, el agua y el viento estaban en calma. Al otro lado del irregular semicírculo que trazaban los barcos fondeados, la gente nadaba formando una sinuosa fila de tubos que sobresalían del agua; la mayoría llevaba puesta una camiseta para que el sol no les quemase la espalda. Mientras Don arrojaba el ancla, Peter reparó en que varios eran niños. Se asomó al

agua por encima de la borda y distinguió el fondo arenoso. Don salió de la cabina cargado con gafas y tubos y aletas.

—Son un centenar de metros, entre ida y vuelta. Quizá algo más. ¿Cómo lo ve?

—Diría que bien.

—Cualquier cosa, avíseme.

Don les entregó las aletas y, cuando las tuvieron puestas, les mostró cómo usar las gafas y el tubo. Peter tomó uno de los tubos y se lo puso en la boca y respiró, luego cogió las gafas y miró a la isla verde y al cielo; finalmente, colocó las gafas sobre el tubo, se las ajustó en la cara y se acercó a la escalerilla sin sentir nada que reconociera como parte de su cuerpo, solo las aletas en los pies, las gafas en la nariz y los ojos, y la boquilla pegada a las encías y los dientes.

Don les dijo que nadasen cerca del barco hasta que se acostumbrasen al tubo, y seguidamente bajó por la escalerilla. Jo fue de segunda, y Peter, mirando a Don, que ya estaba flotando en el agua, esperó a que ella terminara de bajar; en cuanto Jo se dio impulso para alejarse del casco, Peter se dio la vuelta para descender por la escalerilla de espaldas: metió las piernas en el agua, luego la cintura, y cuando ya tenía los pies en el último travesaño, siguió bajando con las manos hasta sumergir los brazos; luego, girándose, dio una brazada y metió la cara en el agua, respiró sonoramente por el tubo y miró a través de las gafas hacia la arena del fondo y el ancla depositada encima. Cuando a su izquierda vio la quilla y el casco de la embarcación, sacó la cabeza de golpe y nadó en dirección a la escalerilla, la aferró con una mano y con la otra se quitó el tubo de la boca. Don y Jo acudieron enseguida a su lado, sacándose también el tubo de los labios.

—Es peor de lo que pensaba —dijo sacudiendo la cabeza en dirección a Don.

—Yo le estaba mirando. Lo estaba haciendo bien.

—No. No puedo.

Jo, pataleando, se puso al lado de Don.

—A mí también me ha dado miedo al principio —dijo—. Solo

tienes que acostumbrarte a respirar.

—No. Id vosotros, yo os espero en el barco. Me tomaré una cerveza al sol.

Ambos lo miraron con ternura para animarlo.

—Tengo unos salvavidas —dijo Don—. ¿Por qué no prueba con eso?

—Como los niños que no saben nadar. Está bien.

Apartó una mano de la escalerilla para que Don pudiera subir y después volvió a agarrarse con las dos.

—¿Por qué no vais sin mí? —le dijo a Jo.

—No quiero que te quedes solo en el barco.

—Si supieras la impresión que me ha dado al mirar abajo, preferirías que me quedase solo en el barco.

—Podemos volver, si quieres.

Peter negó con la cabeza y volvió a apartar la mano de la escalerilla para que Don bajara con el pequeño salvavidas blanco. Peter sopló por el tubo, se lo colocó en la boca y tomó el salvavidas. Pataleando con las aletas, se puso horizontal y metió la cara en el agua, donde el sonido de su respiración se deslizaba junto a su oído al pasar por el tubo; en un momento dado, lanzó una mirada al fondo arenoso y al instante levantó la cabeza y se quitó la boquilla. Don estaba a su lado. Sabía que Jo iba nadando detrás, pero en ese instante solo podía pensar en el agua.

—Se acabó. Me voy a tomar cerveza.

—Podemos hacer una cosa: usted se coge al salvavidas y yo tiro de usted.

Jo llegó adonde estaban.

—Demasiada molestia para ver cuatro peces y un arrecife.

—Es muy sencillo. Solo hay que tirar del cabo.

—Con tanta amabilidad, no tengo mucho margen de elección. ¿No me soltará?

—No. Usted relájese y mire. Se alegrará de haberlo visto.

Peter se agarró a los lados del salvavidas y clavó los ojos en las piernas de Don, que eran su único asidero al aire, a la tierra, a la posibilidad de volver a ver la luz del día; y se concentró en su

respiración: en el tubo sonaba como si fuera a interrumpirse y no hubiera de volver a comenzar; llenaba y vaciaba los pulmones con la sensación de estar insuflándole vida al Peter Jackman que se había volatilizado en algún punto de las aguas que iban dejando atrás. Flotó sin pensar ni soñar, y cuando se incorporó a la fila distinguió el arrecife de coral y unas cosas que ondeaban como tallos de hierba alta al viento; vio los peces que se detenían y huían como un rayo; peces negros, dorados, escarlatas, plateados; peces en bancos, peces solos, pero era incapaz de retener nada de lo que veía. Identificó un pez que se introducía en una pequeña oquedad, y al cabo de tres respiraciones ya no recordaba ni su nombre ni su color ni su forma. A lo largo del recorrido había varios letreros que daban la bienvenida a los visitantes al Parque Nacional de la Isla Buck, les hacían preguntas sobre la forma de los peces, los informaban de lo que crecía en las proximidades... Peter se dio cuenta de que recordaba mejor las palabras que los peces o las plantas o las formas del arrecife. Leyó todos y cada uno de los letreros, y cada vez que se alejaba de uno procuraba retener sus palabras en la mente; luego las palabras desaparecían y lo único que quedaba era el fluido roncar de su respiración y el agua: como si estuviera a varias brazas de profundidad, no lograba imaginarse el cielo ni el sol sobre su espalda; su mente era aquel fondo marino y estaba tapizada por la dispersión verdeazulada de su alma.

De pronto, no vio más que agua y arena. Observó las piernas de Don y esperó a que apareciera de nuevo el arrecife; buscó los peces, los letreros, pero el agua era un vacío sin límites y le entraron ganas de mirar hacia arriba, pero se abstuvo, pues sabía que vería kilómetros de agua hasta el horizonte y se le cortaría la respiración. Entonces vio un casco de color blanco. Estaba cada vez más cerca y las piernas habían desaparecido; levantó la vista hacia el barco y el cielo, se quitó el tubo de la boca, soltó el salvavidas y se agarró a la escalerilla. No miró atrás. Subió, se encaramó a la borda, se quitó las gafas y se sentó en el banco para quitarse las aletas antes de que las manos de Jo, y seguidamente su cabeza enmascarada, aparecieran por la escalerilla. Sonreía. Peter miró hacia la cubierta. Se fijó en las aletas negras de Jo, que, oliendo todavía a mar, se acercó y le tocó las mejillas con ambas

manos. Don subió por la borda con el salvavidas aún a cuestas.

—¿Qué tal ha ido? —dijo—. Yo lo he visto muy bien.

—Mal.

Jo le hizo levantar la cara.

—¿No te ha gustado nada?

—Es que no he visto nada. —Y mirando a Don, añadió—: ¿Sabe qué? Ni siquiera me he enterado de que habíamos dado media vuelta. Me he dado cuenta cuando me ha dejado junto al barco.

—Creo que se ha ganado esa cerveza. ¿Jo?

—Por favor.

Don bajó a la cabina.

—Quiero que me hables de los peces —dijo Peter.

—Pero si tú también los has visto.

—No, yo no he visto nada.

—¿Por qué no me hablas tú de ellos?

—Quiero que me hables de los peces —dijo él.

Se pasó el trayecto de vuelta bebiendo cerveza y fumándose los cigarrillos de Jo mientras esta hablaba de los peces y el arrecife. Por unos instantes, su voz sonó como aquellas noches en las que peleaban y, al término de la pelea, se ponían a conversar de asuntos que nada tuvieran que ver con sus heridas ni con el espacio que los separaba. Peter no la miraba a la cara. Santa Cruz se alzaba de fondo, y él observaba cómo el cielo acariciaba las colinas, mientras Jo y Don seguían hablando del arrecife. Peter no recordaba nada. De vez en cuando se miraba por encima del hombro, en dirección al horizonte y el vaivén azulino del mar.

Esa noche, en cuanto Jo se hubo dormido, Peter se vistió y salió del cuarto en silencio para bajar a la playa. Quemado por el sol, se acostó en una tumbona y, estremeciéndose cada vez que el mar se abalanzaba hacia él por encima del arrecife, miró pasado el rompiente, hacia aquella interminable superficie oscura, y observó las luces y la silueta de un barco que pasaba, clavó la vista en él como en un trozo de tierra sólida y árida, y recordó aquella tarde de verano, hacía cuatro años, en la que él y Ryan, borrachos los dos, habían dejado a sus mujeres e hijos junto a los últimos rescoldos de la

barbacoa en la terraza de Ryan y, remando en un bote de aluminio entre la niebla crepuscular se habían ido hasta el centro del lago para beber cerveza y despotricar del matrimonio, hasta que Ryan se puso a mear de pie en la proa y el bote se volcó; Peter cayó al agua y nadó hacia una orilla que no podía ver. Oía cómo Ryan lo llamaba desde el bote, pero él seguía nadando hacia la niebla, y hasta en cuatro ocasiones, muerto de cansancio, bajó las piernas sin encontrar más que agua, hasta que por fin divisó unos árboles entre la niebla; nadó hasta que empezó a pisar juncos y barro, salió a rastras del agua y se quedó tendido sobre el lodo hasta que Ryan apareció nadando junto al bote aún del revés. Cuando Norma, David, Kathi y él llegaron a casa, se metió bajo la ducha y, en cuanto se vio rodeado de agua, se puso a gritar.

Y, sin embargo, en el verano de 1960, Peter era teniente de Marines en Camp Pendleton, California. Una tarde de julio, los hombres de su compañía montaron en varias lanchas de desembarco y, desde una milla mar adentro, nadaron hasta tierra con chalecos salvavidas. Peter y su pelotón iban en una de las lanchas. Esperó mientras sus hombres, descalzos y sin casco, cartucheras ni armas, trepaban por la borda y saltaban al agua. Seguidamente, Peter saltó también y, flotando boca arriba, pataleó hasta donde estaba la tropa. Poco a poco, entre bromas, formaron una línea paralela a la costa. Se quedaron flotando boca arriba con la cabeza hacia la playa. Mientras contaba a sus hombres, Peter no dejaba de mirarlos: veintiuno a su derecha, veinte a su izquierda. Apartando la vista de sus caras, sus verdes uniformes empapados y sus chalecos naranjas, observó las filas ondulantes del resto de los pelotones que flotaban en sus flancos. De vez en cuando se fijaba en la estela que los pies dejaban en el agua, blanca como el jabón, y luego miraba hacia las lanchas que ocupaban el horizonte. Peter se veía como lo veían sus hombres: sereno, risueño, hablador; sus ojos lo sacaban de su estrecho espacio de flotación, como si su cuerpo tuviera la anchura de aquellos cuarenta y un hombres.

El viento agitaba las hojas de las palmeras de detrás de la tumbona. Las luces del barco se desvanecían; su silueta empezaba a

fundirse con el mar y el cielo; finalmente desapareció y vio a Kathi una noche de hacía dos años, más o menos un mes después de abandonarlos. Tenía siete años y era un miércoles por la noche, la noche de la semana que pasaba con ellos; habían ido a comer a un restaurante, donde habían hecho planes para el fin de semana, y cuando los dejó en casa, Kathi le dijo, como decía siempre durante ese primer año: «¿Quieres entrar?». Y él entró y se tomó un café con Norma, y los dos charlaron con Kathi y con David. Sin embargo, cuando se fue al vestíbulo a buscar el abrigo y regresó a la cocina, Kathi ya no estaba. Anduvo de habitación en habitación, aunque sin llamarla, porque era incapaz de pronunciar su nombre, hasta que dio con ella en el salón pequeño, tendida boca abajo en el sofá. No estaba llorando. Se acercó a ella e, inclinándose hacia delante, le acarició el largo cabello cobrizo; luego la estrechó contra su pecho y, al ver que sus bracitos se aferraban a su cuello, la abrazó. Ella le dio un beso. Sus labios eran suaves, frescos, entreabiertos como los de una mujer.

Por primera vez desde que se había metido en el agua esa mañana, sentía que las partes dispersas de su alma estaban regresando, como si impregnaran el aire salado que respiraba y, llenando sus pulmones, se le mezclaran con la sangre. La oscuridad del mar y el cielo se transformó tras sus ojos: el cielo se veía azul y despejado, con el sol cálido y bajo, y el mar era el frío Atlántico de las costas de su casa, las olas altas rompían con rugidos fragorosos, y él caminaba entre Kathi y David, dándoles la mano; avanzaban hasta la espuma y más allá y se soltaban a la espera de una ola, y en cuanto la veían venir, se zambullían frente a ella al romper y se dejaban arrastrar hasta que sus cuerpos encallaban en la arena. Luego volvían a meterse, pero ahora la arena se movía bajo sus pies, el agua se deslizaba de vuelta al mar entre sus piernas, y de repente Kathi desaparecía, su mano se le escurría entre los dedos y la pequeña empezaba a rodar hacia el fondo, y Peter se lanzaba atravesando la pared de una ola y nadaba en dirección a su cara, su pelo, sus manos buscando asidero en el aire y el agua; la abrazaba y hablaba con ella mientras nadaba de vuelta entre las acometidas de las olas, hasta que por fin, ya de pie, se dirigía caminando adonde estaba David, que aguardaba en la orilla, y

entonces volvía a hablarle y a apretar su carne contra la suya. Sentado en la tumbona de Santa Cruz, Peter recibió aquella visión con una certeza tan palpable como su piel quemada por el sol. Alzó la vista a las estrellas. Esperaba que llegase el mes de junio: sus caras en el aeropuerto, sus voces en el coche, sus cuerpos junto al suyo en el mar.

El pícher

Para Philip

El público prorrumpió en aplausos y ovaciones cuando lo vieron salir del *dugout* con Ferris el Afortunado, y cuando los aplausos y las ovaciones remitieron hasta convertirse en gritos esporádicos, él llevaba ya un rato sin oír nada, ocupado como estaba calibrando las sensaciones de su brazo diestro y observando cómo partían las bolas, como hacía siempre durante los primeros minutos de calentamiento. Algunas noches, la bola rápida no corría o la curva no bajaba o se quedaba suspendida a la altura de la cabeza de Ferris, donde hasta los bateadores de la Clase C eran capaces de pegarle de pleno. Aquel era un misterio que lo aterraba. Lanzaba la primera con fuerza y la seguía con la vista hasta que se estrellaba en el guante de Ferris; y luego la siguiente; y la siguiente; después dejaba de mirar, como si la pelota fuera a traicionarlo. Dejaba de mirarlo todo, salvo el guante de Ferris, y aun así apenas era consciente ni de eso ni de nada, a excepción del ritmo de la pierna al impulsarse y la pelota, que más que lanzar liberaba al culminar el movimiento; y entonces presentía la aproximación de aquel instante que por sí solo no podía alcanzar: un instante que llegaba como un don. Allí estaba: la pelota pasaba a formar parte de él, como si su brazo se alargara sesenta pies con seis pulgadas hasta la mascota de Ferris y se estampase contra su mano enfundada en cuero y fieltro. O quizá era él quien pasaba a formar parte de la pelota.

Lo único que tenía que hacer el resto de la noche era concentrarse en prolongar aquel instante. Se había entrenado para ello, y aunque la gente hablaba de su velocidad y de sus curvas y de sus cambios de ritmo y de su control, él sabía que sin concentración todo aquello no eran más que elementos aislados e inútiles; y en lugar de diecinueve victorias y cinco derrotas, con un promedio de carreras limpias de dos quince y doscientos seis *strikeouts* (y con posibilidades de una vigésima victoria en el último encuentro de la temporada, su primera como

profesional, a tres meses de su vigésimo cumpleaños), habría obtenido cinco victorias frente a diecinueve derrotas y lo habrían mandado de vuelta a casa con las manos vacías. Aparte de eso, tenían opciones al título, ya que iban medio juego por detrás de los Pelícanos de Nueva Iberia, que habían llegado a la ciudad cuatro días antes con un juego y medio de ventaja. Los Toros habían ganado el viernes y el sábado, pero habían perdido el domingo, por lo que el lunes Billy se encontró su nombre en primera plana del periódico local de aquella pequeña ciudad de Luisiana, junto a las noticias de la guerra que había empezado en Corea hacía poco más de un mes. Estaba a punto. Recogió el pase de Ferris, le hizo un gesto y se encaminó con la cabeza gacha hacia el *dugout* y el creciente griterío que salía de la grada, observando el lustroso césped con la bola suavemente sujeta en la mano.

No habló con nadie. Se dirigió al fondo de la banqueta, que siempre dejaban libre para él. Era demasiado joven para exigir semejante privilegio, pero lo bastante bueno para que se lo concedieran sin tener que pedirlo; se lo habían concedido a comienzos de la temporada, al ver que lo necesitaba: el joven Billy Wells, tan bromista y gritón y dicharachero durante las nueve entradas de las tres noches que no tenía que lanzar, pero que, la noche que le tocaba salir, se sentaba en silencio, ni relajado ni tenso, y solo abría la boca cuando lo exigía la buena educación. Porque educado lo era siempre. Enseguida le reservaron un hueco en la banqueta, donde en ese momento tomó asiento sabiendo que todo iba a salir bien. Trató de no darle demasiadas vueltas, pues sabía, como lo sabe el insomne, que la mención de la cosa invoca su presencia; sabía que el dolor que había traído consigo al estadio seguía allí presente; sabía incluso que probablemente se instalaría en él para siempre; solo que ahora, por un rato, había desaparecido. Aguardaría al acecho para acometer de nuevo cuando estuviera agotado y en su corazón sobrara espacio para él. Pero todavía faltaba mucho para eso, en la ducha o el hotel, más de dos horas y media o lo que tardase en cerrar el partido; más tiempo del que puede medir un reloj. En ese momento parecía que su vida entera hubiera de transcurrir antes de la hora de la ducha. Cuando

salió trotando al montículo, el público se puso en pie para aclamarlo y, antes de lanzar la primera bola de calentamiento, se tocó la gorra con el dedo.

La noche antes del partido no había hecho el amor con Leslie. En toda la temporada, no le había hecho el amor la noche antes de lanzar. No porque creyera, como creían algunos, que al día siguiente aquello pasaba factura. «Hay que guardar fuerzas para darle al bate —comentó Hap Thomas una noche que no había conectado ni un solo batazo—. Anoche me dejé por lo menos dos *hits* en aquel burdel.» Como la mayoría de los jugadores de la Liga Evangeline, Thomas hacía tiempo que estaba acabado: un exterior de treinta y seis años que a los veintitantos había jugado tres temporadas —no consecutivas— en la Triple A. Billy no hacía el amor la noche antes de un partido porque todavía no se había acostumbrado a jugar de noche; su ritual era el mismo que seguía en San Antonio, cuando jugaba en el instituto o en la liguilla de la Legión Americana: se tomaba un vaso de suero de mantequilla y se metía en la cama, donde pasaba una hora o más imaginando el encuentro de la jornada siguiente, aunque parecía más bien que el partido ya existiera en algún rincón de la noche desplegada al otro lado de la ventana, y que era este el que lo imaginaba a él. Cuando por fin se dormía, el juego seguía a su lado, y por la mañana al despertar se recordaba lanzando desde algún lugar enclavado entre el ensueño y la vigilia; y hasta la hora del partido se sentía como una sombra proyectada por el recuerdo y la luz de la mañana, una sombra que se extendía desde la almohada hasta el vestuario, donde se quitaba esas ropas que durante todo el día se le habían antojado ajenas para ponerse el uniforme que en su cabeza venía vistiendo desde que se había acostado la noche anterior. En el instituto, las clases eran algo que interfería con esos días de ser sombra. Parecía que, más que ir al colegio, tropezara con él de camino al campo. En verano, cuando jugaba en la Legión Americana, no había con qué tropezar, solo la espera matutina, que en realidad no era tal, pues esperar es contemplar el tiempo, que casi siempre gana, mientras que él se hacía uno con el tiempo y se dejaba llevar, tanto es así que,

cuando se sentaba a comerse el desayuno que su madre le había preparado, era como si ya estuviera caminando hacia el montículo.

Llevaba una temporada menos un juego como profesional y todavía no había sabido convencer a su cuerpo ni a su mente de que la noche antes de un partido era demasiado pronto para entrar en el ritmo y la concentración que habían de guiarlo cuando por fin tuviera la pelota en la mano. Quizá no era a su cuerpo ni a su mente a los que debía convencer; quizá tenía razón cuando pensaba que no era él quien imaginaba los partidos, sino estos los que lo imaginaban a él: ángeles benevolentes y un tanto obtusos que lo habían seguido para protegerlo pero que no entendían que ahora por las noches podían acostarse y descansar en silencio, pues al día siguiente Billy y ellos tenían por delante toda la jornada para hacerse compañía. De haber sabido que eso a Leslie le dolía, podría habérselo explicado, como quien explica que se encuentra indispuesto por el dolor de las paperas, que esas noches no podía hacer el amor, pero no porque prefiriera pensar en el partido, sino porque aquellos ángeles lo habían seguido hasta Lafayette, Luisiana. A lo mejor Leslie y él hasta se lo habrían tomado a risa, pues en el fondo tenía gracia, como aquella anécdota de su tío Johnny, que tenía dos perros que un día saltaron la verja y, siguiéndolo fielmente hasta una casa a unas cuantas calles de la suya, se pusieron a aullar al pie de una ventana: la de una alcoba en la que tío Johnny no debería haber entrado, entre otras cosas porque para eso tenía que salir de otra alcoba de la que no debería haber salido.

Lafayette también tenía su gracia: una planicie baja repleta de canales y pantanos y cajunes. Los cajunes eran una buena fanaticada, tan buena que a principios de temporada Billy se sentía como si estuviera de gira de exhibición por algún país extraño en el que todo el mundo amase a los americanos y, puesto que estos habían ido allí a jugar para ellos, hubieran decidido amar también el beisbol. Conocían el juego, pero a menudo, cuando gritaban, lo hacían en francés, y cuando gritaban en inglés sonaba como un francés hablando inglés. Lo mismo ocurría en la sección de color. La tribuna no llegaba mucho más allá de la tercera y la primera base, y ahí donde terminaba la tribuna de la primera había un espacio de unos quince metros y,

después, dos gradas con sillas plegables de madera. Allí se sentaban los negros, apenas visibles tras aquellos quince metros de aire y tierra batida. Se encontraban relativamente cerca de la línea del jardín derecho: a veces, cuando Billy corría tras golpear un roletazo, terminaba su esprint lo bastante cerca de la grada como para oír a los negros gritándole en francés o en un inglés que sonaba a francés.

En los Toros jugaban dos cajunes. El nombre completo del equipo era los Toros Brahmanes de Lafayette, y cuando los fanáticos lo pronunciaban entero, decían «Togobremanes». El propietario era un ranchero que criaba esta clase de toros, y uno de sus tesoros era un macho enorme y de bravo aspecto con una giba en la cruz y un pelaje perlino que parecía casi blanco; se llamaba Huey, por el gobernador asesinado a balazos en el capitolio estatal. Huey hacía su aparición en el plato de *home* en las ceremonias inaugurales y después asistía a todos los partidos desde un redil situado junto a la cerca del jardín derecho. Durante las prácticas de bateo, los jugadores zurdos trataban de meter la bola en el redil. Nadie le daba nunca, pero cuando el propietario se enteró mandó no llevar el toro al campo hasta que terminasen las prácticas. Para entonces las tribunas ya empezaban a llenarse. Huey llegaba en una camioneta que accedía por una puerta situada detrás de las gradas de color, y los negros se giraban para ver pasar al toro. Los dos hombres que llevaban la camioneta lucían sendos sombreros de paja de estilo vaquero. Igual que el propietario, Charlie Breaux. Cuando los cajunes pronunciaban el nombre y el apellido juntos parecía un nombre distinto. Y como había sido el tercera base E. J. Primeaux, un treintañero nervudo dueño de un pequeño colmado que durante la temporada regentaba su esposa, quien le había presentado al propietario, Billy se había pasado los primeros días convencido de que jugaba para el club de un hombre llamado Cholibró.

Un día alguien le dio un pelotazo a Huey: fue durante un partido, con dos *outs* , con un *fly* alto que Hap Thomas podría haber atrapado perfectamente. Hap había seguido el vuelo de la pelota buscando de reojo la cerca del redil para no chocar con ella y, sobrado de tiempo, se había quedado mirando a Huey, que lo observaba desde el otro lado

de la cerca; alargó el brazo por encima de la cabeza del astado, pero de pronto, mirándolo de nuevo, retiró la mano y se apartó para ver cómo la bola impactaba en su cabeza con un golpe que resonó hasta la tribuna de tercera base. La pelota rebotó hacia fuera y Hap la recogió con la mano sin guante mientras Huey daba una vuelta al redil al trote. Hap corrió en dirección al *dugout* con la pelota en alto, hasta que llegó donde estaba el ampáyer de primera, que hacía la señal de salvado y le indicaba a Hap que regresara al jardín derecho. Entonces Hap le pasó la pelota y, sonriendo, levantó ambos brazos hacia la afición sentada tras la línea de primera base y los mantuvo en alto mientras pasaba frente a la grada de los negros de camino al redil, donde se quitó la gorra y, acercándose a la cerca donde Huey había vuelto a asomarse, la agitó sobre los cuernos de la bestia y volvió trotando a su posición, se golpeó el guante un par de veces, lo apoyó sobre la rodilla y, posando la otra mano en la rodilla contraria, se acuclilló. El público seguía riendo y lanzando vítores y coreando los nombres de Hap y Huey y Cholibró cuando, dos lanzamientos más tarde, el bateador conectó una bombita hacia Caldwell, el campocorto.

—Hap —dijo Primeaux desde el *dugout* —, he visto a muchos jugadores perder un *fly* por miedo a estamparse con la cerca, pero es la primera vez que veo a uno que lo pierde por miedo a una cornada.

A lo que Hap respondió:

—¿En esta liga? Eso no es nada. Un día de estos saldré al jardín y una serpiente de agua me partirá la pierna en dos de un bocado.

—O quizá te parta un rayo —dijo Shep Caldwell.

En junio, al jardinero central de los Atléticos de Abbeville le había caído un rayo encima; había entrado por el botón metálico de la gorra y había salido por los clavos de las botas. Cuando los Toros se enteraron de la noticia por la megafonía del estadio, el cielo estaba nuboso y a lo lejos se apreciaban destellos; podía ser incluso que hubieran visto caer el rayo que acababa de matar a Tommy Lyons a cincuenta kilómetros de allí. La noticia llegó entre entrada y entrada, antes de que los Toros salieran al bate; jugadores y público oraron un minuto en silencio. Billy estaba sentado junto a Hap, que se acercó a la nevera, regresó con un vasito de cartón y, sin beber, dijo:

—Un día se rompió una pierna. Lyons, quiero decir. Jugué un año con él en la Liga de la Costa Pacífica. En el cuarenta y uno. Tres treinta en bateo; treinta y pico jonrones; como cuarenta bases robadas. Hacia finales de la temporada se rompió una pierna haciendo un barrido. Jamás volvió a batear como antes. Nadie supo por qué. Ni siquiera él. Estuvo con los Yankees durante el entrenamiento de primavera, pero luego volvió a la Liga de la Costa Pacífica y a partir de entonces todo fue de mal en peor. Para entonces ya me habían llamado a filas y no volví a verlo hasta hace un par de años, cuando empezó a jugar en Abbeville. Una noche nos estábamos tomando una cerveza y le dije que cuando se rompió la pierna iba de cabeza a las grandes ligas. Nadie lo dudaba. Me dijo que lo sabía. Y que aún no lo entendía. Había perdido algo: la mano, el *swing* . Madre mía, ¡cómo le atizaba a la bola! Total para acabar frito en Abbeville delante de una panda de tarugos. Tiene cojones la cosa.

Muchos de los jugadores se pasaron el resto del partido mirando al cielo; los que no, tenían que hacer un esfuerzo para reprimirse. Hasta el día siguiente no se supo lo del botón de la gorra, pero un par de entradas después de que se lo hubieran dicho, Ferris el Afortunado se fue al vestuario y se arrancó el suyo. Cuando regresó al *dugout* , llevaba la gorra azul en la mano y no apartaba la vista del agujero abierto donde hasta entonces había estado el botón.

—Coño, Ferris, que nunca cae dos veces en el mismo sitio —dijo Shep.

—Porque no le hace falta —respondió Ferris, y se sentó acariciando el agujero.

Lafayette no era más que una parada de camino a Detroit, con los Tigres; a menos que lo llamaran a filas, algo que prefería no pensar pero pensaba a diario cuando leía las noticias de la guerra. El ojeador de los Tigres había visto pichear a Billy en tres ocasiones y había hablado con él después de cada juego para decirle que solo necesitaba tiempo para curtirse; que se mantuviera en forma al final de la temporada; que al año siguiente lo enviarían a Flint, Míchigan, a jugar en la Clase A. Billy era el único en el club con opciones a ingresar en

las grandes ligas. Billy Joe Baron también tenía números para progresar, pero no demasiado; era un buen primera base, muy rápido, primero de la liga en bases robadas, pero tenía que recurrir al roletazo y al toque de plancha para mantener su promedio entre doscientos noventa y trescientos; a menos que ilegalizaran la bola curva, jamás pasaría de la Clase A. El resto de la plantilla seguiría jugando en los Toros o en equipos similares. Y ahora a Leslie le había dado por quedarse en esa ciudad que en principio no había de ser más que un lugar de paso, y además se iba a quedar en la casita amueblada donde vivían de alquiler, con sus mosquiteras oxidadas y aquel jardín que daba a un bosque que más allá se convertía en una ciénaga, motivo por el cual Billy no salía nunca al porche trasero de noche y, si miraba fijamente al césped, le parecía ver serpientes de agua.

Leslie había entrado en la cocina esa mañana del último partido; aunque era tarde, Billy acababa de desayunar, como solía hacer para no comer más de dos veces antes del encuentro, y ya estaba —o seguía estando, desde la noche anterior— concentrado en su vigésima victoria y en el título. Era lo que quería: ser uno de esos píchers que aterrizan en un club de tercera y en una sola temporada se marchan con un título bajo el brazo. Leslie entró en la cocina, lo miró seria como nunca y dijo:

—Billy, es un día fatal para decirte esto, pero se supone que hoy teníamos que hacer las maletas.

Billy, mirándola desde su distancia, trató de centrar la vista en ella y se obligó a escuchar lo que tuviera que decir; era como si tuviera que hacer un esfuerzo para verla en tres dimensiones en vez de dos.

—¿Qué ocurre, cariño? —preguntó.

—Que no voy a ir.

—¿No vas a ir adónde?

—A San Antonio. Ni a Flint. Que me quedo aquí.

Su rostro sudado transmitía tanto miedo, tanta congoja, y a la vez tal grado de determinación, que Billy supo que era el fin, que ni siquiera sabía lo que estaba ocurriendo pero que no había palabras que pudieran evitarlo. La muchacha estaba al borde de las lágrimas, y Billy supo que eran por ella, por haber sacado ese tema en la cocina,

de un modo que ni esperaba ni habría previsto; en el fondo de sus ojos, visible como una estrella, resplandecía la dura luz de algo más, y entonces supo que lo odiaba, y se la imaginó odiándolo durante días cada vez que se ausentaba: podía verla de pie en esa cocina, contemplando el césped y los árboles a través de la mosquitera, odiándolo. Entonces la escena se completó por sí sola: a su lado, de espaldas a Billy, había un hombre que le rodeaba el talle con el brazo.

—¿Leslie? —Tuvo que carraspear para quitarse el miedo de la voz —. Cariño, ¿has estado con alguien?

Ella lo miró tan fijamente que Billy empezó a temer tanto su respuesta como que no dijera nada en absoluto.

—Billy, estoy enamorada.

Y diciendo esto se dio la vuelta y caminó hasta la puerta trasera, cruzó los brazos sobre el pecho y miró a través de la mosquitera. Billy apoyó las manos en las esquinas de la mesa y arrastró la silla hacia atrás, hizo ademán de ponerse en pie pero al final se quedó sentado; no había razón para levantarse. Se frotó los ojos y sacudió nerviosamente la cabeza.

—No es solo que pasaras mucho tiempo fuera. Yo ya me había hecho a la idea de eso. Me decía que podía ser emocionante, sobre todo cuando estuvieras en las grandes ligas. Y me decía también que, total, dentro de diez años se habría acabado, hay mujeres que...

—*¿Diez* ?

Pensó en las carreras que se pegaba como defensa cuando no le tocaba lanzar, y también en casa, todos los días fuera de temporada, sabedor desde hacía tiempo de que su brazo era un don que duraría hasta que una primavera dejara de cumplir su cometido y se convirtiera, por primera vez desde que había empezado a lanzar, en un brazo normal y corriente; y en que lo que podía y debía hacer era mantener los pulmones y las piernas fuertes, para que no le flaqueasen antes que el brazo. Billy estaba sorprendido consigo mismo: jamás habría creído que mientras su esposa lo dejaba le daría por pensar, orgullosa y defensivamente, en lanzar hasta pasados los treinta. Cayó entonces en la imagen que Leslie se había formado de él y sintió miedo y vergüenza.

—Está bien: quince —dijo ella—. Algunas mujeres se casan con marineros o soldados, y eso dura más. No han sido los viajes. Era cuando estabas en casa: no estabas aquí. No estabas aquí, conmigo.

—Pero si me pasaba aquí todo el día. Menos seis o siete horas en el estadio por la noche. No entiendo qué quieres decir.

—Quiero decir que no soy lo que tú quieres.

—¿Cómo vas a decirme tú lo que yo quiero?

—Lo que tú quieres es ser mejor que Walter Johnson.

Desde ese ángulo apenas le veía la cara. Esperó. Pero ella no dijo nada más.

—Leslie, ¿acaso no puede uno querer ser el mejor en lo suyo y, al mismo tiempo, amar a su mujer? —Y entonces se levantó—: Maldita sea, ¿y *quién* es él?

—George Lemoine —dijo ella mirando a través de la mosquitera.

—George *Lemoine* . ¿Quién es George *Lemoine* ?

—El dentista al que fui.

—¿El dentista al que fuiste?

Leslie se dio la vuelta, lo miró a la cara y deslizó la vista por sus brazos hasta los puños; luego se sentó al otro lado de la mesa.

—Cuando se me cayó el empaste. En junio.

—¿En *junio* ?

—La cosa no empezó entonces. —Tenía el rostro ligeramente agachado, pero sus ojos lo miraban y ahora había en ellos una luz distinta: estaba avergonzada, pero no arrepentida, y había en su voz ese tono inconfundible de las mujeres enamoradas; nunca como entonces se ponían tan serias, tan amenazantes, y a Billy lo asaltó la imagen de Leslie haciendo el amor con otro hombre—. Él iba a los partidos solo. A veces charlábamos en el puesto de bebidas. Y con el tiempo…

De repente bajó la vista, rehuyó sus ojos y Billy se sintió excluido para siempre de los misterios de su corazón.

Billy había sido toda la vida una persona segura de sí misma. De adolescente, su seguridad y sus esperanzas eran concretas: la temporada de ese año, la temporada siguiente, el béisbol profesional, las grandes ligas. Pero ya de chiquillo su seguridad y su optimismo

tenían también un componente abstracto. Casi nunca le había tocado sufrir y había salido adelante sin volverse ni cruel ni ingenuo. Cuando la vida lo llevaba a tratar con los patanes, los torpes, los desgraciados, siempre se mostraba compasivo. Se consideraba tan solo un tipo con suerte. Ahora tenía la sensación de que su cuerpo, frágil y tembloroso, pertenecía a otra persona. Sentía la necesidad imperiosa de acostarse.

—Y pensar que en todos esos viajes ni una sola vez pisé un burdel.

—No es lo mismo.

Billy observaba la pared beis de encima del fregadero, pero presentía que Leslie seguía mirando al suelo. Se disponía a preguntarle qué había querido decir, pero de repente lo entendió.

—Supongo que entonces, cuando yo salga hoy al campo, él se vendrá a vivir aquí contigo, ¿no?

Esta vez se quedó mirándola, y cuando ella levantó la cara la vio distinta: solo parecía vulnerable.

—Primero tiene que divorciarse. Tiene mujer y dos hijos.

—Un momento, espera un momento. ¿Que tiene mujer y *dos* hijos? ¿Pero qué edad tiene este hijo de puta?

—Treinta y cuatro.

—¡Maldita sea, Leslie! ¿Cómo puedes ser tan tonta? Se está aprovechando de ti, ¿qué te hace pensar que no será tan listo para dejar las cosas como están? ¡Maldita sea!

—Le creo.

—Le crees. Y además, dentista. ¿Cómo es posible estar casada con un jugador de béisbol y encapricharse de un dentista? ¿Y qué harás para ganarte la vida? ¿Lo has pensado?

—No necesito mucho. Encontraré trabajo.

—De todos modos no tendrás mucho, porque pienso cargármelo.

—Billy —dijo ella levantándose con un aire admonitorio que le recordó a su madre—, bastantes problemas tiene ya. Yo también lo he pasado mal este verano. Me sentía triste y sola. Si no, esto no habría pasado. Y tú lo sabes. Todo este verano me he sentido como si corriera junto al autobús del equipo intentando llamar tu atención. Y entonces apareció él.

—Y te recogió.

La observó hasta que se puso roja y agachó la vista. Luego se fue al dormitorio a hacer el equipaje, pero ella se le había adelantado: la maleta y la bolsa de viaje estaban al pie de la cama. Las recogió y se dirigió rápidamente a la puerta principal. Antes de llegar, Leslie salió de la cocina y Billy se detuvo.

—Billy. No quiero hacerte daño, aunque sé que pronto se te pasará. Espero que algún día puedas perdonarme. Podrías escribirme e ir contándome cómo te va.

El impulso de soltar la maleta y la bolsa y abrazarla y pedirle que lo reconsiderase era tan irrefrenable que solo podía combatirlo recurriendo a la ira; y con esa claridad que confiere la ira, comprendió la verdad que acabó de empujarlo hacia la puerta.

—Tú lo quieres todo. Pues de eso nada. Tendrás que conformarte con lo que has elegido.

Lanzó una mirada de desprecio a las paredes del salón y después observó a Leslie de arriba abajo; seguidamente se marchó bajo el sol y el aire aún caluroso, tomó el coche y se registró en un hotel. El anciano recepcionista lo reconoció y lo miró con ademán sorprendido, pero enseguida disimuló y dijo:

—¿Ganaremos esta noche a los chicos de Nueva Iberia?

—No lo dude usted.

Lo natural a continuación habría sido acercarse a la consulta de Lemoine y entrar mientras estuviera hurgándole la boca a alguien: «Soy yo, hijo de la gran puta», y darle una buena tunda con la mano izquierda, cancelarle las visitas de la tarde, mandarlo a otro dentista. Lo que tenía que hacer era antinatural. Y mientras subía por la escalera hacia la habitación pensó que su profesión tenía mucho de antinatural. Ya en el cuarto, apagó el aire acondicionado y abrió las ventanas para que no se le enfriase el brazo; después se acostó en la cama y cerró los ojos y empezó a lanzar siguiendo el orden de bateo. Los conocía a todos perfectamente, pero recelaba de esa clase de perfección, pues se parecía en exceso a la confianza, que a su vez se parecía en exceso a la complacencia. De modo que empezó con Vidrine, el primer bate. Zurdo. De los que se adaptan a la pelota, sin preferencia por un lado u otro del campo; bueno al toque, pero

corredor discreto al que Primeaux no dejaría de hostigar desde tercera; de los que agarra el bate por la parte alta del mango y toca bola, aunque lento con el *swing* ; incapaz de conectar cuando el pícher lanza a gran velocidad. Bolas rápidas, bajas y ajustadas. Con efecto al final. Bueno corriendo entre bases, pero solo cuando parte con ventaja. Necesario mantenerlo pegado a la goma. Billy dejó de pensar en Vidrine colocado en base. Lo importante era concentrarse en visualizar su postura, con el bate en alto, y el interior del plato, y el guante de Ferris. Apartó de su cabeza la imagen de Vidrine agachado en primera, y a la vez apartó también la de Leslie confesando en la cocina; vio a Vidrine junto al plato y, detrás, vio a Leslie dándose la vuelta. Hasta entonces había estado sentada en el palco, pero ahora se dirigía sola hacia la rampa. Pobre chiquilla de Texas. Hasta su nombre sonaba como el de un pueblecito texano: Leslie Wells. Y entonces, desapareció.

El jonrón llegó tras un lanzamiento fuera de la zona de *strike* y con las bases vacías en la parte alta de la tercera entrada, después de retirar a los siete primeros bateadores. Salió Rick Stanley, que bateaba de octavo: buen fildeador, mal atacante, veinticinco años. Llevaba siete en las ligas menores y empezaba a acusarlo: a pesar de su estilizada figura y de ser el mejor tercera base que Billy se hubiera echado a la cara, desprendía ese aire añoso y resignado de quien se ha visto obligado —demasiado pronto en la vida como para encajarlo de buen grado— a acomodar sus deseos a la medida de su potencial. Cuando salía al plato parecía asustado, y desde el principio de la temporada Billy tuvo la impresión de que en algún momento de la vida le habían pegado un pelotazo y no había sido capaz de superarlo. Luego se dio cuenta de que no era miedo a recibir un pelotazo, de que no era miedo en absoluto, sino la tensión de llevar tanto tiempo sabiendo lo que sabía. Y en el campo se le notaba. No durante las jugadas, sino al final, cuando Stanley le devolvía la pelota al pícher y regresaba a su posición, con esa cara de quien trata de aceptar una verdad que había olvidado mientras fildeaba una pelota del revés para luego pivotar y dispararla con fuerza hacia el guante del primera base; en esos

momentos su rostro adoptaba una expresión intensa y reflexiva, congruente con sus piernas y sus manos y su brazo; después, la jugada concluía y en su gesto volvía a dibujarse una resignación lo bastante nueva todavía para ser terrible. Desde ahí se extendía hacia los hombros y el resto de su cuerpo y volvía a parecer un viejo. Billy habría deseado ver jugar a Stanley en tercera cuando era más joven y aún creía que había un trozo de tierra batida, una almohadilla y una línea de *foul* esperándolo en las grandes ligas.

Una de las reglas de Billy era no relajarse nunca con los últimos jugadores del orden de bateo, porque cuando uno de ellos conectaba un *hit* dolía más. El lanzamiento para Stanley fue bueno. Como muchos jugadores, Stanley era mal bateador porque era un bateador inconstante; solo bateaba bien un *swing* de cada doce, más o menos; el resto le habían cambiado la vida. Cuando de vez en cuando acertaba, la afición, y a estas alturas incluso él mismo, se llevaban una sorpresa que nunca dejaba de ser sorpresa y que, por tanto, nunca generaba esperanzas. Su jonrón fue una cuestión de números y tiempo, de que en ese lanzamiento su concentración, sincronización y *swing* fluyeran en armonía, convirtiéndolo por un instante en el bateador de sus sueños rotos. Volvería a ocurrir en otros estadios, en otras temporadas; y si Stanley hubiera sido capaz de provocarlo en lugar de tener que esperar a que ocurriera, estaría jugando en las grandes ligas.

El primer lanzamiento de Billy fue una bola rápida a la altura de la cadera, hacia la esquina interior. Stanley la dio por *strike* , con esa expresión en el rostro. Ferris le indicó que repitiera el mismo lanzamiento. Billy asintió y perdió un poco el tiempo con la bolsita de brea para hacer esperar a Stanley; este, por su parte, salió de la caja y recogió un poco de tierra y se la frotó por las manos y el mango del bate; cuando regresó al plato, parecía tan tenso como al principio y Billy disparó; Stanley abanicó tarde y bajo. Ferris pidió una curva, el lanzamiento que esa noche estaba haciendo estragos, y Billy enseguida agarró impulso convencido de que Stanley estaba a punto de caramelo y era el momento de rematarlo: la pelota partió a toda velocidad a la altura de la ingle, viró hacia la izquierda y debería haber pasado por la parte exterior del plato, justo por encima de las rodillas de Stanley,

pero de repente desapareció. Stanley no solo le pegó tan fuerte que Billy supo que la sacaría del campo incluso antes de mirar adónde iba, sino que lo hizo jalando la pelota, de suerte que cuando el pícher la divisó en el cielo, entre los jardines central e izquierdo, la bola seguía subiendo, mientras James desde la izquierda y LeBlanc desde el centro corrían en su busca. Cuando el punto iluminado alcanzó el vértice de su parábola y se recortó sobre el cielo oscuro que se extendía sobre aquel otro cielo de luz de los reflectores, emanó un algo definitivo.

Billy volvió la espalda al plato. Nunca se quedaba viendo la llegada del bateador cuando le metían un jonrón. Miró a LeBlanc en el centro; después a Harry Burke en segunda, el viejo Harry, el mánager, cuarenta y un años y todavía capaz de defender su base, sobre todo a fuerza de ingenio; era bueno pivotando —¿cuántos dobles plays habría ejecutado a lo largo de su vida?—, pero cada vez que le hacían un barrido, Billy temía oír el crujido ya no del hueso, sino del cuerpo entero, como la rama de un árbol seco. Hap le decía que no sufriera, que el viejo Harry estaba hecho de cuero engrasado. Su cara parecía haber sobrevivido ya a dos cuerpos. A lo máximo que había llegado había sido a la Triple A, y de eso hacía mucho; cuando los Toros lo contrataron y se ganó el corazón de los fanáticos, trasladó a la familia a Lafayette y la convirtió en su hogar; fuera de temporada trabajaba para una compañía de seguros, dinero fácil para él, ya que lo único que tenía que hacer era ver a gente, tomar café y hablar de béisbol. Tenía los ojos más dulces que Billy hubiera visto en un hombre. Harry se le acercó trotando.

—Todavía quedan veintiún *outs* para que te desquites de esta.

—Hijo de puta, cómo le ha dado.

—Tú como si nada y a lo tuyo, ¿me has oído?

Billy asintió con la cabeza y regresó a la goma. Talieferro, el pícher gordo, y Vidrine recibieron base por bolas con cuatro y seis lanzamientos, respectivamente, y entonces Ferris el Afortunado se acercó al montículo. Le llamaban «el Afortunado» porque no lo era.

—Una carrera es una cosa —dijo—, pero que no te metan tres.

—Teniendo en cuenta cómo estáis bateando hoy, lo mismo da una que nueve.

Por primera vez desde que había saltado al terreno de juego, el recuerdo de esa mañana con Leslie salió de donde fuera que lo hubiera encerrado y le asestó otro mazazo.

—Oye —dijo Ferris—, todavía queda partido.

—No entiendo cómo podéis fallar las bolas de ese gordo cabrón.

—Todo llegará. ¿Vas a lanzar o vas a llorar?

Le lanzó una curva a Jackson, al que pusieron fuera con un doble play por la media luna: de Primeaux a Harry y de Harry a Baron, que alargando la pierna le ganó a Jackson por media zancada.

Billy se sentó en su rincón de la banqueta y vio lanzar a Talieferro, que por algún motivo pronunciaba su nombre «Tolifer»: un pícher grande y joven, zurdo, con una barriga propia de un hombre de mucha más edad, como esos que van al bar los fines de semana por la tarde; había picheado cuatro años en la universidad y esa era su primera temporada como profesional, llevaba dieciséis victorias y nueve derrotas, y generalmente solo perdía cuando la situación se le iba de las manos. Su deseo no era ser profesional. Cuando acabase la temporada, trabajaría en una petrolera; lo del béisbol era una forma de ganarse la vida en Luisiana durante el verano. Billy miró a Ferris mientras este se ajustaba la gorra sin botón, se empolvaba las manos y salía al plato, y entonces volvió a refrenar la imagen de Leslie, que pugnaba por asomarse nuevamente y explotar en su cara. Se miró el protector de la bota derecha y empezó a pensar en la siguiente entrada, empezando por el bateador estrella, el exterior central Remy Gauthreaux, de treinta años, otro jugador acabado, pero listo y peligroso, capaz de sacar del parque una bola mal tirada. A Gauthreaux, baja y lejos. Ferris bateó una bombita hacia Stanley en terreno de *foul* y regresó al *dugout* sacudiendo la cabeza.

Billy palpaba algo en sus compañeros del *dugout* , algo que se confirmaba tan pronto como salían al plato: Talieferro estaba en racha y ellos no. Podía deberse a cualquier cosa: a que fuera un encuentro por el título, donde cada acción cuenta; a que fuera el último partido de la temporada, y que por tanto las ganas de jugar se vieran eclipsadas por esa otra faceta suya, para la cual nada de cuanto ocurriera esa noche sería verdad al día siguiente; regresarían a sus

casas para reincorporarse al trabajo y a la vida que habían dejado aparcada; la mayoría se irían a lugares donde la gente ni siquiera había oído hablar del equipo ni de la liga. Lo mismo se podía decir de los Pelícanos, aunque quizá no de Talieferro, un tipo indolente para todo lo que no fuera la digestión, el hambre y la comida, y que probablemente no percibiera conflicto alguno entre sus actuales sensaciones y lo que empezaría a sentir al día siguiente. Aunque también podía ser tan solo que esa noche estuviera dando lo mejor de sí, lanzando cada bola como Stanley había bateado antes la de Billy.

Billy salió al círculo de espera, se hincó de rodillas en el suelo y observó a Harry, en el plato, y a Simmons, el gigante que defendía la primera base: iba detrás de Gauthreaux en el orden de bateo, y aunque pegaba fuerte lo ponchaban unas cien veces por temporada; lo mejor era desequilibrarlo, dentro y fuera, contrarrestar su potencia lanzándole bolas rápidas. Harry, muy pegado al bate, fue mandándolo todo tras la línea de *foul* hasta que conectó un roletazo en dirección al campocorto. Billy le entregó la chaqueta al asistente y salió al plato entre aplausos. Talieferro evitó mirarlo, pero Billy salió del cajón y se quedó observándolo hasta que el otro alzó la vista, entonces volvió al plato y levantó el bate. Era buen bateador, y en el instituto y en la Legión Americana había jugado en el jardín derecho cuando no le tocaba pichear. Vio cómo el gordo tomaba impulso despacio hasta soltar una bola rápida: Billy disparó en dirección a la cerca, corrió a segunda bien pegado a la línea y cruzó la goma antes de que la pelota hubiera terminado de caer. Cuando se dio la vuelta vio a Talieferro retirándose, ya casi en la línea de tercera. Harry se acercó a entregarle a Billy su guante y le dio una cachetada en la nalga.

—Pensaba que te ibas a ir corriendo hasta Flint.

En las tres entradas siguientes lanzó contra nueve hombres. Cerró la quinta eliminando a Stanley con una sucesión de curvas; y cuando Talieferro salió a batear de primero en la sexta, Billy le lanzó una bola rápida a la altura del estómago que le hizo perder el equilibrio y caer al suelo. Entre una entrada y la siguiente se obligaba a creer en la esperanza de los números: los ceros y el uno del marcador en el jardín derecho, el número de entrada, los *outs* restantes para los Toros. Le

arrancaron un *hit* en cada entrada, pero ningún jugador pasó de la segunda base. Durante la fase de ataque, se quedaba sentado con la chaqueta echada por encima y en su cabeza iba lanzando contra los siguientes tres bateadores de los Pelícanos, y luego los siguientes tres, por si acaso, aunque dudaba que tuviera que llegar a vérselas con seis contrincantes en la siguiente entrada, ni tampoco en las otras, y entonces pensó en los dieciocho, los quince, los doce *outs* que necesitaría hasta que los suyos anotasen una carrera, pues no hacía falta más, ya que, llegado el caso, Talieferro se cansaría antes. Cuando Primeaux quedó eliminado en la sexta, Billy miró a Hap, que estaba sentado en la otra punta de la banqueta, y deseó estar a su lado. Se inclinó hacia delante y se miró las botas. La entrada había terminado y se rindió a la verdad que lo había asaltado al ver aquella blanca imagen de la derrota, justo antes de que la pelota empezara a descender.

Gauthreaux abrió la séptima con un sencillo a la derecha haciendo algo que no hacía casi nunca: adaptarse a la bola en lugar de forzar el bateo hacia el interior. Billy trabajó a Simmons por abajo y consiguió el doble play que necesitaba; seguidamente ponchó a Lantrip, el cácher, y abandonó el diamante sin romper la racha: trece bateadores desde la base por bolas de Vidrine en la tercera. Retiró también a los seis siguientes. A tres de ellos por roletazos de *out* , y a los otros tres con bolas curvas. Billy observaba cómo las pelotas iban rompiendo bajo el borroso fulgor del bate, como romperían en Flint y dondequiera que fuera, incluido Detroit: el impulso de la pierna, la rotación del cuerpo, el trallazo de la diestra, nuevamente al ritmo de su historial, que había empezado con una pelota y un amigo al que tirársela y que había excluido todo o casi todo lo demás, relegándolo a los márgenes, casi fuera de su campo de visión (una sola vez, entre dos entradas, se permitió pensar en Leslie, el tiempo justo y necesario para perdonarla); su historia era también su futuro, y juntos sumarían como mucho veinticinco años hasta el momento en que aquel brazo al que todo le debía empezara a perder vigor, y las pelotas, perezosas, dejaran de ser su corazón para convertirse en *hits* en las vidas de otros hombres. Algún día prescindirían de él, y sería por su brazo. Pero él lo

amaba también por eso, porque en ese instante convertía su aliento en algo único en el mundo, tan único que no había otro mundo: la guerra no lo llamaría porque desconocía su nombre; y se negaba a aceptar el dolor que acechaba detrás de él. Observó cómo partía la última curva, cómo rompía al llegar al plato, y seguidamente el chasquido en el guante de Ferris y el ampáyer dando un giro y rugiendo y levantando el puño derecho al cielo.

Corrió hacia el *dugout* tocándose la gorra en dirección al clamor de los cajunes y se sentó entre Hap y Ferris, hasta que Baron conectó el *fly* que puso fin al encuentro. Después de la ducha y las despedidas condujo hasta el hotel y recogió las maletas sin deshacer y le pagó al recepcionista de noche y puso rumbo a casa, a Texas, lejos de la frondosidad de aquellas planicies llenas de pantanos y de árboles. El espacio de ella en el asiento delantero lo ocupaban su voz y su tacto. Encendió la radio. No tenía sueño y condujo sin parar hasta San Antonio.

Juanita Creehan era camarera en un piano bar cerca de Camp Pendleton, California. Hacía doce años que era viuda, y el recuerdo más intenso de su matrimonio era imaginario: la muerte de Patrick en el embalse de Chosin. Cuando Starkey regresó de Corea, él y Mary fueron a su apartamento para explicarle a Juanita cómo había sucedido: estaban atacando una colina y, en cuanto la hubieron asegurado, bajaron a la carretera y supieron que a Patrick le habían dado. Starkey se acercó adonde estaba el segundo pelotón para verlo.

—¿Qué hicieron con él? —dijo Juanita.

—Lo envolvieron en la lona de una tienda de campaña y lo metieron en un camión.

Juanita pensó en la carretera cubierta de nieve y barro congelado; nunca había visto la nieve, pero desde entonces, cuando se la imaginaba cayendo o cubriendo un paisaje, era siempre símbolo de muerte. Pasó muchas noches bebiendo y hablando con Starkey y Mary, pidiéndole a Starkey que le diera más detalles sobre el embalse, y a veces lo detestaba por estar vivo, o a Mary por tenerlo todavía. Juanita había sido tolerante con la infidelidad de Mary durante la ausencia de Starkey porque entendía su soledad y su pavor; pero ahora no podía perdonarla, y a menudo escrutaba sus ojos fugazmente, consciente de la inclemencia de su mirada. Años más tarde, cuando supo que se habían divorciado, sintió una mezcla de satisfacción e ira. Al término de aquellas noches conversando con Starkey, Juanita se acostaba en la cama y se quedaba contemplando las colinas y el cielo, y los obuses y los camiones y los soldados que pasaban por la carretera. Veía a Patrick tendido sobre la nieve mientras el pelotón ascendía la colina; veía cómo lo envolvían con la lona y lo cargaban en la plataforma del camión.

Algunas noches se sumergía aún más a fondo en las imágenes. Primero veía a Patrick caminando. Era el cabo primero del pelotón, veintiséis años. Caminaba junto al borde de la carretera, sin quitar el ojo de sus hombres ni de las colinas. Había perdido peso, estaba más delgado que nunca («mi pequeño peso gallo», lo llamaba ella), tenía

las mejillas hundidas, cubiertas por una fina barba roja. Juanita ya no sentía su cuerpo. Ocupaba el de él: notaba el peso del casco y el fusil y la parka; los pies fríos; la voluntad de mantener el cuerpo activo, de creer que a cada paso él y sus hombres se acercaban más al mar. A través de sus ojos verdes y su calor febril, Juanita observaba la carretera: el traqueteo de un obús remolcado por un camión; el teniente Dobson, caminando delante, con la capucha de la parka bajo el casco, de tal modo que cuando levantaba la vista al cielo no se le veía ni un dedo de piel. Oía las botas sobre la tierra dura, la respiración y los tosidos de la tropa; veía el vaho de su aliento en el aire. Lanzó una ojeada a las colinas que había a lado y lado de la carretera y se miró las botas, que avanzaban hacia el mar; echó un vistazo a la izquierda, a las filas de jóvenes soldados, y luego miró de nuevo a la derecha, hacia una loma nevada y sin árboles, y de repente sintió una opresión en el pecho y el estómago y se mareó: no era dolor, sino náusea, así como cierta sensación de futilidad por haber vivido y caminado tanto mientras su cuerpo parecía fundirse entre la nieve...

Una noche de verano de 1962, por primera vez en su vida, se despertó con un hombre y tuvo que hacer memoria para acordarse de cómo se llamaba. Se encontraba acostada junto al peso extraño de su cuerpo, escuchando su respiración, y entonces recordó quién era: Roy Hodges, un subteniente que la noche anterior se ponía a hablar con ella cada vez que le servía una copa y el resto del rato se quedaba mirándola. Cuando Juanita iba al baño, se miraba la tez morena y el pelo rubio. Hacia el final de la noche, él le había preguntado si podía llevarla a casa; ella había dicho que tenía coche, pero que podía seguirla, que le apetecía una copa, y tomaron vodka en la mesa de la cocina. Ahora no quería tocarlo, ni despertarlo para decirle que se fuera. Se levantó, encontró su ropa en el suelo y se vistió; sin hacer ruido, abrió un cajón y sacó un suéter y se lo echó sobre los hombros como si fuera una capa. El bolso estaba en la cocina. Lo encontró a oscuras en el suelo, al lado de la silla, y salió del apartamento y cruzó el césped húmedo y fresco hasta el coche. Mientras las escobillas limpiaban el rocío del

parabrisas, condujo colina abajo y cruzó el pueblo hasta la playa. Dejó el bolso en el coche y se sentó sobre la arena fina a contemplar el mar. Las negras olas rompían emitiendo un chasquido blanco seguido de un estruendo. Se quedó ahí sentada, abrazada a sí misma bajo la brisa.

Al rato se puso a caminar. A su izquierda estaba el mar, ruidoso y oscuro, y pensó en Vicente Torrez con la pistola en el regazo: un esbelto muchacho mexicano que en el instituto se metía con ella por llamarse Juanita sin ser de sangre mexicana. «Gringuita güera», le decía, y sus ojos la escrutaban de una manera curiosa, como si su nombre fuera una invitación a la que él no supiera cómo contestar. Cinco años después del instituto, casada ya con Patrick, leyó en el periódico que el chico se había pegado un tiro. Como no había imágenes, leyó toda la noticia para averiguar si se referían al mismo Vicente, que era lo que ella deseaba. Trabajaba como taxista en San Diego y vivía solo. El segundo y último párrafo mencionaba el año de su graduación y citaba a sus deudos: padres, hermanos, hermanas. De modo, pues, que aquel era Vicente, el de los pantalones ceñidos y el semblante sardónico y aquella pregunta en los ojos: ¿Podrías ser mi chica? ¿Podrías quererme? Alguien a quien había conocido se había sentado a solas en su casa y se había pegado un tiro; y, sin embargo, los sentimientos de Juanita se asemejaban tanto al erotismo que se asustó. Patrick volvió a casa a última hora de la tarde y ella miró cómo cruzaba el césped vestido de uniforme (era invierno: iba de verde), y en cuanto entró lo abrazó y se lo explicó y rompió a llorar, imaginándose a Vicente sentado en un cuarto sucio y revuelto, en el borde de la cama, en ese instante en el que su mayor deseo se cifraba en no ser Vicente, y mientras lloraba sobre el pecho de Patrick dijo: «Me pregunto si sabía que alguien lloraría; si quizá entonces no lo habría hecho; si con eso habría llegado al final del día…». Las palabras «final del día» se le quedaron alojadas en el corazón. Las veía en su cabeza, como impresas sobre la imagen en blanco y negro de Vicente sentado sobre su cama con la pistola, y entonces le aflojó la corbata a Patrick y empezó a desabotonarle la camisa verde.

Mientras caminaba observaba el mar, hasta que metió los pies en una poza que había dejado la marea; el agua cubría sus sandalias y

estaba fresca, de modo que se quedó ahí un rato. Al cabo, continuó caminando. Durante un año desde la muerte de Patrick había estado tomando somníferos. Se acordaba de cuando se tendía en la cama a esperar que la pastilla hiciera efecto, y de las primeras sensaciones en los dedos, en las manos: aquel embotamiento que llegaba lentamente, y entonces se palpaba la cara notando un ligero hormigueo en la piel entumecida, hasta que al final no percibía más que el sonido superficial y el pacífico acto de su lento respirar.

Juanita Jody Noury Creehan. El nombre lo había elegido su madre, que sin embargo le había dado la posibilidad de no tener que cambiarse las iniciales si con el tiempo prefería que la llamasen Jody. El apellido de soltera de su madre era Miller. Levantó la vista al cielo: estaba despejado, se veían las estrellas y la luna menguante. Noury Creehan: ambos, apellidos de hombre. Se quitó las sandalias, dedo contra talón, dedo contra talón, el corazón latiendo como si se estuviera desvistiendo para otro hombre, recordando las confesiones de cuando iba al instituto, recordándolas con ternura como si fuera la madre de su yo adolescente. Acariciarse: así lo llamaba siempre, entre susurros, a través de la celosía y el velo, pues aquella era la palabra que los curas empleaban en el confesionario y cuando iban a las clases de catequesis de los sábados por la mañana a dar charlas a las muchachas de último y penúltimo curso; y era la palabra que los sábados por la mañana utilizaban también las monjas, con sus hábitos negros, con ese aire de no haberse acariciado nunca que hacía que la palabra sonara tan extraña en sus labios. Los curas sí tenían cara de haberse acariciado, por lo menos algunos, a lo mejor tan solo porque eran hombres y tenían manos y caras que a ella le gustaba mirar y voces que le gustaba oír.

Caricias, por los pechos desnudos y magreados y chupados, la blusa desabotonada, sin las bragas y con la falda subida para el dedo; los chicos con el pantalón puesto y la cremallera bajada, jadeando, y en la mano aquel calor espeso, el tenue baqueteo blanco sobre el salpicadero. Juanita confesaba también por su dedo, y mientras que *acariciar* era una palabra ambigua que le permitía guardar secretos, *masturbar* era una palabra cruda que no escondía nada, antes bien, la

dejaba en el confesionario desnuda, como la mujer de aquella fotografía que le había mostrado Ruth: una mexicana de unos treinta años, sentada sin ropa en un sillón, abierta de piernas, la mano en el pubis y el gesto inmortalizado en una pasión real o simulada.

Finalmente, en el instituto, fue con Billy Campbell, en la primavera de su penúltimo curso; Billy el rápido arrojando el condón por la ventanilla del coche, y con él sus últimos residuos de culpa, tanto es así que, al salir de su siguiente confesión, supo que era la última vez que se arrodillaba para hablarle susurrando a un cura. Joven, sexi y bonita, se veía incapaz de cometer pecados que no fueran de índole sexual. A los treinta, se encontró con que no tenía a quién contarle que a veces no soportaba saber lo que sabía: que ya nadie volvería a ayudarla nunca. Fue el año en que subió de peso y cambió de talla y no volvió a comprarse un vestido negro, a pesar de que le gustaba cómo le sentaba el negro en combinación con su pelo rubio. Comenzó a seleccionar colores que en la tienda eran simples colores; pero cuando pensaba en ellos sobre su cuerpo y su cama, parecían albergar mil posibilidades: sábanas y fundas de cama amarillas y rosas y azul claro, y toda su ropa interior era de tonos pastel, para así empezar todos los días con un toque de color. Muchos de esos días los pasaba en la playa, cazando olas y nadando hasta detrás del rompiente y dormitando al sol, o caminando en los meses fríos. En cierta ocasión un camarero le había dicho que los de su oficio deberían librar un mes al año para irse a una cabaña en el monte y, por una vez, no tener que sonreír. Para relajar los músculos de la cara, decía; a lo mejor se gastan, como los brazos de los pícheres. Sus días eran cortos, pues dormía hasta tarde, y las noches largas; y la mayoría de los días se sentía aliviada cuando llegaba la hora de irse a trabajar, de ponerse la sonrisa y conversar con aquellos hombres afables a los que a veces se llevaba a casa, así al día siguiente podía recordar su calor cuando se tumbaba en la playa.

Se desabrochó los botones y la cremallera de la falda y la dejó caer sobre la arena; se bajó las bragas y sacó los pies por encima. Se quitó el suéter y la blusa y, temblando, los dejó en el suelo y buscó el cierre del sujetador. Caminó por la arena mojada y se adentró en el tacto

presuroso del mar. Dejó que una ola le rompiera encima, la arena se movió bajo sus pies, la corriente tiraba y la empujaba hacia dentro y ella continuó caminando hasta que el agua le llegó al pecho, observando esa superficie que nacía en la clara cúpula del cielo. Frente a ella se alzó una ola negra que se rizó formando una cresta espumosa que parecía de humo; se giró hacia la orilla y miró la ola por encima del hombro; cuando rompió, tenía la cabeza gacha y los brazos extendidos, los ojos abiertos a la rauda y blanca espuma, y al instante siguiente raspó la arena con los pechos y los pies, el vientre y las caderas, y se quedó respirando el sabor a sal mientras el agua se escurría siseando entre sus piernas. Se levantó y cruzó la playa en dirección adonde había dejado la ropa.

Él seguía durmiendo. A oscuras, se desnudó y dejó la ropa en el suelo y se llevó un camisón al baño. Se duchó y se lavó el pelo, y cuando volvió al dormitorio él dijo:

—¿Siempre te levantas en mitad de la noche?

—No podía dormir.

Se metió en la cama; él le tocó la pierna con la mano, pero ella se apartó y no volvió a tocarla.

—Dentro de tres meses cumpliré treinta y nueve.

—Treinta y nueve no está mal.

—Nací por la tarde. Era hija única.

—¿Qué hora es?

—Casi las cinco.

—Va a ser un día largo.

—No para mí. Yo dormiré.

—Claro, trabajas de noche.

—Eran católicos, pero seguramente usaban algo. A lo mejor conmigo se les rompió el diafragma. A menudo tengo esa impresión.

—¿Qué quieres decir?

—Es como si me hubiera colado en el cine y estuviera esperando a que el acomodador venga a expulsarme de la sala.

—Mándalo a paseo.

—Con este acomodador no cuela.

—¿Estás hablando de la muerte?

—No.

—¿Entonces?

—No lo sé. Es un acomodador muy cabrón.

Juanita creyó que no conseguiría dormirse hasta que él se fuera. Sin embargo, en cuanto cerró los ojos, sintió un sopor que se adueñaba de sus piernas, sus brazos y su aliento, y se entregó a él agradecida: ya casi soñando, se vio a sí misma desnuda, de pie en el agua oscura. Una ola rompía contra su pecho y la hacía rodar lenta y grácilmente, con la negra agua salobre en los ojos y su delicioso gusto en la boca, el cabello tocando la arena mientras ella giraba y se levantaba y flotaba mar adentro con rauda ternura.

Encontrar a una chica en América

«La pena va unida a los temblores de la vida.»

Antoine de Saint-Exupéry

Tierra de hombres

Para Suzanne y Nicole

Una noche de octubre, tendido en la cama con una chica de diecinueve años y el tequila y el jugo de pomelo, Hank Allison, de treinta y cinco, se entera de lo ocurrido. Están desnudos, bajo la sábana y una manta ligera, los hombros recostados en las almohadas para poder beber. El cuerpo de Lori es alargado; Hank no es un tipo alto, y ella le saca quizá un centímetro y medio; cuando se pone botas de tacón y agacha la cara para besarlo, él le dice que es como un cisne inclinándose para comer. Sabe que es una tontería, pero desearía que no fuera tan alta; alguna vez ha bromeado al respecto con Jack Linhart, que un día le dijo: «Déjate de bobadas: tú saca pecho y presume de tener a una chica como esa a tu lado». Hank nunca ha deseado ser más alto.

Esta noche han ido a Boston al cine y a cenar, y en Casa Romero, su restaurante favorito, han empezado con margaritas, pero al ver las quesadillas con jalapeños y el queso fundido con chorizo de los entrantes, y al pensar en la película y en la comida y en lo que iban a pedir, se han ido animando y se han pasado a los chupitos de tequila acompañados con Superior. Han comido mucho y han salido del restaurante achispados, aunque no borrachos; después, Hank ha comprado un *pack* de seis San Miguel para el viaje de tres cuartos de hora en coche hasta casa —suficiente para un casete de Willie Nelson y parte de otro de Kristofferson—, durante el cual se ha pasado gran parte del rato hablando, a pesar de que su yo sobrio lo conminaba a callarse recordándole que con Lori debe medir siempre sus palabras; porque Hank la quiere y sabe que con él, como con todo el mundo, siente y piensa muchas cosas que no acierta a decir. Él sospecha que quizá tenga que ver con su madre, una mujer verbosa que casi siempre deja a su marido y sus tres hijas en silencio, que es guapa y lo sabe y

se esfuerza en serlo, y a la que le gusta flirtear y quizá, piensa Hank, a juzgar por la mera evidencia de lo que Lori murmura cuando están en la cama, algo más. Pese a todo, él tampoco se desvive por saber por qué a Lori le resulta tan difícil brindarle al mundo, e incluso a él, su corazón en palabras. Cree que entre amantes existe un misterioso equilibrio de poderes, y que si algún día llegase a comprender cabalmente qué lazos son esos que mantienen amarrada su lengua, si se los revelase y la ayudara a cortarlos, dejaría de ser su amante. Se conforma con las virtudes que encuentra en ella y espera que Lori también sepa apreciarlas. A menudo le habla de cuando era pequeña; no recuerda que su padre la haya besado o abrazado nunca; Lori lo quiere, y sabe que él a ella también. La suya es sencillamente una relación sin contacto.

Hasta que han vuelto a su apartamento y se han llevado el tequila a la cama, Hank estaba convencido de que harían el amor. Pensaba en su espigado cuerpo bajo el suyo. Sin embargo, aunque su corazón estaba a punto, tenía el miembro flácido, entumecido; su escaso aguante para la bebida había sido vencido hacía rato. Hank, pues, le ha separado las piernas y ha bajado la cabeza: cuando Lori se ha corrido, se ha sentido como si él se hubiera corrido también. La mejor manera de compartir el orgasmo de una mujer, la única para poner en ello todos los sentidos: observar por encima del pubis para ver su cara entre los pechos, tocarla con las manos y la lengua, la delicia del sabor y del olor, oír no solo sus gemidos, sino también el sonido de la lengua y el tenue baqueteo de sus manos en la cara.

Hank descansa ahora recostado plácidamente en las almohadas; los vasos de la mesita de noche todavía están medio llenos, y le tiende uno a Lori. De vez en cuando da una calada a su cigarrillo, aunque recuerda que a este paso puede recaer en algo que dejó hace nueve años, cuando afrontó lo mucho que tardaba en escribir y lo mucho que tendría que vivir para escribir las diez novelas que se había fijado como meta. Ya casi ha terminado el segundo borrador de la tercera. Lori ha empezado a hablar de Monica. Hay algo en su voz que lo pone en alerta. Ella y Lori eran amigas. Quizá esté a punto de enterarse de algo que ignoraba; a lo mejor Monica le fue infiel cuando todavía

estaban juntos, cuando era su estudiante y se amaban furtivamente, como ahora con Lori. Nota cómo Lori incurre en un pequeño desliz por culpa del alcohol.

—No, no puedo —dice a mitad de una frase que no parece requerir reticencia alguna.

—¿No puedes qué?

—Nada.

—Dímelo.

—Le prometí a Monica que no te lo diría.

—Cuando le cuento un secreto a un amigo, doy por descontado que se lo contará a su mujer o a su novia. Es lo normal.

—Te va a doler.

—¿Cómo va a dolerme nada que tenga que ver con Monica? No la he visto desde hace más de un año.

—Te dolerá.

—Imposible. Ya no.

—¿Te acuerdas de cuando vino aquel fin de semana? ¿En octubre? Hiciste cena para los tres.

—Sí, pasta con camarones. Y nos emborrachamos con sake.

—Antes de la cena, ella y yo pasamos por la licorería. No paraba de hablar de un chico al que había conocido en la clase de arte.

—Tommy.

—No me lo dijo, pero sé que se lo estaba tirando. Quería que yo lo supiera. Se le notaba en los ojos. En cómo sonreía. Me cabreé con ella, pero no dije nada. Yo la quería, pero nunca había tenido una amiga que tuviera dos amantes a la vez y pensé que menuda perra. Yo estaba empezando a enamorarme de ti y no soportaba pensar que pudiera hacerte daño, y no entendía para qué había venido a pasar el fin de semana contigo.

—Así que se lo estaba tirando antes de que cortara conmigo. En fin, tendría que habérmelo esperado. Siempre estaba hablando de él; bueno, de sus dibujos.

—No, no es eso. Estaba embarazada. Se enteró después de romper contigo. —Jamás ha oído en Lori un tono de voz tan lastimero, salvo cuando habla de sus padres—. Ya sabes cómo es Monica. Se puso

histérica; me llamaba cada noche, llamaba a sus padres, vio a tres médicos. Dos en Maine y uno en Nueva York. Todos coincidieron en las fechas: era tuyo. Para entonces ya estaba de dos meses. Su padre se la llevó e hicieron lo que creyeron mejor.

A Hank le viene una imagen: ve a su hija, Sharon, de trece años, los senos despuntando apenas bajo el suéter; está de pie en la cocina, el cabello oscuro y largo; está cortando apio en la encimera para la comida que preparan juntos todas las semanas. Apoya la mejilla de Lori sobre su pecho y le acaricia el pelo.

—No pasa nada —dice—. Tenía que saberlo. Sé que si no lo hubiera sabido, nunca habría sabido que no lo sabía; pero odio no saber. No quiero morirme sin saber todo lo que tenga que ver con mi vida. Tenías que decírmelo. ¿Quién iba a hacerlo, si no? Sabes que tenía que saberlo. No pasa nada. Mierda. Maldita perra. Habría... Habría nacido en primavera... Me habría tomado todo el verano libre... Podría habérmelo quedado yo. Puedo criar un hijo... No soy ningún... Maldita sea... Tengo que mear...

Sale de la cama tan aprisa que apenas se da cuenta de que la cabeza de ella se queda sin apoyo cuando su pecho desaparece de debajo. Cruza el pasillo corriendo, orina de pie y entonces, repentino e incontrolable como el vómito, irrumpe el llanto; y, al igual que cuando vomita, deja de ser él para no ser más que el débil e impotente anfitrión de esos ruidos, esas convulsiones, esas lágrimas; apoya ambas manos en la pared que tiene delante y gimotea de pie; las lágrimas cesan, su pecho tiembla, gime, luego vuelven las lágrimas, como salidas de un sitio tan profundo que ni el dolor lo había sondeado nunca. Lori está desnuda a su lado. Intenta que deje de empujar la pared; trata de abrazarlo, llorando ella también y diciendo cosas, pero él solo alcanza a distinguir el tono de su voz, reconfortante como el rumor del viento soplando entre los árboles que crecen en un lugar apacible del que él salió hace mucho. Por fin, se vuelve hacia ella para que lo abrace y haga lo que tenga que hacer; y, sin embargo, cuando se encuentra frente a frente con su cuerpo firme y espigado, con su bronceado veraniego aún perceptible en los pechos y los flancos pese a ser el mes de octubre, se pone a mover las manos como

amagando puñetazos, alargando el brazo apenas lo justo para que Lori no tenga que retroceder ni protegerse; izquierda, derecha, izquierda, derecha, ganchos cortos dirigidos a su vientre mientras dice no, no, no: ya no sabe si grita o si masculla. Solo sabe que todo él es ruido y lágrimas, y una tristeza de muerte y unos brazos fuertes y veloces que golpean el aire frente al vientre de Lori.

Finalmente se le pasa; deja caer los brazos sobre los hombros de ella y se abandona como un peso muerto. Lori le hace dar media vuelta y se lo lleva por el pasillo, el brazo izquierdo rodeando su cintura y la mano derecha sujetando el brazo de él sobre sus hombros. Hank se acuesta en la cama y Lori le pregunta si quiere una copa; mejor no, responde. Se mete ella también dentro de la cama y abraza la cara de él contra su pecho.

—Siete meses —dice Hank—. No hacía falta más. Luego me lo habría quedado yo. ¿Crees que no habría sido capaz?

—Claro que sí.

—Habría sido difícil. Terrible, a veces. No quería pegarte.

—Lo sé.

—Solo era el vientre.

—¿El de Monica?

—No lo sé.

Esa noche sueña; es verano, uno de esos deliciosos veranos en los que no hay universidad y no tiene que escribir atropelladamente para salir a correr antes de dar clase, y por las tardes recoge a Sharon y a veces a una o dos de sus amiguitas y se van a la playa de Seabrook, en Nuevo Hampshire; allí suelen estar Jack y Terry Linhart con su hija y con su hijo, y entonces tienden las mantas todos juntos y conversan y dormitan y se bañan, y así trascurren las largas y refrescantes tardes cuyo paso marca solamente el lento arco del sol, emblema del tiempo reconvertido en símbolo de atemporalidad. El sueño no empieza con esos detalles, sino con ese tono: los plácidos días azules en que enseña para ganarse la vida, se despierta en las oscuras mañanas de invierno para escribir y salir luego a correr entre la nieve y el frío viento y el hielo. En el sueño aparece una playa desierta: presiente que hay más

gente pero no se ve a nadie, solo una franja de arena que desciende hasta el mar, y Sharon y él están tumbados sobre una manta. Hablan. Ella se encuentra a su derecha. Él se gira entonces ligeramente hacia la izquierda y repara en el feto que tiene al lado; su presencia no le causa sorpresa, como si ya supiera que estaba ahí, que lleva ahí tanto tiempo como Sharon y él. El sueño le dice que es una niña; la ama, disfruta viendo cómo duerme ovillada sobre el costado: observa la desproporcionada cabeza, los bracitos, las piernas. Pero hay algo que lo inquieta. Presenta un color rosa brillante, como si lo hubieran escaldado, y entonces cae en que debería haberle puesto crema para el sol. Duerme plácidamente, y Hank se pregunta si debería dejarlo ahí mientras él y Sharon se dan un baño entre las olas. Sabe que a partir de ahora se lo llevará a la playa todas las tardes para que duerma a su lado hecho un ovillo de color rosa, y que, como no tiene nombre, nunca crecerá. El amor que despierta en él es tan tierno que se transforma en dolor al contemplar su carne bajo el calor del sol.

El sueño no lo desvela. Sin embargo, a la mañana siguiente, cuando por fin se despierta, sigue ahí, tan vívido como si estuviera soñándolo otra vez. Lo ve y lo siente incluso antes de reparar en el dolor de cabeza, la boca resacosa y seca, la necesidad de orinar; antes de oler las colillas de la mesita de noche y los restos de tequila en los vasitos que hay junto al cenicero. Antes de reparar en el peso y el olor de Lori, tendida en la cama. Se levanta y se va al baño y vuelve sin hacer ruido, no por deferencia, sino porque no quiere que Lori se despierte. Se acuesta con su sueño. Su corazón necesita llorar, pero su cuerpo no lo logra, se siente vacío, y vuelve a pensar que el llanto se asemeja al vómito: las noches de borrachera en las que se despierta de golpe de la náusea del sueño y se va corriendo al baño, se arrodilla, se abraza al inodoro hasta que ya solo le salen arcadas secas; el despertar por la mañana mareado aún, con los ojos irritados por culpa de los capilares rotos por la violencia del vómito; la sensación de que en cualquier momento tendrá que volver al baño, pero ya no hay nada que evacuar, así que sencillamente se queda tumbado en la cama durante horas.

Esto, sin embargo, no pasará. Tendrá que pensar. Sus superiores en

la universidad y su editor creen que su vocación tiene que ver con pensar. Se equivocan. Rara vez piensa. Trabaja con el instinto, intentando articularlo. Y lo que ahora le dice el instinto es que lo mejor que puede hacer es quedarse acostado en silencio y esperar: es domingo y por la tarde Lori y él se llevarán a Sharon de paseo por la isla Plum. Se imagina a los tres en las dunas, hasta que nota que Lori empieza a despertarse.

Lori sabe lo que le gusta cuando se despierta con resaca, de modo que, sin mediar palabra, empieza a acariciarlo y a lamerle los pezones; la respiración se le acelera, siente la lujuria de la resaca, una necesidad imperiosa, casi desesperada, como si solo su clímax pudiera arrancarlo del letargo del cuerpo, de los intersticios de su cerebro. Lo necesita como otros necesitan un trago de buena mañana. Lori sabe también que su necesidad es insular, masturbatoria; es consciente de que se trata de un acto de misericordia, de que sus labios y sus dedos y ahora su boca tienen una función medicinal. Pero también le gusta. Esta mañana, sin embargo, pese a la suavidad de su boca, no logra que se ponga duro, hasta que por fin él la coge por los brazos, la levanta, la acuesta boca arriba y se arrodilla entre sus muslos. Cuando acaba sigue sin haberse puesto duro, pero su lujuria se ha calmado.

—Esta mañana no era el tequila —dice.

—Ya lo sé.

Le explica lo que ha soñado.

Cuando por fin salen del apartamento, el día está lo bastante fresco como para ponerse suéter y cazadora; el aire es seco, el cielo azul cerúleo, y la mayoría de los árboles conservan aún las hojas moribundas, de color rojo brillante y naranja y amarillo. Han tardado dos horas en salir del apartamento: primero Hank ha ido al baño, de donde ha salido avergonzado por la peste; luego se ha acostado mientras Lori se aseaba; intentando concentrarse en cualquier cosa para no pensar en el sueño, se ha preguntado por qué sus novias, ni siquiera en mañanas crapulosas como esa, jamás dejan mal olor. Siempre esperan en la cama, dejan que vaya él primero; luego van ellas, con sus cajitas y sus frascos, y tras sentarse en la taza que él ha

calentado previamente, pasan un buen rato duchándose, y cuando terminan se encuentra con que el baño está lleno de vaho y huele a mujer: a limpio, a polvos, a lo que sea que hayan hecho ahí dentro. Qué sencillo y, a la vez, qué considerado: dejar que vaya él primero para que no tenga que esperar aguantando el dolor de vejiga, mientras ellas llevan a cabo su proceso de cambio de olor; al mismo tiempo, confían en que él, al ir primero, no se duche ni se afeite y las haga esperar a ellas. La maniobra es tan artera y entrañable que cualquier otra mañana se le habría escapado una sonrisa.

Mientras él se duchaba, Lori se ha vestido y ha preparado el beicon. Durante el desayuno han hablado de la película de la noche anterior, de cómo se presentaba el día desde la ventana junto a la mesa, de la erosión invernal de la isla Plum, de la tortilla, de lo que fuera, y Lori lo observaba con sus dulces ojos pardos, y él sabía que ella sabía, y eso la hacía sentirse impotente, y habría deseado que ella no tuviera que sufrir ese dolor, porque conocía el suplicio que es sentirse impotente al lado de tu amante, pero no podía hacer nada, salvo desear que ninguno de los dos se sintiera impotente.

Mientras conduce, piensa en su amor por Sharon, necesita verla, escuchar su voz, tocarla mientras caminan hacia la playa. Cuando llegan a la casa, Lori espera en el coche porque le da vergüenza entrar; Edith y ella han charlado fuera en alguna ocasión, a veces porque Edith estaba en el jardín al llegar ellos, otras porque, acompañando a Hank y Sharon hasta el coche, se ha agachado a hablar con ella través de la ventanilla. Fue Edith la que pidió el divorcio, y ella misma le ha dicho a Lori que no está celosa ni dolida, pero aun así la muchacha se siente incómoda. Hank lo entiende. Él se sentiría igual. Lo que no entiende es por qué Lori lo ama, aunque prefiere no darle vueltas, ya que teme no encontrar ninguna razón lo bastante sólida.

No es la edad de su cuerpo lo que le crea dudas. Desde hace tres o cuatro años le han salido michelines y le clarea la coronilla, y por mucho que corra los michelines no se van, sabe que están ahí para quedarse, y que la coronilla irá creciendo como una tonsura. Pero no es eso. Son los grilletes que siente encima a sus treinta y cinco años. El día que lo dejó, Monica estalló tras una noche de silencio durante la

cual sus ojos habían alternado entre el fulgor y el enojo; mientras apuraban la última copa en aquel bar de Maine, cerca de su universidad, dijo: «Se acabó. A ti lo que te preocupa es, primero, escribir; segundo, tu hija; tercero, el dinero; yo soy lo último». Desde que había empezado la noche, Hank sabía que algo se cocía. Nunca habían roto con él de una manera tan limpia, exacta, sucinta. Al principio se lo tomó con serenidad. Sencillamente se quedó mirando a Monica a la cara. Estaba lívida de furia. Él no. Ni siquiera estaba triste todavía. La observó y esperó a ver si añadía algo más. No tenía la menor idea de con qué podía salir. Entretanto, las palabras de ella se repetían en su mente. Hasta que de pronto dijo: «Tienes razón. ¿Por qué ibas a tener que aguantar esta mierda?». La furia de Monica seguía ahí. A lo mejor quería pelea. Él, en cambio, solo sentía ganas de perdonarla y cierta sensación de futilidad por haber amado a una mujer tan joven.

A continuación sintió algo más: que esa indulgencia y esa futilidad le resultaban familiares, que nacían de una premonición, como si esa primera noche en la que la había llevado a Boston a cenar cangrejos, esa noche que calentó y elevó su corazón, hubiera sabido ya que aquello acabaría; que como máximo le sería concedido un año de amor. Todo acabó con aquellas cuatro frases en el bar, suyas las dos últimas, y luego, sin hablar, volvieron en coche al apartamento que Monica tenía cerca del campus; al llegar a la puerta, Hank la abrazó más fuerte de lo que habría querido, porque al abrazarla vio imágenes de muerte, la de ella y la de él, a años de distancia, sin que ni uno ni otro supiera quién de los dos fallecería primero, muy probablemente él, pues no por nada le llevaba quince años y era hombre. Luego la besó suavemente con los labios cerrados y regresó al coche antes de darle ocasión de decir nada.

Puso a Waylon Jennings en el radiocasete y se pasó las dos horas que duró el trayecto bajo la luz de la luna deseando una cerveza y sin llorar. Cuando llegó a su apartamento se bebió seis latas de cerveza con bourbon y lloró y a punto estuvo de llamarla; si no lo hizo, fue tan solo porque se había propuesto guardar aquella última escena juntos esculpida para siempre en su recuerdo: el puto Hank Allison, todo

dignidad, fuerza y ternura. Monica lo había visto ya en esas condiciones: las noches en que la escritura, el dinero o la culpa y la pena por Sharon, o a menudo todo junto, lo zarandeaban de una pared a otra del apartamento y él contraatacaba con una cerveza en una mano y un bourbon con hielo en la otra. Pero nunca lo había visto en esas condiciones por ella. De modo, pues, que cada vez que iba a la cocina a por otra cerveza o más bourbon y veía el teléfono en la pared, se acordaba de su reacción y de lo que tanto uno como otro habían dicho en el bar, y de cómo se había comportado al dejarla delante de la puerta, y entonces se alejaba del aparato, incluso por la fuerza si era necesario.

Bebió en la habitación, de espaldas al escritorio, y mientras tanto escuchaba a Dylan, aquellas canciones furiosas que hablaban de mujeres, con el volumen bajo porque vivía de alquiler en el piso de arriba de una casa cuyos propietarios eran una pareja de jubilados que dormían justo abajo, y emprendió la cura: se concentró en todos y cada uno de los defectos de Monica, y, gracias al alcohol y a la voluntad y al sentir herido y furibundo de Dylan, los multiplicó por la emoción hasta que adquirieron unas dimensiones tan descomunales que le impidieron ver por qué la había amado. Revivió sus golpes de genio y sus gritos de cólera, tan largos y potentes que algunas noches le hacían temer que fuera a volverse loca, y cuando eso ocurría tenía que mandar callar, agarrarla por los brazos, decirle que iba a despertar a la pareja del piso de abajo; y su llanto, nunca vulnerable, nunca necesitado de consuelo, más bien una variación sobre su cólera y casi igual de escandaloso, mientras se zafaba de él y corría de un cuarto a otro hasta que de nuevo tenía que sujetarla y mandarla callar; arrebatos y lágrimas cuya causa nunca estaba clara y, por tanto, eran imposibles de atajar; causas que eran siempre un poco concretas pero mayormente abstractas, razón por la que esas noches se sentía impotente pensando que Monica se había vuelto loca; y la impotencia traía consigo un distanciamiento que iba adquiriendo tintes de desesperación: se la imaginaba al cabo de diez años, cuando su vida fuera más complicada y difícil y la atacara más a menudo, con más fuerza. Mientras escuchaba «Positively Fourth Street», alternando la

suavidad del Jack Daniel's con espumosos tragos de cerveza, pensaba que si Monica se hubiera quedado con él, le habría drenado las energías y, a fuerza de pasar las noches haciendo de psiquiatra y domador de leones, habría acabado despertándose sin paz y excesivamente agotado para ponerse a trabajar por las mañanas. Se acordó de la carita traviesa con la que ella, delante de sus amigos, en el bar o en la playa, le pellizcaba la tripa o le besaba la coronilla. Generalmente no le molestaba porque estaba en buena forma, no como ella, que fumaba sin parar y no podía correr ni medio kilómetro, que solo era esbelta por constitución y porque era joven y hacía dieta. Por lo demás, tenía la sospecha de que lo hacía más por ella que por él; era una manera de ponerse a prueba; de tocar literalmente los signos de la edad para ver si de veras le apetecía estar con un hombre que le sacaba quince años y tenía una exmujer, una niña de doce años y una pensión que pagar.

Detrás de la broma, sin embargo, en sus ojos, había algo: algo salvaje, y a veces, cuando reía y bromeaba, Hank la miraba a los ojos y sentía un estremecimiento de miedo que nada tenía que ver con los dedos que le pellizcaban las carnes o con los labios que le plantaban sonoros besos en la cabeza. Se parecía más bien a ese miedo distante que había sentido en cierta ocasión al ver una víbora de Russell en un zoo: la serpiente dormía ovillada tras el cristal mientras Hank leía el rótulo escrito a máquina junto a la jaula, donde se hablaba de aquel ofidio aletargado y de cómo uno de sus congéneres acabó con Russell y se quedó su nombre.

Se fue a la cocina sin mirar siquiera el teléfono. Seguía pensando en la serpiente y en Jack contando que Russell, tras recibir la picadura, se puso a describir los efectos del veneno que lo estaba matando. «A lo mejor —decía Jack— llevaba tanto tiempo estudiando a esos malos bichos que sintió la necesidad de llegar hasta el fondo, de saber más, y quizá por eso metió la mano y...» En el dormitorio oscuro, que al día siguiente seguiría siendo un dormitorio, un lugar lúgubre y resacoso, y no un estudio como la mayoría de las mañanas, sonaba ahora «Just Like a Woman», y él pensaba: «A lo mejor es eso lo que estaba haciendo, esperando a que esa perra me picara con su

veneno, a que pusiera fin a lo nuestro, a lo mío con todos los demás, a lo mío con…». Se detuvo. Iba siendo hora de dejar de beber, tomarse unas aspirinas y un poco de vitamina B e irse a la cama, porque, de haber completado esa frase en su mente, lo habría hecho con algún eufemismo para referirse al suicidio. Se acostó odiando a Monica; era un odio placentero, como la culminación de una venganza largamente planeada.

Se despertó aliviado, casi feliz, con fuerzas. Sabía que, por ese día, era suficiente: la cura de la noche anterior había funcionado. Como había funcionado con todas las chicas jóvenes que lo habían dejado desde que era un hombre divorciado. Todas se habían ido. Una noche le dijo a Jack: «Creo que voy a instalar una escalera de incendios en la ventana, así podrán escaparse mientras me voy a mear». Cuando Edith lo dejó, todavía no conocía la cura.

Cinco años atrás, cuando todos sus ruegos, discusiones, pactos y acusaciones yacían esparcidos por el suelo del salón (tenía la sensación incluso de andar pisando sus propias palabras mientras deambulaba de un lado a otro de la estancia y ella, sentada, lo miraba), cuando entendió por fin que lo que Edith quería era que se fuera, Hank creyó que era porque le había sido infiel. Por eso asociaba su dolor con la injusticia, porque ella también había tenido amantes; esa misma noche, mientras Hank hablaba, su más reciente y, según ella, último amante estaba muriéndose prematuramente de cáncer: Joe Ritchie, un exsacerdote que enseñaba filosofía en la misma universidad donde trabajaba Hank.

Cuando se mudó a aquel apartamento, estaba tan triste que ni siquiera podía enfadarse con Edith. Aunque lo intentaba. Y cuando se quedaba solo por las noches, y cuando salía a correr, y cuando se iba a ver una película, se decía que él y Edith habían llevado el mismo tipo de vida. O casi. Él había empezado con ventaja, cierto, había tenido amiguitas estudiantes antes de que ella lo pillase por haberse complicado con una mujer más exigente: una mujer que, además de tener su edad, era rica y había venido de París para pasar seis meses ociosa con unas amistades que tenía en Boston; una mujer que se reía de él cuando se preocupaba de si Edith lo pillaba. Ahora, a los treinta

y cinco, a cinco años de distancia, se daba cuenta de lo estúpido que había sido juntándose con aquella mujer insustancial: para ella, un buen día consistía en dormir hasta media mañana, ir de compras a Bonwit Teller o Ann Taylor, y hacer el amor con Hank por la tarde. Él era lo bastante joven como para sentirse atraído por su acento, por eso oía más su sonido y no tanto lo que decía. Se veían en Boston los sábados por la tarde, los martes y los jueves, a horas en las que supuestamente estaba en el despacho de la facultad. Se volvió imprudente y lo pescaron.

Cuando ocurrió, se dio cuenta de que siempre había sabido que aquello acabaría ocurriendo: de que no habría podido vivir sin ser descubierto el resto de su vida o hasta el día en que dejase de anhelar aquellos enamoramientos que tan rápidamente se trocaban en pasión no solo por el cuerpo, por esa maravillosa primera penetración en una carne nueva y dócil, sino también por el alma de la mujer, una pasión por saber sobre ella todo cuanto fuera posible antes de que sus caminos divergieran (eran estudiantes; sus caminos divergían después de la graduación) y ellas siguieran con su vida. A veces, en clase, pasaba semanas e incluso meses sin fijarse en una determinada chica. Porque cuando estaba en clase se centraba sobre todo en sí mismo: esto era vanidad solo en parte; sobre todo lo hacía por la enseñanza, por el miedo a fracasar, por eso antes de cada clase le entraba el pánico escénico y necesitaba pasar unos minutos en silencio en el despacho o paseando por el campus, dejando que la aprensión y la pasión fueran creciendo en su interior, de suerte que, a la hora de entrar en el aula, esas fueran sus únicas sensaciones. Cuando se ponía a hablar de una novela o de un cuento, era como si hablara otra persona y él escuchase. Enseñaba tres tardes por semana, y había muchos días malos en los que se confundía, perdía a los estudiantes y, al ver su semblante apático, la aprensión podía más que la pasión y, sin dejar de hablar, aguardaba temeroso a que acabaran de transcurrir los cincuenta minutos de la clase. Al final de la semana, si había tenido dos días buenos, se daba por satisfecho. Sabía que en ese oficio casi nadie acertaba tres de tres. En sus mejores días, se quedaba escuchando al Hank profesor y trataba de seguir las ideas que salían

de su boca, ideas que a menudo ni él mismo sabía que tenía. Por eso era habitual que no reparase en una determinada chica hasta que esta decía algo en clase, algo que lo obligara a detenerse, a mirarla y a pensar en lo que había dicho. O en ocasiones, durante una explicación, mientras su rostro barría la clase, las ventanas y el techo, y sus manos se entretenían con un bolígrafo, las llaves o unas monedas, sus ojos se detenían de repente en los de una chica que observaba los suyos fijamente; a veces dejaba de hablar un instante y perdía el hilo de lo que estaba diciendo mientras la miraba. Entonces se daba la vuelta, lanzaba las llaves, la moneda o el bolígrafo al aire y, con el gesto de recoger el objeto lanzado, retomaba el hilo y proseguía con la explicación. Pronto hablaría con ella en el campus.

Pasados los treinta, comprendió lo que habían sido aquellos enamoramientos de sus años de matrimonio. La suya era una profesión basada en la intimidad, una intimidad que habitualmente partía de él hacia los rostros sentados en el aula. Cualquier estudiante atento podía llegar a conocerlo tan bien como sus amigos, salvo los dos o tres de mayor confianza. Sus enamoramientos eran puentes de cuerda, construidos de forma apresurada entre él y la muchacha. No solo necesitaba darle más de aquello que la había atraído a su clase, sino recibirlo también de ella, de conocerla; y a partir de ese principio, de las conversaciones por las aceras del campus o en su despacho, nacía la pasión de conocerla toda entera. Aquellas a las que elegía (o que lo elegían, pensaba ahora, pasada la treintena) eran muchachas que cuando él era estudiante habrían tenido fama de promiscuas; o incluso ahora, en los setenta, si hubieran sido vendedoras o cajeras aficionadas a frecuentar de noche los bares adonde iban a beber y a esperar a los jóvenes que salían del trabajo y no de la universidad. Ellas, en cambio, tenían formación, dinero y mundo; y aunque iban a clase en vaqueros, él sabía que la ropa que colgaba en los armarios de su casa o de su cuarto de la residencia costaba como poco la mitad de su salario anual. Nunca había visto esa ropa hasta que a los treinta se divorció y empezó a llevarse a las chicas a Boston por las noches; a partir de entonces, rara era la vez que alguna repetía vestido o blusa; solo algún suéter favorito o un

abrigo caliente. Cuando estaba casado, hacían el amor en el coche y lo que temblorosamente se deslizaba por los muslos de ellas era tela vaquera. Todas tomaban la píldora, todas tenían lo que llamaban una actitud saludable hacia el sexo, lo cual quería decir que eran conscientes de que aquella aventura con Hank, por muy profunda y tierna que fuera, hasta el punto de parecerse al amor (y, por lo menos para Hank, probablemente lo era), terminaría en mayo con el curso escolar, se reanudaría (si a ella y a Hank les apetecía) en otoño, y a buen seguro acabaría el día de la graduación.

Es decir, se lo ponían fácil. Hank era un hombre que planeaba la mayoría de los días de su vida. Por la mañana, escribir; después, correr; después, dar clase; después ejercer de marido y padre. Trataba de mantener cada elemento separado del resto, y la mayoría de los días lo lograba y se sentía como tres o cuatro hombres distintos. Cuando empezó a tener aventuras, tuvo que buscar también tiempo para ellas. Después de clase, o a las horas de visita en el despacho, pasaba con el coche por donde sabía que estaría caminando la muchacha. Ella se subía como si él se hubiera ofrecido a acercarla a alguna parte. La muchacha no se separaba de la puerta ni siquiera cuando ya habían salido de la ciudad y conducían hacia el norte, hasta que embocaban la pista de tierra que conducía al bosque. A la vuelta, tomaba la autopista, rodeaba el campus, entraba por el sur y la dejaba a unas cuantas manzanas de la residencia. Luego se iba a casa y abrazaba y besaba a Sharon y Edith, y cuando estrechaba sus cuerpos en el calor del hogar no sentía amor más que por ellas.

Pero con Jeanne en Boston tenía que mentir demasiado acerca de dónde iba y dónde había estado, y al final, cuando Edith le preguntó una noche: «¿Tienes una aventura con esa falsa zorra francesa?», él dijo: «Sí». Edith y él habían conocido a Jeanne porque alguien la había llevado a su fiesta de Navidad; Edith no había vuelto a verla desde entonces, pero en abril, cuando le hizo esa pregunta, Hank ni siquiera se preguntó cómo se había enterado. Sintió miedo, pero también alivio. Quizá por eso no le preguntó cómo lo había descubierto. Porque no tenía ninguna importancia: Edith estaba afrontando lo que para ella era una aventura con una mujer concreta. Para Hank, la

admisión de aquella aventura suponía la admisión de todas las anteriores.

Se sorprendió de sentir alivio. Luego creyó entenderlo: había estado engañándose a sí mismo con sus adulterios programados, como si estar con una chica en el asiento del coche fuera lo mismo que pasar el rato en el aula o delante del escritorio; los años que había estado mintiéndole a Edith y mintiéndose a sí mismo habían sido un menoscabo para el hombre que quería y a veces creía ser. De modo, pues, que una vez acorralado, se mantuvo firme y se lo dijo. Le rompió el corazón. Habría querido consolarla, hacerle promesas fraudulentas, pero no lo hizo. Le dijo que la amaba y que no deseaba vivir con nadie más. Pero que no iba a ser como la mayoría de la gente a la que conocía. Personas apocadas y envejecidas con veinte años de antelación. Personas que se compraban casas, que hablaban de hipotecas, de reparaciones, de las enfermedades de los niños y del peso de su cuerpo. Mientras él hablaba, Edith se limpiaba de los ojos el poso de las primeras lágrimas. A él, al verlo, se le humedecían también los suyos, pero no solo por eso, también por la impotencia que sentía, la secular carga varonil de tener que ser fuerte por los dos, de darle a ella garantías de su amor para que pudiera escuchar como una amiga lo que él tenía que decir: que él era como era, que había que quererlo así, que no podía limitar los caminos de su vida hasta que confluyeran en uno solo, el que conduce de la casa al campus. Ella le gritó: «¡También eres escritor! ¿No es eso suficiente para un hombre?». Él dijo: «No. Nunca es suficiente. No quiero tener que decir que no a nada, nunca…». Fue el momento más alarmante de su matrimonio, hasta aquella otra noche, tres años después, en que Edith le dijo que tenía que dejarlas a ella y a Sharon. Ahora que habían desaparecido las mentiras, se sentía más cerca de ella que nunca. Y sabía que podía perderla ahí mismo, en aquella cocina, aquel mes de abril; estaba seguro del amor de Edith, pero también de su fuerza. Y aun así, no estaba dispuesto a refugiarse en las mentiras: tenía que ganar.

Y ganó. Edith se quedó con él. Cada noche tenían una conversación, y el dolor era constante. Pero se quedó. Hank armó un

auténtico alegato contra la monogamia, hablaba de ella como de una abstracción con sutiles e insidiosas raíces en la economía: un amordazamiento de la pasión para que los amantes necesitasen casas y cosas que meter en ellas. Sabía que estaba aprovechándose de su experiencia en el uso de las palabras, no para encontrar verdades, sino para confundir y vencer a su mujer. Hablaba de la monogamia como de algo antinatural. «El corazón es demasiado grande para eso —decía —. También el tuyo.»

En mayo, Edith empezó a tener una aventura con Jack Linhart, que ya no amaba a su esposa, Terry; o por lo menos creía que ya no la amaba. Hank lo sabía: por sus caras, por sus voces, y porque cuando se encontraban en la misma habitación percibía la pasión y la complicidad que había entre ellos con la misma certeza con la que se huele un jamón asado. Refrenó su dolor y sus celos, sus momentos de ira para con Jack; recordó aquella noche de abril en la cocina. Guardó silencio y esperó hasta que una noche de verano Edith le contó que era la amante de Jack. Hank se mostró comprensivo. Ahora sabía que, dentro del matrimonio que necesitaba y amaba, era libre.

Todo ese verano estuvo observándola. Él había sido su único amante hasta entonces; vio cómo la preocupación por lo que estaban haciendo con su matrimonio desaparecía de su rostro; escrutaba su cara en aquellos momentos de picardía adolescente, de vanidad, de sensualidad, que le iluminaban los ojos y le moldeaban los labios, momentos que llegaban de forma imprevisible: mientras estaban cenando con Sharon, cuando pasaban por delante del mostrador de los quesos del supermercado… Hacia finales de verano, Hank hizo el amor dos veces con Terry, en noches sucesivas, porque le gustaba, porque era bonita, porque era infeliz y porque se lo había ganado. Aquello fue el fin. Terry le contó a Jack lo suyo con Hank. Después, desesperado y borracho, Jack le contó a Terry lo suyo con Edith, le dijo que quería divorciarse, y cuando Terry rompió a llorar fue incapaz de dejarla: todo eso en aproximadamente doce horas; antes de que hubieran transcurrido veinticuatro, Edith y Terry se fueron a almorzar juntas, y a la tarde siguiente Hank y Jack salieron a correr, y por la noche, con la ayuda de la ginebra y de su larga amistad, se reunieron los cuatro y

cocinaron filetes a la parrilla. Cuando los Linhart se marcharon a su casa, Hank y Edith esperaron frente a la puerta de casa a que el coche doblara la esquina y se perdiera de vista. Entonces Edith le rodeó la cintura con el brazo y dijo: «Nosotros estamos mejor. Ellos siguen siendo infelices». Hank tuvo la impresión de que lo estrechaba con todas sus fuerzas; esas mismas fuerzas a las que había temido el pasado mes de abril; se sentía orgulloso de que Edith lo amase y, no sin un punto de vergüenza, orgulloso también de sí mismo por haberla llevado hasta ese punto. En otoño, ambos empezaron a verse con nuevos amantes.

Cuando tres años después Edith le dijo que se fuera, Hank trató de entender a qué venía esa injusticia, pero no pudo. Durante mucho tiempo no acertó a entenderlo. Hasta que una noche lo vio: recordó aquel brazo alrededor de su cintura aquella noche de verano, y el orgullo que había sentido, y entonces supo que de nada servía llevar la cuenta de las aventuras de Edith. Su mujer no lo estaba apartando de su vida porque él le fuera infiel, sino porque ella también lo era; porque la había cambiado. Lo había dejado —y esto fue un golpe tan duro que de repente necesitó acostarse— por ser Hank Allison.

A la mañana siguiente de que Monica le diera la patada, se despertó con las mismas imágenes que se había llevado a la cama. Contrariamente a lo que habría ocurrido sin el tratamiento de la noche anterior, no guardaba de ella el recuerdo de nada inteligente ni amable ni ingenioso ni tierno. En lugar de perder a una buena mujer, se había librado de una mala persona. Sabía que todo eso era como la novocaína cuando el dentista hurga con el torno, pero daba lo mismo. Porque lo que ahora tenía que afrontar no era el haber perdido a Monica, sino, una vez más, qué hacer con la pérdida en sí. Metió un plátano, germen de trigo, un huevo crudo y suero de leche en la batidora. Bajó las escaleras con la bebida y se sentó en los peldaños de la entrada, bajo la luz de otoño. Era sábado, y Sharon quería ver una película por la tarde. Bien: casi dos horas de distracción; disfrutaría de la película, fuera cual fuera. Antes de recoger a Sharon debía planificar la noche, asegurarse de que no la pasaría solo en su

apartamento. Si llamaba a los Linhart y les contaba lo que había ocurrido con Monica, lo invitarían a cenar y se quedarían bebiendo con él hasta la hora que quisiera. Tocó los escalones. «Son estos escalones», pensó. Miró a un lado y a otro de la calle, flanqueada de casas antiguas y árboles viejos. «Esta calle. Esta ciudad. ¿Cómo cojones puedo ganarle a la geografía?» Una ciudad pequeña y muerta. Las mujeres brillantes se iban a otra parte. Sus compañeras de departamento estaban casadas. Solo le quedaban las estudiantes o las mujeres a las que pudiera conocer de forma casual en la ciudad, mujeres con las que había tratado de mantener conversación en bares —secretarias, camareras, floristas, esteticistas— y en cuya compañía se había sentido a gusto; pero, por más guapas y encantadoras que fueran, ¿cómo podía tener una relación con una mujer que creía que Chéjov era algo que los adolescentes hacían en la cama por las noches? Se acordó de una noche del verano anterior, mientras tomaba una copa con Jack en un bar habitualmente lleno de chicas: «Fíjate en esa —había dicho—, es guapa, se la ve dulce, va bien vestida, pero mírale la cara: no hay nada. Esa cabeza no piensa». A lo que Jack había respondido: «Ya lo creo que piensa: treinta y ocho con noventa y cinco… Talla cuarenta… Parcialmente nuboso». Sharon tenía doce años. Hank no se iría de allí por lo menos hasta que cumpliera los dieciocho. La veía todos los fines de semana, y una vez por semana cocinaban juntos en su apartamento. Tras la publicación de su segundo libro, un amigo le había ofrecido trabajo en Boston: una universidad más grande, más fiestas con más mujeres, incluso estudiantes de doctorado, tan solemnes ellas. Pero no iba a separarse de Sharon. Cuando ella tuviera dieciocho él tendría cuarenta, doblaría la edad a la mayoría de sus estudiantes, y para entonces, después de seis años viviendo de amores temporales, sería un hijo de puta cojo y manchado de sangre. Si se iba a vivir a otro lado, ¿quién iba a querer sus despojos?

Se levantó y subió de nuevo al apartamento para telefonear a los Linhart. Lo cogió Jack. Cuando Hank le contó lo que había pasado, le dijo que fuera a cenar; temprano, en cuanto hubiera dejado a Sharon en casa.

—A lo mejor invito a Lori —dijo Hank.

—Por qué no.

—Solo es una amiga. Pero quizá así evitaremos que la noche se convierta en un velatorio.

—Tráetela. Pero cuidado, que tú te enamoras en lo que tarda en freírse un huevo. ¿Se puede saber qué les pasa a estas chicas del demonio? ¿Les da miedo tener algo permanente o qué?

—Chico, me parece que hay algo en mí que hace que se caguen de miedo. Algo que no saben cómo manejar.

«Estabas en otro sitio», dijo Monica en cuanto se corrió, incluso antes de que se desplomase encima de ella para apoyar la mejilla sobre la suya. Hank se giró, maravillado de que se hubiera dado cuenta, de que —¡maldita sea!— siempre se dieran cuenta: su alma, en efecto, estaba en otro sitio, concretamente apoyada en la pared de detrás, frente a los pies de la cama, pensando, observándolos a él y a Monica, esperando a que acabasen. Por eso le había costado tanto terminar: erecta y ansiosa, su polla parecía unida no a su carne, sino a esa alma cavilosa recostada al otro lado de la estancia; y dado que no parecía su carne, tampoco tenía la impresión de estar dentro de Monica; se había producido una unión entre la dureza de él y la suavidad y el calor líquido de ella, pero no había tenido nada que ver con quién era él durante esos minutos, ni tampoco con quién era ella. Sabía que eran gajes del oficio. Entonces, pensando en lo que acababa de ocurrir aquella tarde de un viernes de invierno, cuando ella todavía era su alumna —dos horas antes estaba en su aula y después había ido caminando hasta su apartamento con el frío del crepúsculo—, se echó a reír. La risa lo pilló por sorpresa, sabía que era un error, pero no podía remediarlo. Saltó una alarma que le decía que parase, que acallase esa risa, una alarma que no solo conocía los peligros que entrañaba una mujer en instantes como ese, sino el peligro aún mayor de confiar en el amor de una mujer hasta el punto de creer que era extensivo tanto a la hilaridad de ese momento como a sus motivos. Monica salió de la cama y se fue al baño y luego a la cocina, y cuando regresó lo hizo con un vaso de Dry Sack —uno solo, no dos—, pero ni

por esas logró ponerse serio. Se hallaba atrapado en la cómica precisión de lo que acababa de ocurrir. La chica se puso los leotardos, se echó por encima un suéter que dejó sin abrochar y se acostó con un cigarrillo a su lado, sin tocarlo, y aquel espacio y el sonido de su respiración fueron para Hank un signo de que, si bien todavía no estaba furiosa, tampoco estaba del todo sosegada.

—Tienes razón —dijo, sonriendo todavía—. Estaba en otro sitio. No puedo evitarlo. Todo iba bien hasta que hemos empezado; entonces, mientras estábamos haciendo el amor, me he puesto a pensar en lo que estaba escribiendo hoy. Ha sido sin querer. Cuando dejo de escribir, procuro no darle más vueltas. Entonces me han entrado ganas de pedirte tu opinión, pero he pensado que era mejor terminar antes...

—Ah, muy bien, Hank, qué considerado...

—Ya lo sé. Ya lo sé. Pero es que es una escena sobre una chica que solo ha hecho el amor una vez, unos meses antes, y de repente una noche lo hace dos veces con un chico, y por la mañana otra vez, y quería saber si lo había explicado bien. En la escena, al día siguiente le escuece el coño. Después de haberlo hecho tres veces. ¿Te parece realista?

—Sí. Cabrón.

—Un momento, escúchame. Ha sido sin querer. ¿Te crees que a mí me gusta que mi cabeza se ponga a escribir cuando le da la puta gana? Por el amor de Dios, no es por desconsideración. ¿Crees que a los cirujanos, a los abogados y qué se yo no les pasa? Además, ¿verdad que te has corrido? Pues ya está, joder.

—Eso puedo hacerlo yo sola.

—Bueno, ¿y entonces qué coño quieres que haga yo?

Hank salió de la cama, se fue a buscar la botella de jerez y volvió con ella y otro vaso, pero al llegar a la puerta del dormitorio y ver sus piernas con los leotardos, la franja de vientre y torso y senos que el suéter dejaba a la vista, sus labios adustos concentrados en fumar y sus ojos grises mirando al techo, se quedó detenido en el umbral.

—Cariño —dijo con un hilo de voz—, ¿qué quieres que haga? Ya sabes que no creo en esas tonterías de que los escritores son gente

especial. Somos como todo el mundo. Todo el mundo tiene distracciones por culpa del trabajo o de lo que sea.

Había estado a punto de añadir «hasta las amas de casa», pero se abstuvo: la palabra entrañaba un peligro excesivo, y aunque creía que era una de las vocaciones más duras y distractoras de todas, y que si él lo fuera jamás podría relajarse lo suficiente como para hacer el amor sin trabas, se quedó callado. Monica no habría sido capaz de entender lo que quería decir; habría sido oír «amas de casa» y habría empezado con su jerga de las etiquetas y los roles, y habría sido imposible calmarla. Por lo demás, ni siquiera lo miraba.

—Podrías esforzarte más —dijo—. Podrías concentrarte más. Incluso podrías fingir, así no me sentiría como que me está follando un consolador. —Solía ser ordinaria, pero esto lo pilló por sorpresa; se sentía como si le hubieran dado una bofetada—. Y si no, al menos podrías callarte. Y no reírte. Y no venir a joder con tus putas preguntas cuando se te pasa la risa. Quiero un amante, no un bolígrafo con patas.

La comparación le gustó, incluso le levantó un poco el ánimo, y a punto estuvo de decírselo; pero volvió a hacer caso de su alarma interior y se abstuvo.

—Vamos a hacer una cosa —dijo—. Vámonos a Boston, a Casa Romero, y nos regalamos una buena cena.

Monica se quedó en la cama el tiempo suficiente para acabarse el cigarrillo; parecía entretenida: entre calada y calada, lo sostenía sobre la cara y lo examinaba como si fuera algo digno de concentración; observaba cómo al exhalar el humo ascendía en volutas hacia el techo; podía ser, se dijo Hank, desnudo aún en el umbral, que estuviera pensando, incluso que estuviera pensando en la relación. Aunque lo dudaba. Para ser tan joven, tenía un amplio repertorio de posturas; ¿cuándo empezaban a aprenderlas, por el amor de Dios? ¿Cuando todavía escribían su edad con un solo dígito? Exhaló la última calada con un suspiro, apagó el cigarrillo despacio, observando cómo se aplastaba contra el cenicero como si fuera el último antes de dejarlo; después se puso rápidamente la falda, se abrochó el suéter, se calzó las botas, se echó al hombro la chaqueta de ante y caminó hacia él como

quien se dirige a una puerta giratoria. Hank se puso de medio lado; ella pasó sin tocarlo entre él y la jamba de la puerta. «Asquerosamente esbelta», pensó. La siguió por el corto pasillo y, desde la puerta, observó cómo bajaba las escaleras; esperaba que su semen le goteara por la entrepierna de los leotardos, solo para que recordase que de ciertas cosas no es posible huir tan fácilmente.

—Mira que te gusta el drama, cabrona —le dijo a su espalda, y cerró la puerta.

Volvió a abrirla seis horas más tarde, cuando ella llamó y lo despertó. Estaba llorando. Su beso sabía a vermut. Había estado bebiendo con su compañera de cuarto. Lo echaba de menos. Lo sentía. Lo amaba. Hank se la llevó a la cama con un temor y una tristeza que resultaron más distractores que las cavilaciones de aquella tarde. Fingió pasión y ternura. «Venga, hija de puta», pensaba increpando a su polla, pero con esa mujer era imposible quitarse de encima la sensación de derrota: la percibía tan claramente como si estuviera encarnada detrás de él con una espada en alto. Algún día, alguna noche, la espada caería; lo único que podía hacer era aferrarse a los buenos momentos con Monica mientras esperaba el contacto de su filo.

Si algo tuvo Monica, fue que le presentó a Lori. Eran amigas de los veranos en Maine, donde vivía Lori, y donde los padres de Monica, de Manhattan, tenían una casa de veraneo. Se habían conocido cuando Lori tenía quince años y Monica dieciséis. Había sido Monica quien había convencido a Lori de que se matriculase en su facultad y asistiera a las clases de Hank. Monica acabó trasladándose a Maine después del primer curso porque no le gustaban sus profesores de arte; pero Lori se matriculó de todos modos y se veía con Monica los fines de semana, cuando esta bajaba para estar con Hank. A Hank le gustaba ver a Lori esos fines de semana, le gustaba tenerla en clase, y alguna noche de diario salían a tomar una cerveza juntos; más de uno debía de pensar que eran amantes, pero Hank solo temía a los rumores cuando eran ciertos, así que Lori y él iban a Timmy's, donde quedaban los estudiantes. A la noche siguiente de que Monica rompiera con él,

pasó a buscar a Lori por su residencia para ir a cenar a casa de los Linhart. No se hicieron amantes hasta más de un mes más tarde, y cuando ocurrió Hank pensó que era la primera vez desde Edith que hacía el amor con una mujer que previamente había sido una buena amiga. La transición, por tanto, estuvo exenta del miedo y la euforia de ese amor que la gente califica de romántico. Porque Hank se sentía cómodo y seguro, como si la amara desde hacía mucho.

Aun así, con Lori se andaba con cuidado: tanto que a veces pensaba que la voluntad y el control que le exigía aquella relación eran por fin el núcleo del amor, que por primera vez sabía cómo proceder. Observaba, escuchaba y amaba su timidez, y no intentaba curársela. Mientras, sentía que su amor por ella se hacía más profundo y se convertía en parte de lo que él era en el mundo.

Era la cuarta chica joven con la que estaba desde que se había divorciado. Todas le habían durado un año o más; con todas había sido monógamo; y todas lo habían plantado. Salvo Monica, ninguna le había dicho por qué con palabras que pudiera comprender. Las otras se habían echado a llorar, diciendo que necesitaban su espacio. Cuando la primera lo dejó, se puso triste, pero se resignó. Tras perder a la segunda, se asustó. Fue entonces cuando vio que había caído en una trampa. Cuando salía a beber con Jack, se lo podía tomar a broma: lo que de casado era un poco de aderezo se había convertido en su sustento. Cierto, le decía a Jack, estando casado se había enamorado de sus novias, o por lo menos así se lo había parecido, y se lo había dicho, y había vivido esos momentos de ternura en los que él y la muchacha se abrazaban y hablaban al calor de la primavera de qué iba a ser de ellos con el fin del calendario escolar. Pero todas esas aventuras simplemente le habían aportado emociones que, según él, el matrimonio, por su naturaleza, no le podía aportar.

Por primera vez en la vida se sentía en desventaja con respecto a las mujeres. A menudo, cuando observaba una cara joven en su apartamento o sentado a la mesa de un restaurante, sabía que no tenía nada que ofrecerle a esa muchacha con su fondo fiduciario a la espera, esa muchacha que había visto más mundo del que él vería nunca; se la imaginaba trasladando toda su ropa y sus potingues de marca a su

apartamento, y, mientras conversaban, deseaba estar con una mujer de su edad, o al menos de veinticinco años, que no estuviera casada ni fuera una de esas maldivorciadas cuyo dolor no solo es contagioso, sino que les instila un odio tal hacia los hombres que uno se siente como una etérea excepción que en cualquier momento dejará de serlo. De esas que se reúnen en círculos de mujeres, se comen la cabeza unas a otras sin la presencia de un profesional y salen con las iras desatadas como un guerrero. Hank lo había probado con dos y, aburrido y cansado, había salido por piernas. La última había sido Donna, rubia como la miel. Una noche salían de un bar y hacía tanto frío que la lluvia se congelaba. Hank tardó diez minutos en rascar el hielo del parabrisas mientras ella esperaba sentada en el interior del coche; después, mientras conducía tan despacio y tan tenso que sentía hasta los latidos de su corazón, dijo: «Probablemente esta puta lluvia también sea culpa de un hombre». Acaso porque ella estaba igual de asustada, susurró en tono de chanza: «Machista de mierda», y le dio una palmadita en el hombro.

Solo una vez había discutido con Donna. Hank creía en la mayoría de las cosas que las mujeres querían, creía que las mujeres y los hombres debían trabajar unidos para liberarse y que *Las palmeras salvajes* ya lo había dicho todo antes y mejor que nadie desde entonces. El movimiento tenía pequeños detalles que lo irritaban: se había apropiado de un apelativo que a él le encantaba, sobre todo por su raíz cómica, y ahora ya no podía divertirse como en la guerra fría llamando a nadie «cerdo fascista». Aparte de eso, las dos veces que se había manifestado en Washington durante la guerra de Vietnam lo había enfurecido que algunas mujeres, desde el púlpito, equiparasen lavar platos con un ataque de napalm. El único sentimiento que le inspiraban esas mujeres era el deseo de que hallaran algo de felicidad. La noche de la discusión con Donna, Hank estaba borracho y, a pesar de sus intentos por no ver el ejemplar de la revista *Ms.* que había en la mesita de centro, al final no pudo contenerse y dijo bruscamente:

—Donna, como escritor desconocido y del montón que de vez en cuando escribe un cuento e intenta publicarlo, o un fragmento de novela, tengo que decirte una cosa: odio las revistas totalitarias, me da

igual que sea la *Ms.* o la *Penthouse* .

—¿Totalitaria?

—Eso he dicho. —Agarró la revista y la dejó caer con la cubierta boca abajo, de tal modo que solo se veía un anuncio que animaba a las chicas jóvenes empezar a provocarse un cáncer de pulmón y a las mayores a perseverar en el intento—. Odian la literatura. Lo único que quieren es material que refrende sus opiniones. Es como intentar publicar en China, por el amor de Dios.

Y entonces, porque él estaba enfadado con una revista y nada más, y porque de repente ella se había convertido en una feminista airada, se pelearon.

La pelea duró hasta que se acabó, es decir, que no fue grave. No obstante, una de las razones por las que Hank acabó dejando a Donna, por las que prefirió la soledad a estar con ella, fueron sus lecturas. Donna no lo leía. Eso le dolía un poco, pero no demasiado; más que nada, lo llenaba de asombro. No alcanzaba a entender que hiciera el amor con él si no le interesaba su obra. Porque para él su obra era lo mejor de sí. Creía que la mayoría de los hombres que tenían la suerte de ejercer una profesión con la que disfrutaban debían de sentir lo mismo. Sin embargo, Donna reservaba sus afectos para lo que él era de noche, cuando se relajaba después del trabajo de la jornada y no pensaba aún en el de la siguiente, de forma parecida a como él veía casi todas las películas que ponían en la ciudad, fueran las que fueran. Y para él, su bromista yo nocturno era tan poco importante que a menudo, ya por la mañana, en su escritorio, tenía la impresión de no haber sido él quien había pasado la noche anterior con Donna; como si hubiera sido otro el que había estado hablando con ella y haciéndole el amor, algún viejo e íntimo amigo suyo.

Mecanografiado en un folio de papel y clavado con una tachuela a la pared, delante de su escritorio, había este fragmento de *El corazón de las tinieblas* : «No, no me gusta trabajar. Prefiero haraganear y pensar en todas las cosas maravillosas que es posible hacer. No me gusta trabajar —a ningún hombre le gusta—, pero me gusta lo que hay en el trabajo: la oportunidad de encontrarte a ti mismo. Tu realidad —la tuya, no la de otros—, lo que ningún otro hombre puede

conocer jamás. Los demás solo ven el espectáculo, pero nunca saben qué significa en realidad». Una mujer tenía que saberlo: sencillamente saberlo, nada más. No necesitaba sus elogios, rara vez le gustaba hablar de su obra y no se hacía ilusiones al respecto: la mayoría de las novelas que leía le gustaban más que las suyas. Pero su obra era su obra, y su calidad final no importaba tanto como las horas que le exigía. Convertía el paso del tiempo en algo concreto, mensurable. Le daba confianza, no en la obra en sí, sino en Hank Allison: después de una mañana frente al escritorio, se había ganado su existencia en la tierra. El día que no trabajaba, salvo que fuera por elección, se disgustaba consigo mismo. Si eso ocurría varios días seguidos, por culpa de la universidad, de las resacas, de la falta de voluntad, de alguna enfermedad, perdía el contacto consigo mismo, se sentía borroso y abstracto, como si hubiera de convertirse en la persona que tuviera delante. Por eso pensaba que Donna sabía sobre él poco más que si, sin haberlo conocido nunca, se hubiese encontrado su ropa y su cartera tiradas en el suelo del dormitorio. A veces, esto lo hacía sentirse solo; también le hacía pensar en Edith, en todo lo que no había sabido de ella durante el tiempo que habían estado casados, sobre todo los tres últimos y polígamos años; y ahora que lo hecho hecho estaba y era imposible mitigarlo, curarlo, la amaba y le sabía mal lo que ella había tenido que sufrir: la soledad de no ser conocida plenamente.

Cierta noche, en la cama de Donna, tendido en tensión junto a su apacible carne posorgásmica, a oscuras y aun así viendo en su mente el dormitorio con sus sillas antiguas y su tocador y sus fotos de familia en la pared y, colocados sobre la repisa de la chimenea sellada, los rostros de sus abuelos y sus padres y ella misma con sus dos hijos, niño y niña, Hank se preguntó por qué estaba con ella. Sabía que la culpa era de la soledad, pero ¿por qué ella, con sus antagónicos valores, aquel cuerpo liberado y compartido —entregado, más bien— a la segunda cita, tumbado ahora frente al legado de la familia, el matrimonio, las tradiciones? Sospechaba que su feminismo existía tan solo porque, hacia el final de su matrimonio, su marido se había vuelto un indeseable. Se retrasaba con la pensión; a menudo rompía

sus compromisos con los niños. Hank creía que en esos momentos, en noches como esa, ella era feliz porque acababa de hacer el amor, los críos dormían como benditos al fondo del pasillo y ella yacía junto a sus reliquias y las fotografías de toda una vida en una cama con dosel que había pertenecido a su tía abuela. Cuando se hartó de intentar entenderla, Hank dijo:

—No sé por qué te gusto.

—¿A qué viene eso?

A Donna le había salido la voz equivocada: creía que no se sentía querido, que necesitaba consuelo. Hank salió de la cama para mear y romper la atmósfera que se estaba creando. Cuando volvió, se tapó y dijo:

—No te interesa mi obra. Y mi obra soy yo. Lo único que ves es un residuo. Creo que eso no soy yo.

—Te he hecho daño. He sido una estúpida y una egoísta. Trae tus libros mañana. Los leeré en orden.

—No, escucha —dijo él con suavidad pero con firmeza, como hacía a veces con Sharon, cuando esta tenía un problema o entre ellos surgía alguna diferencia y él quería que ella oyera tan solo sus palabras serenas y paternales, sin buscar ni preocuparse por las emociones que pudiera haber debajo—. No estoy dolido. Sencillamente no entiendo cómo puedes tener sentimientos hacia mí sin saber nada en absoluto de esa parte de mi vida. Quizá dos terceras partes de ella; solo una octava parte de la jornada en horas, pero equivalente a dos terceras partes, lo que viene a ser todo salvo el tiempo de dormir; porque haga lo que haga es algo que va conmigo, siento cómo se mueve; cuando estoy con Sharon o contigo o dando clase o lo que sea.

Estuvo a punto de explicar eso también, pero se abstuvo: algunas noches tenía con Donna el mismo problema que tendría con Monica mucho después; solo que Donna, o bien no se había dado cuenta, o bien, cosa más probable, lo entendía porque había estado con más hombres; probablemente también a ella le ocurría algunas noches, mientras se movían al unísono con esa pasión que, por real que fuera, no acababa de absorberlos, sino que existía en tándem con ellos.

—¿Y qué hay de mi trabajo? —dijo ella.

Su voz no era amenazante, todavía no; aunque Hank presentía cómo en su corazón la hoja se deslizaba ya contra la piedra de afilar. La miró a los ojos e intentó dirigirse a ella en el mismo tono que antes, a pesar de que, con una punzada de impaciencia, le pareciera estar hablando con Sharon. ¿Por qué cada dos por tres tenía que andar consolando a las mujeres? Deseó poder verse a sí mismo como ellas lo veían: la cara, el cuerpo, los gestos; deseó poder oír la voz que ellas oían. Y es que en ese momento se sentía como un amante cruel, y no quería serlo, aunque quizá lo fuera y no pudiera hacer nada por evitarlo; o quizá (eso esperaba) no era más que una impresión. Sea como fuere, se sentía triste y confuso y solo, se sentía perdido y sin hogar y sin mujer, aunque estuviera acostado con una buena mujer, una buena compañera; y necesitaba respuestas, o a lo mejor solo una, pero ahora era él quien debía darlas, y con una voz reposada y tranquilizadora que le hacía apretar los puños y tensar los brazos.

—Pero es que no es tu trabajo —dijo—. Tú misma me lo dijiste. Estábamos comiendo en el Ten Center Street y dijiste: «No es mi trabajo; no creo que merezca ese nombre. Es un empleo con el que voy tirando hasta que descubra a qué quiero dedicarme de verdad».

Hank seguía estando tenso, pero el rostro de ella se había relajado con su voz.

—Tienes razón —dijo.

—De todos modos, yo sé cosas de tu trabajo. Porque te escucho. Sé cómo es una jornada normal. Aunque conmigo hablas sobre todo de tus hijos y de lo que supone criarlos sola y del capullo de Max, que no ingresa el dinero a tiempo y no ve a los críos cuando le toca porque se ha vuelto un tarado que anda todo el día fumando grifa con chicas más jóvenes y presumiendo de haberse bajado de los caballitos del mundo de la ingeniería, cuando lo cierto es que a él y al resto de esos infelices los echaron a la calle durante la recesión, y que va hablando de abrir un bar cuando a duras penas puede permitirse beber en uno porque vive del paro. Y sobre todo hablas de los hombres y las mujeres. Y de cómo ha cambiado todo desde que Max y tú comprasteis esta casa y de cómo eso te tiene confusa y triste y cabreada, y de que quieres hacer algo al respecto, por ti pero también por otras mujeres,

si se te ocurre la manera, pero que aún no sabes cómo. No digo nada de esto como un insulto. Hablas de estas cosas porque ahora mismo eres así, esa es tu lucha, y nunca me aburre. Porque me importas y porque, a mi manera, yo estoy pasando por lo mismo. Para mí todo ha cambiado también. Cuando nos quedamos embarazados…

—¿Nos quedamos?

—Sí, claro, nos quedamos. No solo Edith. A mí no me dieron vómitos ni me cambió la talla del pantalón ni se me hincharon los pechos ni me dolió nada. Pero era cosa de dos. Siempre lo es, salvo para los imbéciles que fingen lo contrario.

—Como Max.

—Desconozco cómo se sentía entonces. Tú dices que antes él era distinto, que… —dijo abarcando la habitación oscura con el brazo. Estuvo a punto de decir: «Le gustaba todo esto», pero se contuvo.

—¿Y tú que sentías? —dijo ella.

—Culpa. Miedo. Hacía demasiado poco que había leído *Adiós a las armas* . Tres o cuatro años antes, pero para mí era demasiado reciente. —Detectó en sus ojos que no conocía el libro y quiso explicarse, pero entonces pensó que habría sido un error mucho mayor que su mera mención—. Me daba miedo que se muriera. Hasta que se acabó, fue un temor recurrente. Durante el parto estuve maldiciendo aquella erección que tan importante me había parecido una noche en que aquello parecía importante y el diafragma había fallado.

—Los hombres no deberían sentirse así.

—El deber o no deber no pinta nada cuando se trata de sentimientos. Total, que nos casamos. Estábamos haciendo el doctorado y no conocíamos a ninguna feminista. Estábamos demasiado ocupados, y nuestras amistades eran otras parejas jóvenes que se estaban dejando el pellejo para pagar las facturas y seguir estudiando. En aquel momento tenía sentido hacer el doctorado: luego había trabajo. Y yo veía a Edith como esposa de la misma manera que supongo que mi padre veía a mi madre. Que en cierto modo me imagino que se parece a la de un aristócrata decimonónico: uno de esos fantoches que salen en las novelas de Balzac o Tolstói. —Ahora que estaba recordando su matrimonio, ni siquiera se dio cuenta de que

la literatura había vuelto a instalarse en la cama, como un gato impertinente—. Bueno, quizá exagero. Pero no tanto. Creo que la mayor parte del tiempo no me daba cuenta. O quizá solo creía que tenía razón, que las cosas estaban bien así. Era la única forma de matrimonio que yo había visto. No me estoy justificando. Resumiendo mucho: estuve a punto de ahogarla en el río de mi mierda, hasta que una noche ella encontró un remo y me lo rompió en la cabeza. Y luego me clavó el mango. Todavía siento las astillas. Lo que quiero decir es que, cuando hablas de los problemas entre hombres y mujeres, no me limito a decir que sí educadamente con la cabeza. Estás hablando con un camarada de armas que también ha perdido.

Maldita sea: había vuelto a desviarse del tema, y ahora ella lo estrechaba contra su cuerpo y él se dejó abrazar un rato en silencio; luego se dio la vuelta, la rodeó con un brazo, atrajo su cabeza hacia el hombro y, como hablando con su pelo, dijo:

—Con todo esto nos hemos apartado de lo que estábamos diciendo. Tú eres una mujer encantadora. Podrías tener a toda clase de hombres que la suerte te permitiera conocer: médicos, abogados, jefes indios... En fin, lo que quiero preguntarte es, ¿por qué yo? Un hombre al que conociste en una fiesta, al que te acercaste y le dijiste: «Tienes espuma en el bigote», y yo me la quité con la lengua y tú dijiste: «Me gusta ver a los hombres lamerse la cerveza del bigote». ¿Por qué demonios yo?

Donna se dio la vuelta y, tras besarlo largamente, levantó la cara por encima de la suya y dijo:

—Porque estás tan *vivo* .

Como si de repente le hubieran quitado la manta de encima, Hank sintió que un escalofrío le recorría la espalda y le tocaba el corazón, que ahora parecía seco y marchito, como una hoja de finales de otoño a punto de caer lentamente por el interior de su cuerpo. Al notar el contacto de sus huesos, pensó en ella como si fuera un esqueleto que yacía en la penumbra entre reliquias, un esqueleto con una voz que luchaba por vivir, con palabras que replicaban el dolor y la ira de aquellas reuniones semanales de mujeres. De repente le entraron ganas de llorar por ella. Tenía la impresión de que, en comparación con Donna, él llevaba una vida plena y compleja y estimulante. Deseó

poseer algún secreto que pudiera compartir con ella: ojalá poder posar una mano sobre su frente para que se durmiera y despertase al día siguiente con el mismo empleo deprimente como cajera en el banco, los mismos deberes maternales, y la confusión y la soledad y la necesidad de sentir que su vida era algo sólido que ella misma iba esculpiendo, pero a la vez también con el ánimo lleno de emoción, a punto para enfrentarse a la nueva jornada, para patearla, arañarla y arrancarle los ojos hasta que le diera la alegría que se merecía. Pero no tenía nada que decirle, nada que darle. La abrazó en silencio un buen rato. Luego se levantó y se vistió. Nunca pasaba la noche con ella. Donna no quería que los niños, que tenían tres y cinco años, lo supieran; Hank tampoco; existía entre ambos el tácito entendimiento de que, puesto que su relación había comenzado impetuosamente rápido, era frágil y, en el mejor —o peor— de los casos, una relación de prueba. Lo más probable era que acabase apareciendo otro hombre, y luego otro, y era preferible que sus hijos no crecieran asistiendo a esa sucesión de varones a la hora del desayuno. Se inclinó hacia ella y la besó susurrando dulcemente; después se subió al coche y volvió a casa.

La cuestión, en última instancia, era que Donna no leía. Hank sospechaba que no todos los hombres tienen por qué amar a mujeres interesadas en su obra; de algún modo, un veterinario podía dejarse el trabajo y sus olores en la ducha antes de cenar y pasar la noche con una mujer amada que no quisiera mascotas en casa. Pero él no. La literatura era algo a lo que recurría en busca de pasión y de emociones, la entrada a un mundo de preguntas que no sabía contestar, por eso cuando terminaba una novela o un poema o un cuento se sentía bendecido con el don de la humildad, con el estupor ante la vida, con la certeza de que no sabía casi nada sobre cómo se supone que uno debe vivir. Por tanto, mejor tener la compañía de una muchacha que amase la literatura y simplemente no hubiera leído mucho a causa de su juventud; mucho más conmovedor ver cómo una chica se deleita leyendo por primera vez *Según venga el juego* o *Fat City* , que estar con una mujer de treinta y tantos que no lee por elección y que se ha pasado a las revistas y la televisión.

Dos noches después salieron a cenar y, con el café y el brandi, sorbiendo el coraje necesario para herirla, Hank dijo que habían empezado demasiado deprisa, que se habían hecho amantes demasiado pronto, antes de conocerse bien el uno al otro; dijo que sus trasfondos eran muy distintos y que el haberse hecho amantes de forma repentina les impedía ver si eran realmente… Hizo una pausa en busca de alguna palabra concreta que no fuera *com patible* , con la intención de que su discurso, al menos, no sonara como el que otros hombres y mujeres debían de estar oyendo por todo el país en ese mismo instante. Durante la pausa, ella dijo:

—Compatibles.

El alivio inundó el rostro de Donna al instante, como el dolor, el dolor que Hank había previsto, y por un momento se sintió ofendido. Luego sonrió pensando en su efímero orgullo. Estaba feliz: ella también quería dejarlo. Entonces ella le dijo que la semana anterior había tenido un retraso de tres días, y que durante ese lapso se había puesto a pensar en lo suyo, y que se había asustado y había querido poner fin a la relación. Pero no a su amistad. Pidieron otro brandi y se pusieron a hablar, sin timidez, sobre sus hijos. Pagaron la cuenta a medias, él la acompañó a casa en coche y se dieron un beso de buenas noches delante de la puerta.

Antes de dejar a Lori en el coche delante de la casa de Edith, la besa rápidamente y le dice que la quiere. Edith abre la puerta: el cuerpo menudo, el pelo largo y negro, los ojos y la boca risueños como viejos amigos. Hank imagina que eso es lo que son ahora, y que el hecho de tener a Sharon supone que, de algún modo, siguen estando casados. Aunque es incapaz de definirlo, le parece que la casa emana un olor femenino. Al igual que Donna, y por las mismas razones, Edith no deja que sus amantes pasen la noche en casa. Hank lo sabe porque, en su segundo año de divorcio, cuando ya podía preguntar sin exponerse a abrir heridas demasiado hondas, lo hizo.

—¿Qué clase de olor deja un hombre en casa? —pregunta ahora.

—Un olor desagradable.

—Huelo a beicon y a periódico del domingo. Olores neutros. Pero

hay algo femenino. O no masculino.

—Imaginaciones tuyas. Aunque admito que llevo una temporada de sequía.

—Lo siento. ¿Qué pasó con… cómo se llamaba?

Edith se encoge de hombros y por un instante la sonrisa abandona su ojos: no es tristeza, sino resignación, o quizá el presagio de esta, un presagio que empezó hace años. Luego lo mira más de cerca.

—¿Qué ha pasado? —dice.

—Un puto desastre.

—¿Con Lori?

—No.

—Menos mal. Creo que esta es la buena.

—¿En serio? ¿Por qué?

—No sé. Espero que te dure. ¿Entonces qué? ¿El trabajo?

—No. Ya te lo contaré esta noche. ¿Dónde está Sharon?

—Limpiando su cuarto. Voy a buscarla.

Se acerca al pie de la escalera y la llama.

—Sharon, papá ya está aquí.

—Siento lo de la sequía —dice él.

—Es una mierda, tendría que haberme hecho profesora, así tendría más ganado con el que salir a pastar. Ahora ya no está mal visto, ¿lo sabías? Para las mujeres. Una amiga mía tiene un lío con uno de sus estudiantes. Ella tiene treinta y siete y él diecinueve.

No lo dice por atacarlo; esos tiempos ya pasaron. Hank lo siente por ella, sabe que su problema también es geográfico, que las cosas le irían mejor en Boston. Le está agradecido y la respeta por haberse quedado allí para que Sharon y él puedan estar cerca, pero Hank solo es capaz de decirle estas cosas por teléfono y cuando lleva un par de copas.

Sharon baja vestida con vaqueros y un suéter, con la cazadora en la mano. Hank la abraza y se dan un beso. Sus incipientes pechos lo incomodan; procura no mirarlos y, cuando la abraza, no sabe muy bien cómo ponerse, cómo reaccionar ante la pequeña insistencia con que se pegan a su cuerpo. Ambos le dan un beso a Edith y caminan cogidos del brazo hasta el coche. Lori abre la puerta y Sharon se sube

al asiento trasero.

Sharon y Lori se llevan bien, y a veces hablan como si fueran un par de amigas adolescentes, como si él no estuviera. El que ambas estén en su segunda década de vida —una en el primer año, la otra en el último— despierta en Hank una sonrisa, pero también escalofríos. Se pregunta si algún día estará con una chica de la edad de Sharon. Podría ocurrir a cinco años vista. ¿Y quién, se pregunta mientras conduce por una carretera secundaria que serpentea hacia el este, ideó el mito de que las muchachas les devuelven la juventud a los hombres mayores que ellas? No es que Hank eche de menos su atribulada adolescencia. Pero se supone que uno debería sentirse más joven. Lo único que sabe es que con Lori se siente poco atractivo, calvo, fofo. Que los días de resaca ella se levanta aparentemente fuerte y fresca, y lo está; mientras que él perdió el aguante a los treinta y ahora una resaca fuerte le cae como una gripe. Cuando recuerda que a los veintitantos podía levantarse seis horas después de cerrar un bar y ponerse a escribir, se siente viejo. Y cuando en Boston la gente los mira mientras caminan de la mano o entran en un restaurante, se siente viejo. En la playa es peor: se pone a mirar a esos jóvenes estilizados y se pregunta si Lori también se fija en ellos, y saber que la mayoría, quizá todos menos los más obsesivamente vanidosos y los que simplemente se salvan por constitución, tendrán en pocos años suficiente carne en la cintura para llenar las manos de una mujer tampoco ayuda. Se siente viejo. En cambio, con Donna y la otra divorciada se sentía joven, demasiado joven, tanto es así que su espíritu no había tardado en hartarse de tanta gravedad. Una vez más, no hay respuestas: lo único que sabe es que quien difundió ese rumor sobre las chicas jóvenes no era un hombre maduro enamorado de una.

Sharon y Lori hablan de las clases y de sus profesores y de los deberes y de cómo se imponen la disciplina necesaria para cumplir las tareas, cómo deciden qué hacer primero (Lori trabaja en orden descendente, empezando por lo que más le gusta; Sharon lo hace al revés; ambas dejan las ciencias para lo último). El verano pasado, Sharon empezó y dejó de fumar; lo dejó el día que Edith la besó después de salir a correr y le olió el aliento y el pelo; cosa que no

habría ocurrido, le dijo Hank por teléfono, si su sentido del olfato no se hubiera purgado del olor de sus propios cigarrillos con una hora de carrera. Hank se sentía satisfecho: tenía para sí que los niños conseguían fumar a escondidas porque sus padres no tenían la costumbre de besarlos; cuando Hank era pequeño, él y sus amigos mascaban chicle y se frotaban jugo de limón en los dedos antes de volver a casa, porque allí siempre había alguien que los recibía con un beso. Edith habló con Sharon y esa noche Hank se la llevó a cenar y habló también con ella, le suplicó, y ella le prometió, como había hecho con Edith, que no estaba enganchada, que se habría fumado un par de cajetillas y que, en adelante, no cedería a la presión del grupo. Esa fue la noche en que Hank y Edith empezaron a preocuparse por las drogas, hablaron por teléfono al respecto y se preguntaron cómo lidiaban con sus hijos los padres divorciados que estaban demasiado enfadados y dolidos como para dirigirse la palabra. Ahora, al menos una vez al mes, mientras Sharon y él preparan la cena en su minúscula cocina, Hank le habla de las drogas. Ella le dice que no sufra, que en el colegio está harta de ver a fumetas que empiezan a liar canutos en el autobús a las siete de la mañana.

Hank no sufre demasiado por las drogas porque tiene confianza en Sharon, sabe que es una chica sensata; que probó el tabaco con sus amigas porque a los trece años nadie piensa en la muerte; pero está razonablemente seguro de que, viendo lo poco que les aprovecha a los chavales que se pasan el día emporrados, sabrá cuidarse sola.

Lo que de veras lo preocupa tiene que ver con él y con Lori, y con él y con Monica, y con las dos chicas que hubo antes de Monica. Tiene que ver también con Edith: aunque sus amantes no pasen la noche en casa, aunque probablemente ni siquiera hayan puesto los pies fuera del dormitorio, a estas alturas Sharon ya debe de saber que existen. Aunque tampoco es algo que lo inquiete demasiado, porque se siente tan confuso, culpable, avergonzado, sincero e insincero con respecto a sí mismo y a sus amantes y a Sharon que apenas le quedan energías para preocuparse por las responsabilidades de Edith. Además, le cuesta entender cómo son las cosas entre madres e hijas, ignora qué corrientes fluyen entre ellas. Aunque si algo sabe de Sharon, es que

con todas sus novias jóvenes —a Donna y a la otra divorciada no llegó a conocerlas— siempre se ha mostrado tímida, ha intentado ser su amiga más que la hija de su padre. Hank también ha detectado celos, cosa que lo desconcierta, y no sabe si Sharon piensa que la muchacha quiere arrebatarle el puesto que su madre o ella ocupan en su vida. Siempre que él le ha hablado de sus chicas lo ha hecho fingiendo que no eran sus amantes. Pero sabe que ella lo sabe. En última instancia, se está tirando piedras a su propio tejado: no quiere que Sharon tenga amantes demasiado pronto, antes de que haya crecido lo suficiente para protegerse del dolor. Quiere alertarla de que, hasta cierta edad indefinida, los chicos la meten donde sea y dicen lo que sea si les sirve para meterla. No sabe cuándo se lo dirá. No quiere que su juventud se convierta en una sucesión de amantes, no quiere que se vuelva cínica e indiferente en lo referente al sexo. No quiere, en fin, que sea como las chicas con las que sale su padre. Y, sin embargo, por el hecho de haber tenido cuatro novias en cinco años, más otras dos a las que Sharon no ha conocido, así es exactamente como le está enseñando a vivir.

Lori lo compensa un poco. Cuando se hicieron amigos, ella había tenido una breve y brutal relación con un compañero del restaurante de Maine en el que ambos trabajaban de camareros durante el verano anterior a su primer año de universidad. El chico la maltrataba físicamente, la manipulaba y, al cabo de dos semanas, ella lo dejó. Por tanto, se parecía más al tipo de chica que deseaba que fuera Sharon. Además, Lori —tímida, reservada no por elección, meditabunda (a pesar de que la suavidad de su tez no permitía adivinarlo; había que fijarse en las comisuras caídas de sus labios)— se mostraba con Sharon locuaz y afectuosa, le gustaba estar con ella, y Hank pensaba que se hacían bien mutuamente: por un lado, Sharon, con sus incipientes pechos y su reciente menstruación, la sofisticación derivada de tener que soportar un divorcio y a unos padres que no siempre eran sinceros con ella, aunque intentaban serlo siempre que podían, con el doble propósito de ayudarla a sobrellevar el divorcio y de prepararla para afrontar los implacables y repetitivos dolores de un mundo que, cuando eran mucho más jóvenes, ninguno de los dos había previsto.

Por otro, Lori: con ese padre silencioso y tierno, cuya voz rara vez se dejaba oír, cuya presencia parecía pedir permiso para existir, y con esa madre estentórea cuyo carácter dominante se presentaba siempre bajo la enseña de la preocupación por su hija, y, sobre ese fondo (así lo suponía Hank), la creencia de Lori de que su padre era, había sido y sería un cornudo, y no solo eso, sino un cornudo sin revancha, sin rabia ni exigencias, sin ni siquiera el vengativo desahogo de haber echado también algún polvo por su cuenta. Por eso Hank, mientras escucha, piensa que Sharon necesita el cariñoso reconocimiento de Lori, y que Lori necesita hablar, reírse, hacer la tonta, decir lo que le venga en gana, y que Sharon (y sí, también él a su lado, manejando el volante) le aporta la paz necesaria para hablar sin la sensación de que alguien le está encima, a punto de ponerle una mano en el hombro y de decirle que se equivoca.

Pensar en Sharon y Lori le proporciona cierto solaz, pero sigue faltando algo. Y durante todo el trayecto siente el frío vacío de la tristeza en su corazón y una sensación extraña en el cuerpo. La gravedad es más intensa: la cabeza y los hombros y el torso tiran hacia abajo, hacia el asiento del coche. Cruza el puente que conduce a la isla y gira a la derecha para entrar en el coto de caza pasando por delante de la garita, sin vigilante ahora que el verano ya ha acabado. A la derecha están las marismas, a la izquierda las dunas, tan altas que impiden ver el mar. Estaciona delante de una duna y, caminando entre Lori y Sharon, cogidos todos de la mano, empieza a subir por la pendiente arenosa cubierta de hierba; sigue teniendo cierta sensación de pesadez.

Al llegar a la cima los golpea la brisa, fresca pero no fría, que sopla sobre el agua de color cerúleo, pues el aire es seco, y allí se detienen. Se quedan de pie, aspirando una profunda bocanada de aire marino. Allá, en la cresta de la duna, con los ojos llorosos por la brisa, de la mano de Lori y Sharon, mientras respira ese delicioso olor a océano, de repente Hank no sabe cómo asimilar lo del feto muerto del año pasado ni lo del sueño de anoche, en el que también salían él y Sharon en la playa un día de verano; es incapaz de concebir el resto de su vida. Se imagina envejeciendo, escribiendo, saliendo a correr, dando

clase, pero nada más, y ahora las lágrimas ya no son por culpa de la brisa.

—Vamos —dice, y caminan hacia el sur, soltándose la mano para pasar entre los matorrales bajos que crecen en lo alto de la duna. Se gira hacia las chicas y señala unos gansos canadienses que hay en la marisma; a pesar de la distancia, se ven gordos y piensa en uno asándose, y en una mujer (¿quién?, ¿su madre?, no le ve la cara) agachada frente al horno, observando, salseando el ganso con su propio jugo. Caminan en silencio. Siente que están libres de la madera de la casa y del metal del coche que los rodean la mayor parte del tiempo, nota la arena bajo los pies, el crujir de los arbustos secos al arañar sus pantalones, sus ojos miran hacia el frente y hacia las laderas de la duna, hacia las marismas, con sus espigas y, en algunas partes, el brillo del agua estancada y su vida, consistente en diminutas criaturas que sienten pero no ven; y miran hacia el océano, picado y con vetas blancas, y se imagina un calamar gigante y una ballena asesina forcejeando en una danza a varios kilómetros de profundidad entre montañas y valles. Por un instante desearía que Lori estuviera al menos un poco triste, pero enseguida entiende que eso es pedir demasiado.

Caminan casi tres kilómetros, hasta el final de la duna, y a sus pies termina también la isla, frente al río que, a través de la marisma, desemboca en el mar. El río es estrecho y, allá donde confluye con el mar, el agua es mansa como un lago. Tiene poca profundidad, y alguna vez, con la marea baja, Hank y Sharon se han acercado a pie hasta un banco arenoso que hay frente a la desembocadura. Hank se descuelga por un sendero empinado y sinuoso y descienden lentamente. Cuando llegan abajo, cruzan un breve tramo de arena y observan el final del río y miran al sudeste, donde la costa describe un giro cerrado hacia el mar. Dan media vuelta y caminan por la playa, la arena está blanda y fresca. Hank camina un poco por delante, lo justo para estar con ellas y a solas a la vez; y es que percibe otra presencia a su espalda, una presencia tan fuerte que su primer impulso sería darse la vuelta y plantarle cara antes de que se abalance sobre él. Le gustaría echar a correr hasta que su cuerpo recobre la ligereza. Se

acercan a la playa y caminan junto a los quelpos y las algas. Se detiene y se da la vuelta hacia Lori y Sharon. Tienen la tez sonrosada por la brisa, el pelo pegado a las mejillas y los ojos.

—No sé dónde hemos dejado el coche —dice—, pero sé dónde hay un restaurante al que podríamos ir si lo encontramos.

Sharon señala la duna.

—Al otro lado —dice.

—Anda, pensaba que lo habíamos aparcado cerca del agua.

—No, está por ahí.

—No.

Hank mira hacia la duna.

—¿Nos apostamos algo?

—Contigo, ni hablar. Apostarías una cena en el Copley contra una hamburguesa en Wendy's.

—¿Y qué es el Copley?

—Un sitio al que no te voy a llevar. Lori y yo vamos a medias.

—Pues sí que es caro.

—Lori y yo siempre vamos a medias. ¿Cómo sabes en qué parte de la duna está?

—¿Ves la torre del socorrista?

Hank mira a su espalda, hacia el norte, como a ochocientos metros de distancia.

—Cuando hemos subido por la duna —dice Sharon a su espalda—, he mirado hacia allá y la he visto.

—Como tengas razón —dice Hank girándose hacia ella—, te invito a comer.

—Ya has dicho que ibas a invitarme.

—Es verdad. Andando, señoritas.

Las conduce hasta lo alto y, una vez ahí, ven el coche justo al sur.

—Me he desviado por un pelo —dice Sharon.

—Menos de cien metros.

El restaurante está cerca, al borde de la carretera que sale de la isla; y es allí, sentado frente a Sharon y Lori, donde aquello que lo perseguía por la playa ataca y se abalanza aullando sobre él por la espalda. Hank solo puede contemplar el semblante alegre de Sharon

mientras, en la silla vacía que tiene al lado, percibe la presencia de la hija de Monica, desaparecida hace un año por succión o solución salina. La camarera es gruesa y risueña, la típica mujer de campo de Nueva Inglaterra, con las manos grandes y fuertes; les pregunta qué les apetece para beber. Sharon quiere un Shirley Temple, Lori quiere un margarita y Hank quiere emborracharse. Pero se contiene. Cuando está bajo de ánimos, cuando apenas siente el alma, sino tan solo algo húmedo y blando caído sobre las tripas, cuando hasta hablar y comer representan un esfuerzo y lo único que le apetece es acostarse y dejar que el mundo gire mientras añora pasar sus días inconsciente, no bebe. En esos momentos, la única cura es salir a correr. Quizá no sirva para destruir aquello que lo ataca, pero le restaura el ánimo y le permite reintegrarse en el mundo, mirar a las personas, tocarlas, hablar. Solo una vez en la vida no ha surtido efecto: el día después de que Edith le dijese que se fuera. En este instante le gustaría salir a correr. Lo que sea que se ha abatido sobre él sigue allí aferrado, más como una serpiente mortal que como un perro rabioso. Debe permanecer inmóvil y callado. Recuerda una de sus escenas preferidas de toda la literatura, una de Kipling en «Rikki-Tikki-Tavi», cuando Nagaina, la madre cobra, aparece en la veranda donde la familia está desayunando y se enrolla para atacar al niño, mientras los tres humanos —padre, madre, hijo— se quedan en la mesa quietos como estatuas.

—Una mangosta —dice.

—Me van a preguntar cómo se prepara eso.

—Con un huevo de cobra en la boca. —La camarera lo observa con ojos divertidos, pero a la vez con cierta precaución, acaso ira, a la espera de ver si está de guasa o quiere tomarle el pelo—. Es el último huevo del nido. Ha matado al resto. Se acerca a la cobra por la espalda y ella se da la vuelta, el tiempo justo para que el padre alargue el brazo por encima de la mesa y se lleve de allí al niño.

—Suena bien —dice ella—. Le echaremos ron y luego vemos.

La camarera sonríe y Hank se siente avergonzado, ya que los tiernos ojos de la chica delatan que sabe que algo no va bien.

—Perdón —dice.

—¿Por qué? Me gustan las buenas historias. Si hubiera cobras por aquí, juro por Dios que me iría a una décima planta en Boston y no volvería a ver ni la hierba ni las estrellas. ¿Va a tomar eso?

—Tomaré una Coca-Cola con un gajo de lima.

—Conque eso es una mangosta. Lo llamaré así a partir de ahora, a ver qué le parece. Jackson es bueno, pero es muy suyo. Cada vez que alguien pide un sombrero, dice: «¿Qué se cree que es esto, una lechería?». Da igual quién sea. El caso es que los prepara, pero siempre dice eso. Lo que no hace es daiquiri helado. De todos modos, nadie los pide. Quizá cinco o seis personas al año. Y entonces Jackson se queda mirando y dice: «Demasiado complicado, antes dejo el trabajo». Hace un par de noches vino un chico y pidió un trabuco. ¿Sabe lo que es un trabuco?

—No.

—Jackson tampoco. Le dijo: «Vete a tu casa a ver *Daniel Boone* », y se fue a la otra punta de la barra, hasta que al final el chico se acerca y le pregunta si le puede poner una cerveza. Jackson lo mira mientras abre la botella y dice: «¿Te pongo un vaso o un cuerno para pólvora?».

Hank sonríe y piensa que cualquier otro día podría pasarse aquí varias horas, tomando copas después de la comida para echar unas risas con esa mujer de arrugas en los ojos y esas manos grandes que, cabe suponer, habrán hecho feliz a más de un hombre. Podría ponerse en plan vaquero, echar una moneda en la gramola, dejar que le hablase de sus hijos y preguntarse cuántos corazones habrá roto y cuántas veces le habrán roto el suyo.

—Entonces mejor pídale una Coca-Cola —dice—. Como le pida una mangosta, me manda la serpiente.

—Él sí que es una buena serpiente. Coca-Cola con lima —dice ella, y desaparece.

Hank mira a Lori. Obviamente comprende, así que aparta la mirada para posarla en el mantelito individual de papel rojo. Cuando la camarera vuelve con las bebidas piden la comida, tomándose su tiempo porque Sharon no se decide y la camarera, que a tan temprana hora de la tarde no está muy ocupada, disfruta ayudándola, la llama «tesoro» y le dice que la chuleta de ternera es en realidad solomillo de

cerdo, pero que está igual de bueno, y que la bandeja de pescado frito es muy grande, aunque si no se atraca de patatas puede acabársela, quizá con un poco de ayuda del bebedor de mangostas. Sharon pide un filete y Hank se alegra: quiere verla comer carne.

Cuando le traen el plato se queda mirándola, mientras él se come su abadejo sin demasiado gusto ni atención: Sharon está hambrienta y pincha y corta a toda velocidad; Hank observa cómo se va llevando a la boca los trocitos de carne marrón y rosa, cómo cierra los labios y cómo mueve las mandíbulas con una expresión de deleite pintada en el rostro. Recuerda el olor del mar, el tacto de su mano en la de él, el sonido de su respiración. «La vida», piensa, y se imagina el sabor del filete en su boca, la carne pasando a formar parte de ella, y su corazón celebra estos placeres, pero a la vez se aflige, porque ahora solo alcanza a ver la carne, la de Sharon y la del mundo: su terreno y sus estaciones de color dorado y rojo, y luego blanco, y luego el barro, la lluvia, el verde, y los meses verdiazules, con ese sol que primero quema la piel y luego la curte. Todos los sufrimientos del espíritu parecen nada en comparación con esto: su grave y vergonzosa conversación con Monica y sus padres, las lágrimas de Monica y siete meses más de gestación, él llevándose a la niña a casa, envuelta en una manta sobre su regazo en el avión: los llantos por la noche y los pañales, los biberones y la impaciencia y la frustración y la rabia cada vez que echa talco en el melocotón rosado de su feminidad, quedándose con ella en casa por las noches y buscando canguro para poder dar clase... Todo esto pasa por su cabeza como ceniza al viento, porque solo es capaz de sentir la carne: la de Sharon y la suya y la de la criatura que hay en la silla que tiene al lado; ahora ya es una niña y ha vivido lo suficiente para amar el sol sobre la cara y el sabor de los filetes. Y por primera vez en la vida entiende que la pena no es algo de la mente sino del cuerpo. Podría embotarse la cabeza, perder el sentido a golpe de alcohol y de somníferos. Pero nada puede hacer con su cuerpo mortificado mientras ve comer a Sharon, ni con esas partes de él que se sientan a su lado encarnadas en el cuerpo de una hija, ni con ese fragmento que le arrancaron el pasado octubre y que parece seguir viviendo dondequiera que se deshicieran de él en aquel hospital

de Nueva York. Le pregunta a Sharon si quiere postre. La camarera dice que la tarta de manzana es casera y está recién salida del horno. Sharon la pide con helado de vainilla, y Hank observa cómo abre la boca para engullir los bocados friocalientes, y oye de nuevo las olas del mar y ve las alargadas algas, marrones y carnosas, esparcidas por la arena.

Por la noche no telefonea a Edith porque Lori se ha quedado con él. Debería volver a la residencia: el viernes por la noche vino caminando a su casa con ropa y unos cuantos libros en una mochila, así que si vuelve ahora puede decir que ha pasado el fin de semana en Boston. En caso de que alguien pregunte. Nadie lo hace porque sus amigas saben dónde está. Mañana tendrá que levantarse a las seis mientras el resto de los estudiantes siguen durmiendo y la gente no ha entrado todavía a trabajar, salvo el personal de la cocina y un vigilante de seguridad que podría caer en que no viene de la parada de autobuses. Pero al vigilante de seguridad y al personal de la cocina todo eso los trae sin cuidado; y aunque no fuera así, sus chismorreos no llegan hasta la administración; los chismorreos de los estudiantes, las secretarias y el profesorado, sí. Lori y Hank llevan casi un año haciendo esto, con un receso casi de celibato el pasado verano, cuando, a excepción del único día a la semana que ella tenía libre, se veían en Maine cuando Lori terminaba de servir mesas por la noche. El trayecto desde el apartamento era de apenas una hora, pero Hank, sonriendo para sus adentros, se decía que eso quería decir que la quería de verdad, que no se había encaprichado de ella durante el curso simplemente porque se sentía solo. No hacía nada tan puramente adolescente desde que lo era: a las diez la recogía en el restaurante, se iban un par de horas a un bar, luego a casa de ella, donde tomaban un café en la cocina y charlaban en voz queda mientras los padres de Lori dormían; después se despedían besándose un buen rato y Hank volvía a casa. Ni siquiera se le pasaba por la mente hacer el amor en el coche: le decía a Lori que, si lo hacían, volvería a salirle pelo en la coronilla, se le irían los michelines y probablemente le saldría acné. Algunas noches, la familia de ella, en

parte o al completo, iba al restaurante, y entonces se veían todos juntos: el padre, la madre y una o dos de las hermanas, si coincidía que habían ido a pasar el fin de semana. A Hank le caía bien el padre, a pesar de que no era fácil conversar con él, pues apenas hablaba; de eso se ocupaba, sobre todo, la madre de Lori, y las dos hermanas hacían el resto. Todo el mundo fingía que Hank y Lori eran amigos, no amantes, y aunque eso a Hank ya le iba bien, también lo incomodaba, lo hacía sentir culpable ante el padre de Lori y se le quitaban las ganas de decir nada. De vez en cuando sentía el impulso de llevarse aparte al señor Meadows y explicarle que él y Lori eran amantes, y que la quería, y que no estaba aprovechándose de ella. No así con la señora Meadows, quizá porque como padre de una hija se imaginaba las inquietudes del señor Meadows. Hank bailaba con todas las mujeres de la familia, y en la pista la madre era la más provocativa. Le hacía ver a Hank lo guapa que era diciendo que a sus años había perdido la figura (tenía un tipo tan firme como el de Lori); le preguntaba si le apetecía salir al estacionamiento a tomar algo de aire fresco, sonriendo de un modo tan equívoco como inequívoco; nunca le preguntaba qué hacía con Lori, pero cuando Hank hablaba de ella, la madre lo miraba alternando varias expresiones: interrogación, desagrado y, lo más desconcertante, celos y lascivia. El día que Lori libraba, bajaba en coche a ver a Hank, diciéndole a su madre que allí la playa era mejor porque era de arena y no de guijarros, que necesitaba salir de la ciudad durante un día, que Hank hacía ese trayecto a cada rato y ella le debía un día de visita; aducía toda clase de verdades superficiales que la madre no se creía; y ese día hacían el amor y, después de cenar, Lori regresaba a casa en coche.

Hank prefiere no llamar a Edith el domingo por la noche porque no sabe si Lori puede sentirse herida al ver que recurre a su exmujer y tampoco tiene energías para preguntárselo. Cuando cae en la cuenta de que esa es la única razón, se pregunta si tiene energías para amar. No recuerda con qué mujer, ni el motivo concreto, ni siquiera la estación o el año, pero recuerda haberse sentido así antes, y teme la familiaridad de esa sensación, ese recordatorio de que son muchas las cosas que requieren energías en esta vida. Se imagina a los pobres, a

los hambrientos, a los oprimidos, a los proscritos, a los presidiarios: todas esas vidas cuyo sufrimiento y tesón es tan superior al suyo que sus tribulaciones, en comparación, solo podrían inspirar desprecio. Sabe que todo esto es cierto, pero de nada sirve, y prepara un perro salado para Lori y, tras un instante de duda, otro para él. A media copa, mientras están en la cama —no tiene más sillas que la del escritorio— viendo *Todo en familia* , decide no tomarse una segunda. Se ha quedado mudo, como si esa pesadez que lleva todo el día arrastrando quisiera paralizarlo. Así que coge la mano de Lori. A las nueve se desnudan, se meten bajo las sábanas y ven *Los nuevos centuriones* . Cuando George C. Scott se suicida, se secan los ojos; cuando Stacey Keach muere, vuelven a secárselos y Lori dice: «Mierda». Hank desearía tener enemigos armados y un 38 y una escopeta de balas de goma. Piensa que preferiría luchar así, en lugar de viendo la televisión y manteniéndose sobrio e intentando hablar. Recorre el apartamento apagando luces y después vuelve a la cama y se abraza fuertemente a Lori.

—Todavía no puedo —dice.

—Lo sé.

Quiere explicarle —y en su cabeza lo hace— cuánto la quiere, cuán agradecido está de que haya pasado el día con él, conocedora en silencio de su dolor, y que por dura que haya sido la jornada, habría sido mucho peor sin ella; que a lo mejor sin ella ni siquiera habría visto a Sharon porque habría sido incapaz de salir de la cama esa mañana. Pero el silencio puede más y el único modo que se le ocurre de romperlo es con unas lágrimas tan profundas y desgarradoras como las de anoche, y no piensa volver a pasar por eso, no sabe si puede vaciarse otra vez de esa manera y, después, encontrar fuerzas para seguir funcionando.

En algún momento de la noche sueña que está con Sharon en la playa, con la manta, y que el feto de color rosa está acurrucado dulcemente a su lado, y pese a estar dormido, Hank sabe tan bien como si estuviera despierto que se trata de un sueño y que mañana cuando se despierte seguirá ahí con él.

El lunes por la noche se come un sándwich de pie en la cocina, al lado del teléfono, y llama a Jack y le propone salir a tomar algo después de cenar. Luego llama a Edith. Cuando ella le pregunta qué ha pasado, Hank empieza a contárselo pero solo acierta a repetir tres veces «Monica»; luego llora y maldice sus lágrimas y golpea la pared con la mano. Edith le dice que se tome su tiempo (están casados para siempre, piensa Hank), hasta que por fin, con sus palabras de consuelo, deja de llorar y le explica toda la historia de un tirón; y Edith dice:

—Será perra… ¿Y ni siquiera te lo había dicho? Podría habérmelo quedado yo. Habría criado a tu bebé.

—Me lo habría quedado yo.

—¿Tú?

—Sí, yo. Pero ni siquiera me dio la oportunidad, joder. Por eso no me dijo nada. Porque sabía que lo habría peleado.

—No dejas de sorprenderme. Es lo que tiene el matrimonio, ¿no? La gente no deja de cambiar.

—¿Quién dice que he cambiado?

—A lo mejor es que no te imaginaba diciendo algo así.

—Porque nunca se había presentado la situación.

—Lo siento, cariño. Nunca me gustó esa chica. Demasiada insolencia en los ojos.

—Peor que eso.

—Demasiadas mentiras compitiendo por salir de su boca.

—Eso es.

—Yo me lo habría quedado, de verdad. Si las cosas te hubieran ido mal.

—Ya lo sé.

—¿Hay algo que pueda hacer?

—Perdonarme.

—¿Por qué?

—Por todo.

—Perdonado estás. Sharon estaba muy contenta cuando volvió ayer a casa.

Hank es hombre de bourbon, cerveza, ginebra y tequila, y sabe qué efectos le produce cada una de estas bebidas. El bourbon afianza el humor con el que empieza a beber; la cerveza, igual. Ambas bebidas, en cantidad suficiente, acentúan su estado de ánimo, pero ni se lo alteran ni hacen que degenere. Por tanto, resultan fiables, tanto en los buenos como en los malos momentos. El tequila nunca le ha provocado borracheras deprimentes ni agresivas; al contrario, lo pone de buen humor y le gusta tomarlo cuando se siente relajado y feliz después de un buen día de trabajo. También es un trago fiable cuando se pone triste. La ginebra le gusta con lima y soda, y su cóctel favorito es el martini, pero al mismo tiempo le inspira desconfianza y la toma con cuidado; es una bebida imprevisible y puede dar pie a cosas impensadas: a veces —por muy bien que haya empezado la noche— le remueve iras o penas de las que ni siquiera era consciente. Desde que conoce a Lori, a la que le encanta el tequila, ha cambiado el enebro por el agave.

Esta noche, con Jack, ha estado tomando *gin rickeys* , y hasta que no se ha tumbado en la cama recordando la pelea que acaba de ganar no ha sido del todo consciente de lo ocurrido. Timmy's es un bar de barrio, alargado y estrecho, con un solo baño para hombres. Al otro lado de la pared está el restaurante, con reservados a ambos lados y una fila de mesas en medio; las camareras recogen las copas a través de una puerta partida que hay detrás de la barra; cuando en el comedor hay clientes, la puerta se mantiene cerrada por el ruido del bar. Los estudiantes rara vez beben en el bar; se quedan en el comedor.

Esta noche el bar estaba lleno de clientes habituales, trabajadores cuyas edades abarcan todas las décadas entre los veinte y los setenta. Dos desconocidos, de unos veinticinco años, estaban de pie al lado de Hank. Tenían las manos gruesas, con las uñas sucias, cierto aire de seguridad en el rostro. Hank se ha fijado porque intentaba adivinar con qué debían de ganarse la vida. Algunos de los jóvenes que beben en Timmy's están desempleados y viven del paro, y eso se les nota en la mirada. Después de la segunda ronda, Jack ha dicho:

—Los problemas siempre tienen que ver con las mujeres o con el

trabajo. ¿De qué va esta vez?

—Ni lo uno ni lo otro.

—Venga ya. Con los hombres, siempre es una cosa o la otra. O el dinero.

—Pues no.

—Por Dios, pero ¿hemos venido aquí a hablar de eso o no?

—No, solo a pegar la hebra un rato.

Johnny McCarthy les ha servido los tragos; tiene veintitantos años, estudia Derecho; sin embargo, siempre está atendiendo la barra, incluso en época de exámenes; boxeó para Notre Dame hace cinco o seis años, y por el aspecto y la manera de moverse parece que podría seguir haciéndolo. Hank ha pagado la ronda, ha oído que los jóvenes de al lado decían «negros de los cojones», pero se ha perdido el resto de la frase y le ha preguntado a Jack si había salido a correr hoy.

—No, había reunión y he tenido que joderme. ¿Y tú?

—Una carrerita corta por el campus. Vamos a correr a Kenoza mañana.

—Hecho.

—Yo te recojo.

A su derecha, la conversación iba subiendo de volumen y se esforzaba por no oírla; mientras, Jack y él hablaban de las clases, interrumpidos en un momento dado por un empellón del tipo de la derecha, probablemente accidental, aunque no se ha disculpado; después han seguido charlando, hasta que ha oído «Lee» y, sin dejar de escuchar a Jack ni de hablar con él, se ha puesto a escuchar también cómo ese gallito rubio de anchos hombros que tenía a la derecha ponía de vuelta y media a su jugador favorito de los Red Sox, ese lanzador tan fino, tan guerrero. En la cama, es incapaz de contar los *gin rickeys* ni los minutos transcurridos hasta que ha vuelto a oír «Lee» y, al darse la vuelta, ya no se ha fijado en las enormes espaldas del tipo.

Como estaba borracho, se sentía grande y fuerte y rápido, pero sobre todo sentía una rabia que necesitaba liberar, una rabia tan intensa que lindaba incluso con el odio. En su vida adulta ha estado a punto de meterse en peleas de bar en varias ocasiones, pero la sangre

nunca ha llegado al río porque siempre, a falta de una última palabra para rebasar el límite, se le aparecen imágenes de las consecuencias: no es por miedo a que le hagan daño; en el instituto jugaba al fútbol y el dolor no lo asusta demasiado; es la imagen del final de la pelea, el camarero, generalmente un amigo sobrio y disgustado, viéndose obligado a expulsar a Hank del local; o, peor aún, la policía, sobria y solemne, además de deseosa también de un poco de marcha; y aquellas imágenes de pérdida de dignidad, de vergüenza, de alguien levantándolo del suelo por el que ha estado rodando y peleándose como un perro, acaban pudiendo más que él. De modo, pues, que siempre ha acabado dando marcha atrás y sintiéndose un cobarde, hasta que a la mañana siguiente se alegra de haberse dominado. Sin embargo, esta vez se ha vuelto hacia el tipo y le ha dicho:

—No sabes de qué coño estás hablando.

El tipo ha dado un paso atrás para hacerse sitio.

—¿Perdón?

—Lee es el pícher más constante del equipo.

—Un puto bocazas es lo que es.

—Ah, es eso. Ya me parecía que antes estabais hablando de los «negros de los cojones». Conque no te gusta lo que dice, ¿es eso? —Hank podía palpar, más que oír, el silencio que se ha adueñado del bar, y podía oír a Johnny hablándole, apremiándolo con voz suave y amistosa desde el otro lado de la barra—. Es lo de los colegios, ¿no? No te gusta que esté a favor de acabar con la segregación en los colegios. ¿O es que te jode que estuviera en contra de la guerra?

—Me da por el culo lo que diga. Y yo estuve en Vietnam, ¿te enteras, hijo de puta? No te quiero volver a oír, así que a lo tuyo con tu amigo maricón.

—Me alegra que no te matasen —ha murmurado Hank para su propia sorpresa, y, dándose la vuelta, le ha hecho un gesto con la cabeza a Johnny y ha vuelto a coger su copa; estaba confuso, demasiadas imágenes. Ahora, en la cama, sonríe porque lo entiende: mujeres y niños muertos, soldados asustados, soldados muertos; y él y Jack en Washington, llorando en silencio al ver a los veteranos manifestándose, bocas y ojos viejos en sus cuerpos jóvenes o lo que

sea que quedase de ellos: el negro sin piernas con el brazo derecho en alto al que un amigo empujaba con la silla de ruedas, las mangas colgantes, las perneras de pantalón vacías en aquel gélido día de investidura; ahora que está en la cama lo entiende: el tipo le ha hecho ver por un instante todo lo que podría haber sufrido en Vietnam; por un momento, en lugar de ser un energúmeno con voz, se ha convertido en un hombre. Pero a continuación Hank ha vuelto a sorprenderse: la rabia ha vuelto a prender en él y, como hablando con el vaso, ha dicho—: Pero que te jodan de todos modos.

Estaban de pie muy juntos, casi tocándose: se giraron de forma simultánea, pero Hank ya había disparado el puño izquierdo, y luego el derecho, en trayectoria ascendente desde detrás de la cintura; de pronto le ha parecido como si se viera a sí mismo desde el ruido y las manos que intentaban sujetarlo mientras él seguía pegando, y el yo al que observaba estaba tranquilo y existía en un círculo de silencio, como un huracán que contempla su propio ojo. Los dos primeros golpes habían desequilibrado al tipo, que no lograba ponerse en guardia y tiraba puñetazos a los brazos, las costillas y la cabeza de Hank como cayéndose e intentando afianzar los pies para lanzar el peso hacia adelante; Hank estrechaba distancias y, a base de golpes cortos, buscaba sangre en nariz y boca. De repente el tipo ha dado con la espalda en la pared y Hank ha sentido como si lo levantasen y se lo llevasen por los aires, a pesar de que sus pies no se han despegado del suelo; al instante, ha notado el golpe de la rabadilla contra la barra y se ha encontrado con los brazos extendidos e inmovilizados por las firmes manos de Johnny. Luego ha sido Jack quien, hablándole, lo ha sujetado por las muñecas, y por encima del hombro ha visto cómo Johnny apartaba al par de parroquianos que sujetaban al otro de espaldas contra la pared. El amigo del tipo no dejaba de gritar y maldecir, hasta que Johnny se ha girado hacia él y, sin apartar la mano del pecho del rubio, ha dicho:

—Que te calles. Vuelve a abrir la boca y te dejo como a tu amigo. —Luego se ha vuelto hacia Jack—. ¿Puedes llevarte a Hank de aquí de una puta vez?

Ya fuera, Hank, cogiendo a Jack por el brazo, se ha echado a reír.

—¿Estás bien?

Jack estaba temblando; él también.

—De fábula —ha dicho.

—Cabronazo, lo has dejado fino. No me imaginaba que supieras pelear.

—Es que no sé —ha dicho Hank dejándose caer sobre el brazo de Jack de la risa—. Me ha dado por ahí y punto.

Permanece despierto un buen rato, pero es por la excitación y, cuando por fin se adormece, sigue sintiéndose feliz. A estas alturas, el sueño ya le resulta familiar: llega antes de lo acostumbrado, o eso parece, y a la mañana siguiente, a las diez, se despierta pensando en él y en todo lo demás. Da gracias por que brille el sol; no ayuda mucho, pero con el cielo gris sería peor: se queda en la cama pensando en el enfado de Johnny la noche anterior, y se pregunta quién sería el tipo aquel, y espera que esté acostado en alguna parte con una mujer buena que le haya lavado los cortes al llegar anoche. Luego se pone triste. Toda la vida le ha pasado lo mismo, desde que tiene uso de razón, incluso con los matones del colegio, y nunca lo ha entendido: a veces siente odio hacia un hombre, desea hacerle daño o ver cómo se lo hacen; pero en cuanto se lo imagina entrando en una casa donde lo recibe una mujer (como los acosadores del colegio cuando volvían con sus madres), se pone triste. Se imagina al tipo de anoche entrando en su casa y a su mujer corriendo a verle la cara; con ella, muestra una vulnerabilidad que no sabe, no puede mostrar con nadie más; la mujer le lava los cortes uno a uno («¿Duele?» «Sí.»), y él la ama y vuelve a ser un niño al que lavan delicadamente, consciente de que esa es su parte más profunda, la que se halla debajo de las capas que se depositan a fuerza de crecer y tener que portarse como un hombre entre hombres y soldados: y eso es algo que solo puede dejarle ver a ella, y ella es la única persona de su vida capaz de amarlo precisamente por eso. «Espero que un día me encuentre y me dé una buena paliza», dice Hank en voz alta. Entonces por fin sonríe: no quiere que le den una paliza. Se va a casa de Jack. En el coche, cuando Hank le explica cómo se siente ahora, Jack dice:

—Que le den por el culo, llevaba toda la noche pidiendo pelea. Después de clase nos iremos a ver a Johnny. Cuando te vea se partirá de la risa.

Hank sabe que es verdad. Se pregunta qué hacen los hombres sin amigos al día siguiente de haberse comportado como unos imbéciles borrachos.

Ya en el lago Kenoza, estaciona en las pistas de tenis y deja la cartera y las cazadoras en el coche. Arrancan despacio, corriendo por una pista de tierra, todavía al descubierto, y el sol le calienta la cara. Hank lanza una mirada hacia el gran estanque que tiene a su izquierda. Ya no se ve la arroyuela; en verano crece de color púrpura brillante entre los juncos de la orilla. La pista rodea el estanque, separado del lago por una franja de tierra con árboles. Al salir del estanque, entran en el bosque; el sol motea la senda, con profundas rodadas, por lo que de vez en cuando tiene que apartar la vista del lago para vigilar el suelo; la carretera pasa cerca, por encima del terraplén que forma la orilla, bañada por las olas de la brisa; a la derecha, el terreno forma una elevación densamente arbolada. Jack y él charlan mientras corren.

Ojalá Lori corriera. Nunca ha estado con una mujer que corra. A Edith le entró la afición después del divorcio. Correr es la parte más íntima de su amistad con Jack. Hank no acaba de entender por qué. Quizá tenga que ver con el ritmo de los pies y la respiración. Pero hay más: se trata, según Hank, de la liberación de la carne. A medida que se aproximan a la curva que marca el tercer kilómetro, donde la carretera se acerca al lago y se adentra en el bosque que se alza a su derecha, las distracciones desaparecen: Hank ve el lago y la carretera y el bosque y los brazos y las piernas de Jack, que se mueven como no se moverían si simplemente caminara o se quedara quieto. Aquí está la cuestión: incluso cuando hace el amor, el cuerpo puede convertirse en *voyeur* de su propio placer. Sin embargo, durante el esfuerzo voluntario del correr, nada distrae a la carne de sí misma.

Y este es el motivo por el que ansía llegar a la larga colina que se alza hacia la mitad de su ruta de diez kilómetros. Ya están cerca, ambos la temen, y lo saben. La pista se separa del lago, emprenden la

ascensión y finalmente embocan un sendero de tierra que baja de nuevo al lago. Aquí la orilla es escarpada, hay rocas en la parte baja y guijarros entre la arena; a su derecha se encuentra la ladera de la colina, muy pronunciada, cubierta de agujas de pino, pues casi todos los árboles aquí son pinos, y cuando Hank levanta la vista no alcanza a ver la cima, ni siquiera el cielo; al llegar aquí, siempre piensa en *Por quién doblan las campanas* , ve a Robert Jordan y a Anselmo en las primeras páginas, tumbados entre los pinos. El sendero sube y baja constantemente hasta que al fin desciende y tuerce a la derecha, hace un repecho y allí está: la larga, sinuosa y engañosa colina. Hank ha tardado casi un año en dejar de pensar que la próxima cuesta es la última: sin resuello, con las piernas doloridas, echa la vista al frente, pero la carretera es tan larga y empinada que no ve más allá de la cuesta siguiente; nunca las ha contado, ni las cuestas ni las curvas; no quiere saber. Prefiere correr sabiendo tan solo que las dificultades irán en aumento; y de este modo, cuando ve que al fin, a medio kilómetro más o menos, se encuentra la cima, lo invade siempre un exhausto golpe de alegría.

—Otra vez Monet —dice Jack.

Hank mira cuesta abajo; entre los pinos se divisan los destellos del lago, empañados por el sudor; pero lo que mira en realidad es el sol sobre los árboles. Jack tiene razón; el sol toca los árboles como Monet. Aprietan el paso para llegar a la cima, acabar con el dolor, y poco a poco el camino se torna llano y acortan la zancada: respiraciones rápidas y secas, y Jack le da la mano; se hallan en el centro de la cumbre de la colina, y de repente, mientras Jack le estrecha la mano corriendo a su lado, Hank vuelve a ver el sueño; la colina no ha surtido efecto, se le han acabado las curas, y suelta la mano de Jack y grita entre jadeos:

—¡No encuentro la puta catarsis!

Durante el descenso, sin perder el suelo de vista para no torcerse un tobillo con las rodadas, le cuenta a Jack lo de Monica; y lo del sueño, que sigue ahí con él mientras lo explica, junto a los árboles y el lago; habla hasta que salen del bosque a la luz del sol, donde por fin deja de hablar para emprender el esprint final hasta las pistas de tenis,

el coche y la fuente.

—Cásate con Lori —dice Jack mientras se agacha para beber; se aparta haciendo gárgaras, escupe y vuelve—. Este puto país se ha vuelto loco —dice—. Cásate con ella.

Lori se preocupa demasiado. A veces piensa que, si dejara de preocuparse por tantas de las cosas que ocurren en su vida para centrarse en los problemas de verdad, se acabarían esos momentos, que últimamente se repiten cada semana, hasta el punto de que empieza a temer que le haya salido una úlcera, en los que le parece que la comida cae a plomo sobre sus tensos músculos y se queda ahí sin digerir, y después de comer le entran náuseas; y podría dejar de fumar tanto; podría no quedarse contemplando las tareas de la universidad en lugar de hacerlas; podría preguntar en clase, y podría decir lo que piensa cuando el profesor intenta propiciar un debate, en lugar de quedarse allí sentada con el estómago hecho un nudo y compadeciendo al profesor porque nadie dice nada. Podría hablar con sus amigos de la facultad, tanto con las chicas como con los chicos; ya lo hace, pero generalmente solo habla para seguirles la corriente; supone que ni siquiera se dan cuenta, pero ella sabe que por eso les cae bien y creen que es una persona dulce y atenta, y sus caras se vuelven afectuosas cuando se sienta con ellos en la mesa del comedor o la cafetería; la cuestión es que no conocen ni uno solo de sus secretos, aun a pesar de que son buenos amigos y sabrían escuchar, es decir, que todo es culpa suya. Con Hank sí consigue hablar, por eso la conoce mejor que nadie, pero aun así no se abre como debería. Aunque sospecha —y esto la hace sentirse amada y segura— que él sabe más de lo que ella le ha dejado ver.

Sin embargo, aquella noche, hace dos semanas, que trató de separar los problemas menores de los fundamentales haciendo sendas listas en un bloc de notas, descubrió que estaban todos conectados, con lo que aquellas listas verticales que empezaban con «mi estómago» en la columna izquierda y con «la carrera» en la derecha, acabaron convirtiéndose en una carta dirigida a sí misma.

Mientras escribía, sentía emoción y miedo a la vez: emoción

porque sobre el papel empezaba a verse a sí misma bajo una luz amable; y miedo porque ignoraba adónde podía conducirla aquella carta; porque quizá no condujera a ningún sitio, quizá terminase en la página siguiente, a mitad de frase... La primera línea empezaba: «Me llamo Lori Meadows». Escribió que tenía diecinueve años, veinte en enero, que estaba en segundo curso de la carrera y que estaba muy jodida. Pero en cuanto vio esa palabra escrita sobre la página ahuesada no se lo creyó. Ella era una estudiante de aprobado justo. Así constaba en su expediente: la calificación 2,4 sobre 4 al lado de su nombre. Su madre decía que a ese paso no la aceptarían en ningún posgrado. Lori siempre asentía, siempre decía: «Ya lo sé, ya lo sé, lo arreglaré». Nunca le había preguntado a su madre qué posgrado le gustaría que estudiase. Todo iba bien, escribió, excepto cuando pensaba en el futuro. Le gustaba ir a clase y a veces hasta salía inspirada; pero por las noches era incapaz de ponerse a estudiar. Hank le decía que era fácil: que solo tenía que dedicar dos o tres horas las noches de entre semana a repasar los apuntes del día y leer las lecturas obligatorias; a las nueve habría terminado y así, cuando llegasen los exámenes, no tendría que empollar ni pasar la noche en vela, sino que le bastaría con repasar los apuntes y los pasajes subrayados de los libros. Le encantaban los libros. Le encantaba tenerlos y ver cómo quedaban en los estantes de su pequeña habitación. Pero por las noches no quería abrirlos. Hank le decía que cuando iba a la universidad estudiaba siguiendo ese método y todos los semestres estaba entre los primeros de la clase. Pero él era más inteligente que ella, y eso también la preocupaba. O quizá no era eso. Él por entonces ya escribía; antes de terminar la carrera ya había escrito y quemado una novela. A Lori le gustaría preguntarle si estudiaba así para tener tiempo de escribir o si sencillamente era su forma de hacer las cosas.

Ella no tenía motivos para estudiar de esa manera, solo sacar nota, y no sabía para qué quería las notas, salvo para no sentirse una tonta de mierda y que su madre la dejase en paz. De modo que por las noches se quedaba hablando con alguien o se iba a ver a Hank. Por lo menos no fumaba grifa. Nunca fumaba, pero pensaba en quienes se

encerraban en sus habitaciones, encendían el equipo de música y fumaban hasta dormirse. Muchos recogían los bártulos y se iban para casa en febrero, o incluso antes de Navidad. Por las mañanas, Lori se despertaba aterrada porque no había hecho los deberes. El curso pasado había suspendido biología por falta de memorización, pero las clases le gustaban. Tenía capacidad para memorizar. Solo que no lo había hecho. El año pasado había sacado notable en literatura porque Hank la tenía embelesada y porque le gustaban los cuentos y las novelas que les hacía leer y porque podía escribir sobre eso en los exámenes. Y probablemente en otoño sacaría un notable o un sobresaliente en el curso sobre Chéjov. A lo mejor lo del año pasado había sido amor y no un simple flechazo. Para entonces, en septiembre, ya habían ido varias veces a tomar algo como amigos, y había salido a menudo con él y Monica, y a veces los dos solos se iban a Timmy's caminando y se sentaban en uno de los reservados del comedor. Ya entonces era capaz de hablarle de sus cosas. Pero cuando se enamoró fue cuando él empezó a llamarla después de lo de Monica, y cuando la primera vez le hizo el amor tan suavemente, la primera vez también que se corría con un hombre; aunque de todos modos, sin un flechazo previo, no se habría enamorado de él aquel día que se cogieron de la mano en Boylston Street y fueron a la librería e hicieron el amor, así que quizá se llamaba flechazo cuando te enamorabas sin tocarte.

No entendía lo de las notas. Perezosa no era. Se había esforzado mucho para aprender a montar a caballo y antes de los quince años ya había ganado tres copas de salto; luego dejó de montar, salvo por diversión. A partir de cierta edad, algunas chicas seguían con el caballo y ya no lo dejaban; no tenían interés en los chicos. Al menos las que ella había conocido. Se había esforzado también en el restaurante el verano pasado y el anterior. Lo sabía todo de aquellos dos veranos: el trabajo y lo que había leído y la playa y las amigas, y el amor por su silencioso padre, y también por su madre, el deseo de que su padre y ella fueran capaces de hablar y de tocarse, el observarlo, el preguntarse qué pensaba, qué imágenes conjuraba en su cabeza cuando ella entraba en una habitación y él levantaba la mirada

y la amaba con el rostro; y el deseo de poder hablar con su madre en lugar de limitarse a escuchar las palabras que parecían brotar de ella a todas horas cuando estaba despierta, como una radio encendida; solo que esa radio era peligrosa, a veces era ocurrente, a veces alegre, a veces simplemente cordial, pero todos los días había algo más, algo casi siempre sutil, a veces acompañado de una sonrisa: advertencias, reprimendas, censuras, amenazas, a menudo generales, relacionadas con conceptos tan vagos como madurar, el futuro, el amor, el ser mujer. Ninguno de esos conceptos era vago, pero sí en boca de su madre: su voz críptica insinuaba más de lo que decía; su madre nunca hablaba como si en el mundo hubiera un plan. Y cuando Lori escuchaba con la atención suficiente, oía o creía oír la verdadera causa: una frágil decepción en la voz de su madre, y entonces le entraban ganas de decir: «¿Eres infeliz, madre? ¿Qué es lo que quieres? ¿Qué quieres para mí?».

Y es que nunca habían tenido problemas de verdad. Lori pasaba de las drogas porque la primera vez que fumó no le había gustado, solo le había dado mucho sueño y mucha hambre y de repente se había quedado dormida en plena fiesta; además, le daba miedo tragarse cosas, no le apetecía meterse en el estómago sustancias de las que no pudiera deshacerse. Era obediente, y siempre lo había sido. Era guapa, como sus hermanas. Sospechaba, a su pesar, que si no fuera guapa, su madre no se lo habría perdonado. Nunca se habían peleado. Había visto a su madre flirtear con algunos de los muchachos que venían a buscarlas a ella o a sus hermanas, y también con hombres, delante de su padre; había visto el semblante paterno, no del todo adusto, casi siempre tranquilo. Sabía que su madre necesitaba flirtear, ver el efecto que producía en los muchachos que se ruborizaban y en los hombres que no. Con Hank también flirteaba, pero cuando no estaba delante fruncía el ceño si Lori se refería a él. «Es demasiado mayor para ti», decía. «Solo somos amigos.» «¿Qué clase de amigos?» «En la universidad me siento sola; me gusta hablar con él. Ahora es verano y seguimos siendo amigos.» Desearía poder decir: «Estoy enamorada» y «¿Qué significa demasiado mayor? ¿Que se morirá antes? Yo podría ahogarme mañana». Lori se lo había dicho a Hank. Y él decía: «No es

la edad. Es el dinero. Si fuera médico o senador republicano, nos serviría el café en la cama».

Desconocía si su madre hacía algo más que flirtear. A lo largo de los años había habido momentos en los que les decía a su marido y a sus hijas que necesitaba unas vacaciones y se iba a México o al Caribe y regresaba al cabo de una semana o dos, bronceada y con regalos para todos; y cuando Lori tenía quince años se percató de que llevaba por lo menos dos procurando no preguntarse qué hacía una mujer bonita y esbelta sola en Puerto Vallarta o Martinica… Ahora las palabras del bloc de notas le decían exactamente lo que hacía su madre, y comprendía por qué su padre era más amable que de costumbre cuando cocinaba para sus tres hijas mientras su mujer se trajinaba a hombres a los que había conocido unas horas antes. ¿A qué respondía esa necesidad? Era algo que la asustaba, como si fuera un mal que se transmitiera entre las mujeres de la familia, y la avergonzaba que sobre la faz de la tierra hubiera hombres que se habían follado a su madre, hombres que —en un supuesto delirante— algún día podían llegar a conocerla y caer en que es la hija de aquella mujer con la que pasaron seis días aquel lejano invierno, y ¿cómo era posible que su madre le hiciera eso a ella, a su familia?

Lori no sabía por qué había hecho el amor con Blake un par de veranos atrás; al escribir, recordó algunos momentos en el restaurante en que se sonreían mientras corrían con las bandejas, y luego se tomaban una copa en el bar cuando la cocina cerraba y terminaba la noche. Se trataba tan solo, ahora lo sabía, de la camaradería de quienes trabajan juntos, de una forma de convencerse de que eran algo más que portadores de bandejas, servidores sonrientes, obsequiosos destinatarios de la explotación de las gentes bien educadas. Con una mujer habría sido lo mismo. Luego, al final de la noche, después de las copas, Lori y la mujer se habrían separado, como se separarían al final del verano; para cuando cayeran las hojas, pensarían cariñosamente la una en la otra, cada cual en su universidad, como amigas de verano, amigas camareras. Pero como Blake era hombre, esa afinidad entre compañeros de trabajo, sobre todo en empleos mal pagados, derivó en una pasión, con todos sus

afluentes de humor y ternura y avidez de conocer y ser conocida; y además ella tenía dieciocho años, la última virgen de su grupo de amigas y de su casa; la última virgen de la manzana, como decían sus hermanas para picarla.

Era agosto, llevaba todo el verano trabajando, pronto empezaría el curso. Blake volvería a Illinois, parecía que iba siendo hora: hora de acabar o de empezar o de ambas cosas, y había tequila y alegría, el propio timbre de su risa le parecía distinto, resonaba en él una chispa de libertad; había un camino de tierra cerca del borde del acantilado que se alzaba sobre el mar y la playa rocosa, y tiernamente caminó con él y tiernamente lo besó y se acostó a su lado en el suelo y no tuvo miedo, estaba preparada; tanto mejor allí, en aquel acantilado por donde había caminado de niña, que en la residencia: el mar golpeando las rocas como si supiera de su presencia allá en lo alto, entre las olas y las nubes y la luna y las estrellas. Después le entró miedo: la lenta ternura del paseo había desaparecido con la ropa que él le había quitado con excesiva prisa; esperó con los ojos cerrados, escuchando cómo la ropa de él se deslizaba por su piel, y entonces, demasiado pronto, lo sintió dentro, él grande y ella estrecha, y todo fue apresurado y doloroso y ella lloró, no solo esa noche sino todas las noches después de trabajar, no porque siempre le doliera, sino porque no podía decirle cómo hacerlo mejor, y por fin, al cabo de dos semanas, cuando el verano ya estaba terminando, un día él se corrió y se dio la vuelta y se sentó desnudo mirando el mar, mientras ella, a su lado, yacía llorando mansamente. «Tú estás loca», dijo. Ella no respondió. Se levantó deprisa y se vistió y ya había salido al camino cuando él le pidió que esperase. No lo hizo. Apretó el paso. Sabía que él la alcanzaría, así que se agachó detrás de un pino, lo oyó llegar, lo vio pasar corriendo. Luego salió de detrás del árbol y se sentó junto al borde del acantilado y, observando el océano, escuchó. Cuando estuvo segura de que solo oía el viento y las olas, se levantó y bajó por el sendero.

No le apetecía caminar los más de seis kilómetros que había hasta su casa. Se fue a un bar donde sabía que estarían sus amigas. Las encontró, la saludaron y le indicaron que se sentara en su mesa.

Monica estaba con ellas. Tenían jarras de cerveza y se reían, y en el escenario había un grupo que cantaba como Crosby, Stills, Nash and Young: las mismas canciones, el mismo estilo. Sus amigas le hablaban: ella sonreía, hablaba, aceptaba una jarra. Pero estaba furiosa. No sabía por qué y eso hacía que se sintiera impredecible y temperamental como su madre, lo que a su vez hacía que se sintiera culpable porque no eran sus amigas las que la habían lastimado, sino Blake, y aun así él no era más que una esquirla de dolor en el conjunto de su ira. Sin embargo, al escribir sobre todo aquello más de un año después, comprendió y sintió una gran alegría por haber comprendido al fin, hasta que hizo una pausa y, metiéndose el bolígrafo en la boca, se preguntó si esa noche habría sido capaz de comprender todo aquello sin Hank. ¿Le había enseñado a ver? Se sentía un cero a la izquierda. La voz de siempre, con el epíteto de siempre, susurraba desde su espina dorsal: «Eres una tonta de mierda». Entonces se enfadó. Consigo misma. Era Chéjov, aquel hombre maravilloso que había muerto demasiado joven; aquel cuento suyo en el que el viejo doctor dice: «¿Por qué odias tanto la libertad?». Chéjov, que escribió sobre los peligros, incluso el mal, de la mediocridad. Hank se limitaba a hacerles leer cuentos y comentarlos. ¿Y no era eso en el fondo lo que ella había ido a hacer a la universidad? Dejó de escribir. Trazó un guion, saltó de línea. Volvió a escribir sobre el bar, sus amigas, su ira, o de lo contrario se olvidaría, y tenía que escribirlo enseguida porque había empezado a descubrir algo más, y si no volvía ahora mismo al bar, tal vez ya no volvería nunca.

Eran los chicos que cantaban y sus amigas aplaudiendo. Mientras ella estaba allí sentada con el dolor de los ataques de Blake: el de su polla, el de su lengua, el de su corazón. Y sus amigas escuchando a cuatro veinteañeros que se contentaban con imitar a otra banda. Mientras que su traición en el acantilado exigía poesía o un acto de venganza. *Allí* arriba. En *aquel* acantilado donde se había tumbado con sus hermanas cuando la cegadora luz del sol se reflejaba en el océano; adonde ella y sus amigas iban con bocadillos y manzanas en los días de manos y rodillas sucias; *allí* arriba había ido en busca del amor y no había sentido más que aquella polla cruel… Y desde allí había

bajado sola, con algo de valentía frente al dolor, con algo de orgullo en su valentía, y había vuelto a las tierras bajas de las risas y la mediocridad, donde nunca sería capaz de explicar lo que había ocurrido allá arriba, sobre el mar. Las guitarras y las voces se mofaban de ella: los músicos mediocres que practicaban escuchando álbumes ajenos. Las carcajadas de sus amigas la agotaban.

Pero ¿qué era aquello de antes? La ira, el «eres una tonta de mierda»... Sí: Hank. Era Chéjov. Y, sobre todo, no tenía modo de saber si el hecho de haber comprendido su ira en aquel bar más de un año atrás se debía a que había leído a Chéjov. Pero daba igual. ¿Y si lo había aprendido leyendo, o incluso escuchando a Hank hablar de Chéjov? Eso no quería decir que fuera demasiado estúpida para comprender su vida sin ayuda ajena. Quería decir que se estaba volviendo más lista. Empezó a escribir con alegría, con amor hacia sí misma como ser en el mundo. ¿No estaba en la universidad para eso? ¿Para entrar en las aulas y escuchar? Y si eso la ayudaba a comprender mejor su vida, ¿no era suficiente y no era por eso por lo que no podía estudiar para sacar las notas para entrar en la escuela de posgrado, que sería lo que permitiría acceder a un trabajo que ni siquiera podía imaginarse y, por consiguiente, tampoco podía imaginarse la escuela de posgrado? ¿No era en el fondo una muchacha inteligente que intentaba aprender a vivir? Y si ninguna profesión la atraía, si no se veía delante de un escritorio de oficina con ropa y modales a juego, quería decir tan solo que era como la mayoría de la gente. Ese otoño, Hank les había hablado en clase de «El beso» y de lo que la gente tenía que soportar cuando tiene un trabajo en lugar de una vocación; Riabóvich, con su anodina trayectoria, vive más en los ensueños que fabrica a partir de un beso accidental que en su silla de montar a caballo.

Quería telefonear a Hank y contárselo, pero no quería dejar de escribir, y de todos modos había llegado el momento de escribir sobre Hank. Estaba ya con su segundo amante y procuraba no pensar en el futuro, aunque a veces, cuando estaba a solas, el futuro le seguía hablando y ella se abstenía de contestar para no dar palabras a su miedo, pero ahora su bolígrafo avanzaba a toda velocidad porque su

monólogo con el futuro llevaba allí algún tiempo y se lo sabía de memoria, a pesar de que ella, yéndose a dormir o a hablar con alguien, siempre se había negado a escucharlo. Dos amantes ya, y ojalá pudiera hacer desaparecer al primero, y si Hank y ella rompían, habría un tercero y seguiría los pasos de sus hermanas, que se habían recuperado, pensaba, de demasiados amantes en demasiadas ocasiones y se iban curtiendo a fuerza de dolor repetido; y, a su juicio, eran cada vez más cínicas; y cuando iban a casa de visita hablaban del amor, pero ya nunca de un amor permanente, y desde hacía tiempo *sabía* —aunque se lo callaba porque todavía le hablaban como a la hermanita pequeña y porque no quería soltarse del que para ella era un asidero frágil a sus vidas— que lo que necesitaban era casarse. Dos amantes eran suficientes. Tres se le antojaba un espanto. Tenía la impresión de que, si no podía quedarse con el tercero, su número daba igual y lo mismo eran cuatro que quince: era una senda abocada al fracaso, una secuencia de repeticiones que la cambiaría y la alejaría más y más de la Lori a la que estaba empezando a querer esa noche.

Y aquí estaba Hank ahora, un soleado sábado de octubre, tras cancelar por primera vez desde que lo conocía su día con Sharon, caminando a su lado con un morral de nailon en el que decía llevar el vino y el almuerzo, una manta doblada sobre el brazo izquierdo, el brazo derecho ciñendo suavemente su cintura mientras recorrían la ruta por la que salía a correr, que Lori nunca había visto salvo en su imaginación cuando Hank le hablaba de ella. Y se lo veía feliz, con esa felicidad juvenil que a ella tanto le gustaba, por primera vez desde el sábado por la noche, cuando ella le había explicado lo de Monica porque no podía seguir ocultándole algo que sabía que él habría querido saber. El martes por la noche había ido a su apartamento y él le había contado lo de su pelea del lunes, y que Jack y él acababan de pasar por Timmy's, donde se había disculpado con Johnny y había pagado una ronda, y que Jack tenía razón —Johnny, nada más entrar, había dicho sonriendo: «El campeón de peso medio de Timmy's»—; y que había salido a correr con Jack pero de nada le había servido. Lori se había acostado con él esa noche, y el miércoles y el jueves y el

viernes, y él la había abrazado y habían hablado. No le había dicho que todavía no podía hacer el amor. Ni siquiera lo había mencionado. Durante esas cuatro noches, Lori se había sentido como si Hank hablara con diferentes espíritus que se manifestaban allá donde mirase; como si se peleara con algunos y se aviniera con otros, mientras ella, tumbada a su lado, asistía a una extraña obra de teatro.

Decía que Jack tenía razón. Ese puto país se había vuelto loco. Decía que podía apostar a que el noventa por ciento de los abortos se producían porque la gente hacía el amor con quien no debía. Era algo que le ocurría a demasiada gente. También a él, durante mucho tiempo. Pero ya no más. Las cosas se habían jodido y las mujeres habían vuelto a perder. Una revolución sexual y un movimiento de liberación y ya ves tú para qué. Para que los chicos dejasen de llevar condones. Se esperaba de las mujeres que tomaran la píldora o llevaran un DIU, y se esperaba también que tuvieran el corazón tan preparado como el útero. Y las mujeres eran aún menos libres que antes, salvo las más casquivanas, cuyo número había aumentado, aunque no conocía a ningún hombre que las tomara más en serio que a las de los viejos tiempos del cortejo lento y el condón en la cartera. Maldita sea. Las demás («como tú», le decía a Lori) estaban atrapadas. En otros tiempos las chicas podían salir con diferentes chicos y nadie podía reclamar derechos sobre ellas, podían salir con tres chicos en un solo fin de semana; al final de un año en la universidad podían haber salido con seis, diez, los que fueran, habían ido a sitios, se habían divertido, habían sido ellas mismas. Ahora se espera que las chicas follen. La mayoría de los estudiantes ni siquiera tienen citas: se limitan a ir a la residencia universitaria, a beber, a fumar y a echar un polvo. Los chicos ni siquiera tienen que esforzarse. Pero la chica se queda pillada igual. Salvo que sea un pendón, aunque esas no le importan una mierda a nadie. Las buenas, en cambio. Como tú. Lo que hacen es ir pasando por pequeños matrimonios. Cuando se rompe el primero, aparece otro chico. Y vuelta a empezar. Al cabo de tres días o de tres visitas a la residencia o lo que sea, se hacen amantes. Si alguien más la conoce, quiere llevarla a Boston a escuchar música o a ver teatro, la chica ya no puede. El novio dice que no. Y cómo culparlo: también

ella diría que no si él quisiera llevar a alguien a escuchar música. Cuando las chicas salen de la universidad, lo que han tenido son dos o tres aventuras monógamas, quizá incluso compartiendo la misma habitación. ¿Y eso es libertad? Los hombres han vuelto a ganar. Las chicas tienen que cuidarse de que no las dejen preñadas, tienen que hacer el amor, tienen que ser fieles. Menuda revolución. Menuda liberación. Y todo el mundo tan feliz, joder, ¿te has fijado? Sí, Jack tiene razón, maldita sea, tiene razón. Él ahora da gracias por haber salido adelante. Con Terry, quiero decir. Dice: tengo una buena amiga, que además es mi mujer, y dos buenos hijos, y entre los tres hacen que mi casa sea un buen nido, y me siento y contemplo el desfile por la ventana, veo pasar a algunos de mis alumnos y a algunos de mis amigos, hombres y mujeres, y la primera *majorette* es Afrodita y está cabreada y dirige el desfile hacia un destino funesto. No creo que sea la Estigia. Es algún lugar donde unos podrán tener la polla dura y las otras el coño húmedo, un gran campo abierto con la hierba marrón y ni un solo árbol, y una vez allí nadie dirá nada gracioso. Nadie se reirá. Solo se oirán pantalones y gemidos. Puede que Afrodita sí se ría, no lo sé. Pero no creo que sea tan malvada. Solo que está un poco mosqueada ante tanta tontería.

—Qué bonito —dice Lori en cuanto se adentran en el bosque y puede ver el lago.

—Es la primera vez que vengo caminando —dice Hank.

—¿En serio? ¿Nunca has traído aquí a ninguna chica?

—No. Ni siquiera a Sharon.

—¿Por qué?

—Nunca se me había ocurrido. Cuando pienso en este sitio, pienso en correr. Ni siquiera vengo cuando nieva. Resbala demasiado.

—No para caminar. Con botas.

—Cierto.

—¿Podemos venir en invierno?

—Claro.

Aparta el brazo de su cintura y la toma de la mano. Caminan despacio. Pasa una hora hasta que llegan a la larga cuesta de la colina;

Hank mira ladera abajo hacia los pinos iluminados por el sol y sus agujas esparcidas por el suelo, hacia los peñascos y el lago entre las ramas. Ya en la cima, dice:

—Aquí crecen moras.

—¿Recogéis moras Jack y tú?

—Siempre decimos que lo haremos. Pero cuando llegamos arriba nos quedamos mirándolas y pasamos de largo jadeando.

Gira a la izquierda, hacia el bosque, y siguen subiendo por una breve cuesta que se aparta del camino; salen después de entre los árboles y llegan a una amplia colina verde desde la que se domina el valle del Merrimack, el distante y sinuoso río, las granjas y la tierra despejada; rodeando las casas y los campos, y bordeando el río, se ven los árboles otoñales, rojos y amarillos. Hank despliega la manta y Lori lo ayuda a tenderla sobre la hierba. Descarga el morral y saca una botella de clarete, huevos rellenos envueltos en papel de aluminio, un litro y medio de sidra, dos manzanas, una cuña de queso Jarlsberg, pan de pita y salchichón. Lori sonríe.

—¿Sidra?

Lori asiente y toma la jarra que le ofrece Hank, y este se fija en los músculos del antebrazo de la muchacha mientras ella la levanta y bebe, observa su garganta, su pequeña boca. Cuando Lori le tiende la jarra, bebe él también, luego abre el vino con un sacacorchos que lleva en el morral.

—No he traído copas. —Se pasan la botella. Ella lo besa despacio y dice—. Te has tomado muchas molestias. Pensaba que traerías un par de bocadillos.

Comen en silencio, admirando el valle. Luego Hank se tumba boca arriba mientras Lori fuma sentada. Cuando apaga el cigarrillo, se lo guarda en la cajetilla.

—Acabáramos —dice él.

—¿Cómo?

—Cualquier persona capaz de llevarse a casa una colilla apestosa en lugar de dejarla aquí tirada merece que la amen para siempre.

Lori se tumba a su lado, recuesta la cabeza sobre su hombro derecho y él dice:

—Creo que cuando empezamos a hacer el amor no estaba enamorado de ti. Me sentía como si fueras una de mis mejores amigas, y necesitaba que alguien me ayudara a seguir adelante. Me imaginaba que serías como el resto de las chicas de tu edad: que me aguantarías un año, quizá algo más, y luego a otra cosa. Pero me parecía preferible eso a quedarme mirando la pared por las noches. No pensaba demasiado en ti. Luego, al cabo de unos meses, ya ni siquiera tenía que pensar en ti porque estaba enamorado, así que sabía que no iba a hacerte daño. Estaba seguro de que me dejarías, así que lo suyo era disfrutar el día a día hasta que llegara el momento. Como hice con Monica. Nunca debí hacer el amor con Monica. No he vuelto a tener ese sueño desde el lunes, después de la pelea...

—Es Monica la que nunca debió hacer el amor contigo.

—Es lo mismo. El caso es que no puede volver a ocurrir. Jamás. Con nadie. A menos que los dos estemos preparados para lo que pueda suceder. Se acabó el jugar con el semen y el útero si el embarazo ha de significar soledad y muerte en lugar de vida. Y no digo más que eso: vida. No hace falta ponerse a cantar y bailar ni poner el condón roto en un marco. Solo vivir. Preocuparse; esperar que el bichito no se muera; tener el támpax a punto; emborracharse si el bichito se muere; pero también reír. Así que no puedo hacer el amor contigo. Voy a cortejarte. Y si algún día te casas conmigo, entonces todo estará bien y...

—Todo está bien así.

Lori lo besa: la boca pequeña, la lengua lenta que siempre se le antoja tímida pero a la vez confiada. Luego lo estrecha hasta que su pecho cubre el de ella y entonces levanta la cara y dice:

—Quiero terminar la carrera. —Sonríe—. Por divertirme. Pero estamos comprometidos.

—Faltan casi tres años. ¿Y si nos quedamos embarazados?

—Entonces nos casaremos y yo seguiré yendo a clase hasta que tenga el bebé y ya terminaré más adelante, cuando pueda.

—¿Tenías esto pensado?

—Sí.

—¿Desde cuándo?

—No lo sé. Desde antes que tú.

—¿Se lo vas a decir a tus padres?

—Claro.

—No les hará gracia.

—A ella no. A mi padre no le importará.

—Si quieres, lo hacemos a la vieja usanza: nos presentamos ahí los dos, cagados de miedo, y se lo decimos juntos.

—Suena bien.

—¿Quieres anillo?

—No. Otra cosa.

—¿Qué?

—No lo sé. Algo encontraremos.

—Me gusta. El sábado que viene nos vamos a Boston y buscamos algo. Aún no sabemos qué será, pero querrá decir que estamos comprometidos.

—Sí.

—Y esa noche nos vamos a casa de tus padres a cenar y les decimos que tenemos que darles una noticia.

—Sí.

—Y a tu madre le sabrá a cuerno quemado, pero disimulará. Y tu padre se pondrá colorado y sonreirá y me estrechará la mano.

—Y a lo mejor hasta me abraza.

—Y tu madre se pasará los tres años siguientes esperando que te secuestre algún ricachón; tu padre, en cambio, seguirá a lo suyo.

—Tú lo has dicho. —Lori le aprieta la mandíbula con las manos y dice—: Y no nos divorciaremos nunca. Y no vamos a tener hijos americanos. Los criaremos como hicisteis Edith y tú.

—Pues ya ves el resultado.

—Una hija estupenda.

—¿De verdad lo crees?

—Hank, esa niña es la leche —dice, y se echa a reír y él trata de besarla justo cuando ella se da la vuelta de la risa, y cuando deja de reírse añade—: Lenguas limpias, pulmones limpios, y nada de Monicas ni Blakes. Así los criaremos. Y ahora, hagamos el amor.

—Los condones están en casa.

—Caramba, lo de cortejarme iba en serio. Pues vamos a casa.

Hank la besa, se arrodilla, descorcha la botella de vino y la acerca a los labios de Lori mientras esta levanta la cara para beber; luego bebe él y vuelve a poner el corcho y guarda la botella en el morral. Cuando se levanta y pasa las manos por las correas, Lori sacude la manta y la doblan entre los dos.

—¿Puedo llevármela a la residencia?

—Sí, claro.

Se la cuelga al brazo y lo coge de la mano y mira hacia el valle. Luego se gira hacia el bosque y, en silencio, abandonan la colina y bajan entre los árboles hasta el camino del lago.

—Hemos tardado un buen rato en llegar hasta ahí —dice Lori—. ¿Y ese es el punto medio de la ruta?

—Justo donde estábamos.

—Tampoco hemos caminado tan deprisa. La vuelta será más rápida.

—La vuelta siempre es más rápida —dice él, y se pone a caminar.

Índice



Vuelos separados
Andre Dubus
Traducción de David Paradela López



Vuelos separados

Dubus, Andre

9788419168290

304 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

«En voz baja, como si estuviera conspirando, en esa extraña intimidad que se había creado entre ellos, le habló del amor. No tenía idea de cuándo dejó de amar a su esposo, dijo. En cierto sentido, estaba feliz de que hubiera sucedido tan tarde, porque en ese momento seguramente

ya había dejado de creer en el amor. No, dijo Robert, debe haber sucedido lo contrario. Ella lo pensó, encendió un cigarrillo y luego le dijo que sí, que probablemente tenía razón.»

Vuelos separados habla de nuestra constante búsqueda interior y de cómo esta puede volverse más intensa cuando el desánimo y el miedo prevalecen. «A veces —escribe Dubus en una carta a un aspirante a escritor—, las historias se transforman en sombras y luces del alma. Siempre habrá sombras en tu vida, pero espero que sigas avanzando hacia la luz.»

Publicada en 1975, es la primera colección de relatos de Dubus en ella ya hace muestra de todo su universo literario: la indecisión, las mentiras, el amor, la violencia... Son historias delicadas y duras a la vez, en las que deambulan individuos frágiles y vulnerables abrumados por las penas y las alegrías de lo cotidiano.



Un hombre inútil

Abasıyanık, Sait Faik

9788419168269

216 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

«Me dejé llevar por una fantasía: observando el rostro de un desconocido cualquiera, en la calle, en un café o en un lugar muy concurrido, es posible construir una historia sobre un fragmento de su vida.»

«Nació para observar el mundo con asombro», escribe Sait

Faik Abasıyanık sobre uno de sus muchos dobles que aparecen en estas historias, «asombrarse sin entender nada. Andar por las calles, ver y no ver lo que hace la gente». Un flâneur incorregible: así era Sait Faik, uno de los más grandes escritores turcos del siglo. Tras estudios irregulares, un puñado de años en Francia, débiles intentos, siempre infructuosos, de resignarse a cualquier profesión, el holgazán ávido de «amar a la gente» no hizo más que sumergirse en la bulliciosa y miserable existencia de los cosmopolitas barrios de Estambul, y observar con avidez, con los ojos siempre un poco brillantes debido al exceso de rakı, no solo a los seres humanos —en particular, le atraen ciertos «chicos de la vida», aunque casi nunca encuentra el valor para acercarse a ellos— sino también a los perros, los pájaros, los peces, el cielo, el mar, los tranvías, las barcazas, los taxis…
Aquí es donde, entre tabernas, prostíbulos, pastelerías y pequeños hoteles, deambula y bebe a lo largo de su corta vida, hasta que muere de cirrosis hepática a la edad de cuarenta y ocho años. Sin embargo, este holgazán irreductible se las arregló para seguir su vocación literaria con una tenacidad indomable y trazar en sus historias, pincelada tras pincelada, un fresco lírico y conmovedor de la Estambul de la primera mitad del siglo.



Anhelo de raíces

May Sarton

Traducción de Mercedes Fernández Cuesta



Anhelo de raíces

Sarton, May

9788419168153

200 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

«En aquel primer fin de semana establecí el rito de la cena. Cuando me sentara a la mesa, tenía que haber flores; debía haber una botella de vino y que la mesa estuviera puesta con esmero, como por el mejor sirviente. Un libro abierto para poder leer, el equivalente a la

conversación civilizada para un solitario. Todo estaba preparado como para recibir a un invitado y el invitado de la casa iba a ser yo.»

En la década de los cincuenta May Sarton compra una casa de campo del siglo XVIII en Nelson, Nuevo Hampshire. Siempre había soñado con la casa ideal y con una nueva vida en ella. Una casa propia son sus memorias sobre cómo compró esa primera casa y sobre los primeros diez años que vivió en ella: las alegrías y las penas de la jardinería, las personas que fueron a visitarla y su rutina diaria como escritora. También nos habla de ese proceso tan intenso y personal de transformar una casa en un hogar; pinta las paredes de blanco para captar la luz y busca el tono preciso de amarillo para la cocina.

En esta «casa viva» descubre la paz y la belleza, trabaja en el jardín, excelente metáfora de la vida fuera de él, y no deja nunca de escribir.

Son páginas llenas de belleza e iluminadas por sus reflexiones sobre la amistad, el amor, la naturaleza y su universo creativo.



La casa de una escritora en Gales

Morris, Jan

9788419168405

128 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

«Trefan Morys es el nombre de mi casa en Gales y, a decir verdad, creo que lo más interesante es el hecho de que está en Gales.»

Con sencilla elegancia, Jan Morris reflexiona sobre su hogar en Gales, su hermoso entorno y sobre el significado de ser

galés. Es un relato íntimo y nítido que recorre la turbulenta historia de los galeses y su batalla para mantener vivos su idioma y su cultura a la sombra de su vecino más poderoso. Entretejiendo algo de poesía y tradición galesa, Morris nos lleva por un camino sinuoso hasta su casa, una humilde estructura del siglo XVIII construida para el ganado y posteriormente convertida en hogar. Este modesto edificio se convierte en un espejo de su vida, así como del alma del pequeño y complejo país de Gales, que ha desafiado al mundo durante siglos para preservar su propia identidad.
En su recuerdos están el aroma de la madera quemada, el sonido de las vigas, bosques encantados, torres de libros, muchos recuerdos y, por supuesto, su gato Ibsen.



Fisiología del flanêur

Huart, Louis

9788419168313

108 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

«El verdadero *flâneur* camina en un sentido hasta que un coche que pasa delante de él, un apuro cualquiera, un escaparate que hace esquina, un empujón o un codazo le invitan a tomar otra dirección. De accidente en accidente,

de empujón en empujón, el flâneur va, viene, vuelve otra vez y puede acabar encontrándose o muy cerca o muy lejos de su casa, según los designios del azar.»
Paseante ocioso, agudo observador de la muchedumbre, la figura del *flanêur* apareció a principios del siglo XIX por los bulevares y pasajes de París coincidiendo con el levantamiento de la gran ciudad moderna. *Fisiología del flanêur* , publicado en 1841, representa uno de los intentos más precoces de fijar su arquetipo. Louis Huart relata con gran sentido del humor quién era y cómo vivía ese hombre a quien Balzac definió como el único «verdaderamente feliz en París». Buenas piernas, oído fino y vista aguda son sus cualidades, pero quizá el *flanêur* hoy represente algo más: un peculiar ejemplo de solitaria felicidad.